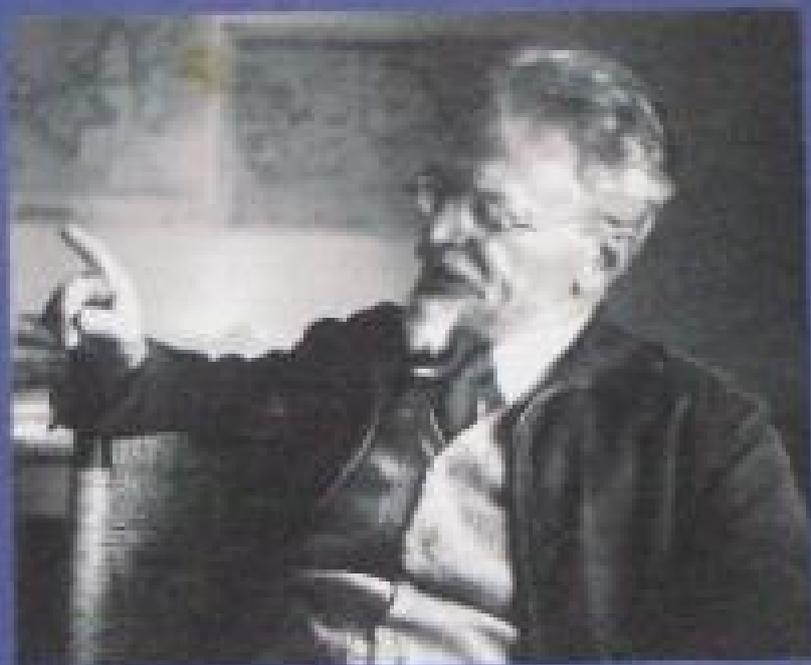


Escritos Filosóficos



León Trotsky

CEIP

León
Trotsky

Incluye traducción inédita de "Trotsky's Notebooks, 1933-1935. Writings on Lenin, Dialectics and Evolutionism"; "Su moral y la nuestra" y otros escritos

NOTAS A LA PRESENTE COMPILACIÓN

Indicamos a continuación las fuentes de donde fueron tomadas y cotejadas las versiones publicadas:

“Cuadernos de Trotsky, 1933-1935. Escritos sobre Lenin, dialéctica y evolucionismo”

Traducción inédita al castellano para esta edición de Ariane Díaz. Corrección técnica de Guillermo Crux. Tomado de la versión en inglés traducida y anotada por Philip Pomper, *Trotsky's Notebooks 1933-1935, Writings on Lenin, dialectics and evolutionism*, Nueva York, Columbia Press, 1986.

“Su moral y la nuestra”

Tomado de la versión de POSI, Trotsky siglo XXI (<http://www.geocities.com/trotskySIGLOXXI>), cotejado con la edición de México, Juan Pablos Editor, 1973 y la versión en inglés del Marxist Internet Archive (www.marxist.org).

“El materialismo dialéctica y ciencia (la continuidad de la herencia cultural)”

Tomado de la versión del Marxists Internet Archive, cotejado con la edición de *Literatura y Revolución*, Buenos Aires, Ediciones Crux, 1989, donde fue publicado como anexo.

“Cultura y socialismo”

Tomado de la versión del Marxists Internet Archive, cotejado con la edición de *Literatura y Revolución*, Buenos Aires, Ediciones Crux, 1989, donde fue publicado como anexo.

“Las tendencias filosóficas del burocratismo”

Tomado de la edición del Centro de Estudios, Investigaciones y publicaciones León Trotsky, *Boletín* N° 1, marzo/ abril del 2001, cotejado con la versión francesa de *Œuvres* N°28, Institut Leon Trotsky, 1986. Corrección técnica para esta edición de Paula Bach.

“La dialéctica y la inmutabilidad del silogismo”

Tomado de la edición del Centro de Estudios, Investigaciones y publicaciones León Trotsky, *Escritos de León Trotsky 1929/40* digitalizados, año 2000.

“El ABC de la dialéctica materialista”

Tomado de la versión del Marxists Internet Archive, cotejado con la edición en inglés *In Defense of Marxism, Nueva York, Pioneer Publishers, 1942*.

“Evolución y dialéctica”

Tomado de la versión del Marxists Internet Archive, cotejado con la edición en inglés *In Defense of Marxism, Nueva York, Pioneer Publishers, 1942*.

Al final del libro el lector encontrará un índice de nombres poco conocidos mencionados en los textos, con breves referencias biográficas de los mismos.

исключительно *выражен* *своего*

справку *отражающую* *суть*

об *до* *мы* *ны* *уже* *во*

сказано *в* *этом* *отношении* *то*

и *у* *каждого* *своего*

свои *слова* *и* *мысли*

***Cuadernos de
Trotsky, 1933-1935.***

***Escritos sobre
Lenin, Dialéctica y
Evolucionismo****

Leon Trotsky

* Las palabras o frases entre corchetes fueron agregadas por el editor inglés cuando estaban incompletas o ilegibles en el original ruso. Las palabras o frases tachadas por Trotsky fueron omitidas, pero incluyó aquellas que consideró importantes entre corchetes y paréntesis en su lugar correspondiente en el original en ruso. Fueron respetadas las negritas y los subrayados del original en inglés (N. de T.).



EL PRIMER CUADERNO

Hegel

Ver el tema L. (Lenin)

Aquellos que repudian la “dialéctica” consideran que es meramente superflua, un jugar inútil con el pensamiento. ¡Con la ciencia positiva es suficiente! ¿Entonces la ciencia positiva excluye la matemática pura y la *lógica*?

En realidad, la dialéctica está relacionada con la lógica (formal) como las matemáticas más elevadas lo están con las más elementales.

Hegel mismo veía precisamente a la dialéctica como lógica, como la ciencia de las formas del conocimiento humano, pero en Hegel estas formas son aquellas en las cuales se desarrolla el mundo, en cuanto que sólo está [realizando] su contenido material en formas lógicas. La dialéctica es resumida por Hegel en un trabajo llamado “Wissenschaft der Logik”.

Para Hegel la dialéctica es una lógica de dimensiones más amplias –en espacio y en tiempo– lógica universal, la lógica objetiva del universo.

La negación del concepto en sí mismo

Si visualizamos el tejido de la vida como una compleja red, entonces el concepto puede ser igualado a un nudo particular. Cada concepto parece ser independiente y completo (así opera la lógica formal con ellos), en realidad cada nudo tiene dos puntas, las cuales lo conectan con los nudos adyacentes. Si se tira de una punta se desata –la negación dialéctica de un concepto, en sus *limitaciones*, en su aparente independencia.

Algunos objetos (fenómenos) son fácilmente confinados dentro de fronteras de acuerdo a la clasificación lógica, otros [se nos] presentan [con] dificultades: pueden ser ubicados aquí o allá, pero en una relación más estricta, en ningún lugar. Mientras provocan la indignación de los sistematizadores, tales formas transicionales son excepcionalmente interesantes para los dialécticos, ya que rompen las limitadas fronteras de la clasificación, revelando las conexiones reales y la consecución de un proceso vivo.

Según Hegel *ser y pensar* son idénticos (idealismo absoluto). El materialismo no adopta esta *identidad* –éste prioriza el ser al pensar.

“abstrakt, tot unbewegend” (I, 43)¹
Sehr gut!

La identidad de ser y pensar según H[egel] significa la identidad de la lógica objetiva y la subjetiva, su congruencia última. El materialismo acepta la correspondencia de lo subjetivo y lo objetivo, su unidad, pero no su identidad, en otras palabras, éste no libera al hecho de su materialidad, para mantener sólo el marco de trabajo lógico de regularidad, del cual el pensamiento científico (conciencia) es la expresión.

“in ihrer Wahrheit das ist in ihrer Einheit”
I, 43²
Sehr gut!

La doctrina del maestro es recogida sólo en los resultados preconcebidos, los cuales son transformados en una almohada para el pensamiento diletante. Hegel sobre Kant y sus epígonos. (I, 44)³.

De Kant a Hegel (del dualismo al monismo)

Kant: la Razón es auto-legislada, construye las herramientas de conocimiento (las categorías) por sí misma; sólo *la cosa en sí* está ubicada fuera de la conciencia.

Hegel: pero la cosa en sí es sólo una abstracción lógica, creada por la razón; consiguientemente nada existe aparte de la Razón.

¹ G. F. W. Hegel, *Wissenschaft der logik*, George Lasson, ed., en *Sämtliche Werke* (Leipzig: Felix Meiner, 1923), vol.3, erster Teil. La anotación es inexacta ya que una coma ha sido omitida después de “tot”. [“abstracto, muerto inamovible” N. d. E.].

² *Ibid.* Ha sido omitida una coma después de “Wahrheit”. [“en la Verdad eso es en su Unidad” N. d. E.].

³ *Ibid.*, p.44.

¿Es posible decir que el *idealismo absoluto* de Hegel es un *solipsismo auto-legislado*?

El concepto –no es un círculo cerrado, sino una curva, un extremo de la cual se mueve hacia el pasado, el otro –hacia el futuro.

Si tiras de sus puntas puedes deshacer la curva, pero también puedes anularla. (¡¡Esto ya ha sido dicho una vez!!)

Mikhailovskii y otros deducen la tríada⁴ del *pasado, presente y futuro*. Hay una sombra de verdad aquí, pero sólo una sombra. Nuestra conceptualización refleja *procesos*, transformándolos en “*objetos*”. No todo presente es apropiado para la formación de un concepto; una cierta *estabilización* del proceso es necesaria para una prolongada representación del mismo en una forma. Este acto de conciencia es por lo tanto una ruptura con el pasado, que preparó la estabilización. Nuestro concepto de la tierra, el “más durable” de nuestros conceptos, el “más durable” de los objetos de nuestro ambiente de todos los días, está basado sobre una ruptura total con la revolucionaria formación del sistema solar. El concepto es conservador. Su conservadurismo proviene de: a) su propósito utilitario, b) por el hecho de que la memoria de una persona, como la de la humanidad, es corta.

Así, la tríada no corresponde en absoluto a un indiferenciado pasado, presente y futuro, sino a las etapas formativas del proceso,

⁴ Aquí Trotsky tienen en mente la famosa tríada de tesis, antítesis y síntesis, utilizada por Fichte, pero atribuida generalmente a Hegel, producto de las popularizaciones del propio Marx en *Miseria de la Filosofía*, de los marxistas clásicos, y de infinidad de comentaristas y divulgadores.



EL SEGUNDO CUADERNO

1933-34

La sesión del Consejo⁵, cuando Lenin está solo contra cuatro (1904). Martov dirige [la sesión]. Informa, da reportes, presenta propuestas, sus propias enmiendas. Lenin está retraído. No es bueno en superficiales respuestas pre-armadas. Quizá en este momento tuve flashes de duda sobre mis propios poderes. Se oían notas inciertas en sus presentaciones.

[(Es remarcable que Lenin en ninguna parte menciona ni siquiera una palabra sobre su hermano, ni si siquiera al pasar –pero la tentación debe haber surgido en más de una ocasión.)]

Las fotos de prisión –dos tomas en una pelea, en primer plano y de perfil, con tirantes mandíbulas apretadas, con ojos ausentes– retratos forzados tomados de los cautivos.

Los terroristas, anarquistas en el exilio estaban (un poco) irritados por los marxistas, [ellos] estudiaban obstinadamente, hablaban en su lenguaje peculiar, apelaban a sus compartidas ideas y autoridades. [Dos palabras ilegibles] el espíritu libre veía en el marxismo un intento de destruir su sentimental inconsistencia y su derecho a no estudiar.

El departamento de Alliluev, en el cual Lenin y Zinoviev se había escondido desde el 6 de julio [1917] hasta el 11 de julio (hasta la partida de Sestroretsk).

La fotografía retrata el departamento de un capataz o de un trabajador altamente calificado. [Hay] un diván de terciopelo paralelo a un escritorio con una estatuilla, un estante con algunos libros, en la pared una reproduc-

⁵ Trotsky probablemente se está refiriendo a una reunión del Consejo del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) que tuvo lugar en Ginebra, Suiza, y que trató sus asuntos en dos sesiones, 31 de Mayo y 5 de Junio de 1904 (13 y 18 de junio según el calendario gregoriano). En los debates en torno a la organización interna los mencheviques prevalecieron sobre los bolcheviques. El pasaje es de alguna manera oscuro por el deslizamiento de Trotsky a la primera persona.

ción de la “Death” de Beklin –el artista sostiene un pincel, a su espalda un esqueleto toca un violín de una sola cuerda. Durante los años de reacción Beklin estaba muy de moda –en París (?) el agente infiltrado Malinovsky también compró fotoreproducciones de las pinturas de Beklin.

Krasnaia letopis´ [Crónica Roja], 1924, n°1, en el apéndice –un diagrama del partido revolucionario, empezando por Catherine⁶.

(¡¡ Ver esto!!)

¡Qué emocionante cadena de esfuerzos y sacrificios!

Los slogans de Lenin:

“Abajo los diez ministros capitalistas”

Zubatovshchina⁷

Monarquía + reformas sociales
tomado de Bismarck y Napoleón III,
un presentimiento de fascismo,
pero todo esto en un verdadero estilo moscovita

Los años de reacción

1907-1910 (una revitalización en los medios estudiantiles y obreros comienza hacia el final de 1910). El carácter del colapso del partido Bolchevique en estos años fue casi total, completo. Dar una imagen [del mismo].

Lenin se estaba replegando extremadamente tarde (infamias, exes)⁸. Esto

⁶ El diagrama al que Trotsky se refiere fue bosquejado por un tal Rozhanov, un oficial de policía. Empieza en 1762 y termina en 1913, trazando las genealogías del POSDR y el partido Socialista-Revolucionario.

⁷ Esta referencia es al “socialismo policial” practicado por S. V. Zubatov. El sufijo “shchina” agregado al nombre tiene en ruso una connotación fuertemente negativa.

⁸ “Exes” se refiere a las expropiaciones llevadas a cabo durante 1906-08 por los bolcheviques, algunas veces en conjunto con el ala Maximalista del partido Socialista-Revolucionario.

agravó la declinación, le dio un carácter especialmente agudo –pero la declinación en sí fue inevitable.

Dos agentes infiltrados estaban en el equipo del Sindicato de Metalúrgicos de San Petersburgo (1913), y uno de ellos, Abrosimov, en la posición de secretario de la Junta.

[(Los exámenes de Lenin en 1891 sobre el programa de derecho: la lista de preguntas sonaba como una irónica introducción a la entera actividad subsiguiente del más fuerte subversor de los derechos hereditarios y adquiridos.)]⁹

Sobre la escritura de Lenin

La grafología es una ciencia dudosa. Hacer una conexión directa entre ciertos rasgos de escritura con ciertas peculiaridades del carácter –es un acercamiento demasiado mecánico a las funciones psicológicas de la escritura. Pero hay indudablemente rasgos en la escritura, aún sin las reglas de la grafología. A pesar de todo lo distintiva que es, la escritura de Lenin es *perfilada*: es una escritura económica, expeditiva y rápida.

[(Zasulich –la primer mujer rusa terrorista– se llama a sí misma “¡un cordero!” (ver la carta.)]

Indudablemente, [el período de] *Iskra* [Chispa] y *Zaria* [Amanecer] fue el momento en que Lenin estuvo con el más altamente calificado grupo de gente excepcionalmente dotada, ciudadanos educados del mundo civilizado. Aún con todas [palabra ilegible] las excentricidades (las de Plejanov), una cálida atmósfera de ideas elevadas rodeaba a este grupo de seis personas. Lenin no tuvo nunca más la suerte en el futuro de trabajar en tal atmósfera. El mismo se hizo más grande, pero sus colaboradores eran de dimen-

⁹ Trotsky aquí se refiere al examen que dio Lenin como estudiante externo de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Petersburgo. Aprobó los exámenes en 1891 con los más altos honores, aún cuando tardó menos de 2 años en un programa de estudio que usualmente requería cuatro y lo hizo sin el beneficio de instrucción.

siones significativamente menores.

El Politburó del partido Bolchevique aún en el más

El nuevo staff de Lenin: Bogdanov, Ol' minskii, Lunacharskii, Vorovskii representaban un deterioro.

“Nikolai Lenin”

¿De dónde viene?

Quizá “N.” en honor a su esposa (Nadezhda).

La política de tres dimensiones. El revolucionario de tres dimensiones –en dos sentidos: consistencia como revolucionario (pero Blanqui, por ejemplo, era así también) y la habilidad para abordar las tres dimensiones de la situación desde el punto de vista de la acción revolucionaria.

Lenin–Kautsky–Bebel

Hasta 1914 Lenin consideraba a Kautsky como una autoridad –en asuntos extranjeros. En 1906 con el placer más grande se apropió de la respuesta de Kautsky al cuestionario de Plejanov, que remarcaba la significación de la “autoridad” en el movimiento obrero. Al mismo tiempo, cada vez que las autoridades chocaban con los intereses de la facción bolchevique Bebel probó ser un “muchachito viejo”, buscando un compromiso, y Kautsky [palabra ilegible]. ¡Confianza en sí mismo!

Instantáneas

Lenin en 1915 [*Proletarskaia revoliutsiia*, 1925, n°1 (36), p.52]

La fotografía no está escenificada, como un retrato, sino como contingente, accidental. Este es su lado débil. Pero es también a veces la misma fuente de su poder. Los rasgos de la cara adquieren una definición que no tenían en la realidad. La ausencia total de barba acentúa aún más lo afilado de los rasgos de la cara. La cara no está suavizada por la ironía, la astucia, la bondad. En cada uno de sus rasgos hay inteligencia y voluntad, confianza en sí mismo, y simultáneamente tensión en vistas de la enormidad de problemas de 1915.

La guerra. La Internacional ha colapsado. Tenía que empezar todo el trabajo de nuevo, desde el comienzo.

Lenin en 1912 (en la misma publicación) está mucho más relajado, menos tenso, uno siente a través de la figura que parte de su vasto trabajo ya está tras de sí.

La insurrección de Moscú de 1905

Casi nada se sabe sobre la relación de Lenin con la insurrección en la práctica. Esto no es accidental. Es imposible que la relación no haya existido. Lenin vivió (¿) en Petersburgo. La conexión con Moscú era muy básica. Evidentemente Lenin no quiso tener una relación regular; e hizo un tan buen trabajo escondiéndola conspirativamente, que esta permanece incierta, aún para los historiadores.

Pero igualmente, ¿por qué otros miembros del CC [Comité Central del partido Bolchevique], que habían trabajado con Lenin en Petersburgo, no tienen ningún recuerdo de ello? Este aspecto es el más misterioso. Pero aún aquí una explicación sugiere eso mismo. No debe haber habido una decisión del CC. Si hubo una variedad de posiciones en el CC, entonces Lenin pudo y debe haberlo arreglado sin el CC, “empujando” el asunto a través de personas especialmente cercanas [a él] que explicaron a aquellos en Moscú que tenían que saber, que Illich daba sus bendiciones sobre tales y tales métodos –con el objetivo de conservar fuerza– lo cual estaba completamente en el espíritu de Lenin.

*Lepesha, Rapoposhka, Martuska.*¹⁰

El pensamiento delicado, frágil de Martov se detuvo, impotente de cara a grandes eventos. Las limitaciones irremediables de este hombre muy inteligente nunca se mostraron a sí mismas más claramente que en su historia de la socialdemocracia rusa, ya escrita en 1918, donde malinterpretó com-

¹⁰ Los tres son sobrenombres: “Lepesha” es N. P. Lepeshinskii (1868-1944). Estaba en Ekaterinoslav y San Petersburgo en 1905-7; “Rapoposhka” es probablemente Charles Rappoport, un socialdemócrata francés nacido en Rusia; “Martushka” es Martov.

pletamente qué había pasado, y contrapuso a las potentes fuerzas de la historia las viejas construcciones a priori de los mencheviques que hacía largo tiempo habían sido hechas pedazos.

El inflexible, “doctrinario”, “escolástico” Lenin aprendió incansablemente de los eventos, pero el realista Martov creó para sí un suave refugio separado de la acción.

El intelecto de Martov, la psicología [era] femenina. De él surgieron sus cartas –una sucesión magnífica– mejores que sus artículos, y sus artículos –son mejores que sus libros.

Lenin representó un equilibrio de poderes físicos y espirituales. ¿Por qué entonces, en algunos períodos parecía tan desequilibrado, “un maníaco” notable no sólo para sus enemigos, sino para los oponentes en su propia fracción también, y en momentos dados –aún para los cercanos a él ideológicamente? Indudablemente, porque lo que está involucrado aquí no es un equilibrio de promedio, normal, y usual, sino uno de poderes completamente excepcionales. Su sagacidad, fuerza de voluntad, resistencia ideológica se complementaban entre sí, pero cada una de estas cualidades oscilaban para [confrontar] a sus enemigos y amigos con aspectos inesperados y resultados monstruosos.

Lenin, a veces, erró no sólo en asuntos menores sino mayores. Pero se corrigió a sí mismo en buen tiempo y usó los errores de sus oponentes. Una contabilidad de sus decisiones correctas e incorrectas muestran un crédito enorme. Una gran lista de personas puede, con toda justificación, señalar su propia corrección y a los errores de Lenin en determinados, y a veces muy importantes, eventos. El grupo *Bor'ba* [La Lucha]¹¹ era correcta en su crítica al primer programa agrario de Lenin (los “recortes”); Plejanov tenía razón en su crítica a la teoría de Lenin del desarrollo del socialismo “desde afuera”;

¹¹ Este era un grupo socialdemócrata (1900-3) construido por D. Riazanov, Iu. M. Steklov y E. L. Gurevich. Trotsky se refiere a la temprana posición de Lenin sobre la cuestión agraria, en la cual proponía que a los campesinos les fueran dados los “recortes” que les habían sido sacados después de la colonización de la tierra conectada a la abolición del trabajo forzado en 1861.

el autor de estas líneas tenía razón en su pronóstico general del carácter de la Revolución Rusa. Pero en la lucha de tendencias, grupos, personas, por lejos ninguno era capaz de recibir una cuenta con un crédito como el de Lenin. En esto reposa el secreto de su influencia, su fuerza, y [palabra empezada pero no terminada] no en una infalibilidad fraudulenta, del tipo retratada en la historiografía de los epígonos.

Los años de reacción (1907-1911)

Esta declinación tuvo momentos frecuentes de animación y destellos.

En las organizaciones políticas sólo quedaron o los revolucionarios más entusiastamente comprometidos o los agentes infiltrados. Todos aquellos en el centro desertaron.

Genio

¿[Es] un fenómeno antropológico individual o social?

[Es] una combinación, la interacción de uno con el otro.

“Selección” y “ejercicio” –la aplicación de términos darwinianos a la formación del genio.

Plejanov y Lenin

Comparar la celebración del 25° aniversario de la carrera revolucionaria de Plejanov con [aquella] del 50° cumpleaños de Lenin.

En su discurso Plejanov agradeció [a todos] por los mensajes laudatorios, habló sobre sí mismo, citó a Gogol, Goethe, y Wilhelm Liebknecht.

Lenin llegó después de los discursos saluatorios –los organizadores, sabiendo que esto sería insoportable para él, no insistieron en su presencia– y en su discurso dijo que deberían abolirse las celebraciones de jubileo, para no imitar a la burguesía y para no hacer que todos se harten (!)

El eslavofilismo –[es] mesianismo– [una forma de] revancha por el atraso.

Pero en el mesianismo ruso había una conciencia de peculiaridad, distinción, originalidad (Tiutchev).

La unión de los opuestos, saltos.

(Ver mis artículos viejos).

Nechaev { Lenin
 { |
 { Kamo¹²

Los recuerdos de los revolucionarios, especialmente de aquellos que no jugaron un rol primario o ni siquiera secundario, son especialmente interesantes. Las vidas de esas personas están construidas alrededor de una idea. Su horizonte es a menudo muy estrecho. Las condiciones de una existencia subterránea los separan del mundo exterior. Entre los arrestos recomienzan algún tipo de tarea estrecha, a veces puramente técnica. Como un caballo en el molino de rueda andante. Ellos tenían todo el derecho a los sobrenombres revolucionarios amargamente irónicos que a veces se daban a sí mismos. Pero al mismo tiempo, qué concentración total de poderes espirituales, tanto en una sola causa como en un solo objetivo externo.

La familia Ulianov

Anna Il'ichna no tuvo hijos (¿adoptados?).

Vladimir Ilich no tuvo ninguno.

Mariia Il'ichna no se casó.

¿Qué hay de Dimitri Illich?¹³

¹² “Kamo” era el sobrenombre revolucionario de S. A. Ter-Petrosyan (1882-1922).

¹³ Anna, hermana mayor de Lenin. Mariia, su hermana menor. Dimitri, su hermano menor.

Escape de la prisión de Kiev e *Iskra*

El escape fue posible dado el trasfondo de degeneración del régimen de la prisión [gracias a] los estudiantes, y la condescendencia de la intelligentsia burguesa.

Todo el trabajo de la vieja Iskra fue así

El atraso histórico del zarismo lo armó con una variedad de recursos inevitables para el absolutismo de Occidente. Por el otro lado, el atraso histórico del zarismo armó a la intelligentsia rusa con ideas extremas y... dinamita.

De esto surgió el carácter apasionado, tenso del duelo.

En la actividad de *Narodnaia Volia* [La voluntad del pueblo]¹⁴, el elemento sorpresa jugó un rol mayor. El gobierno fue atrapado de imprevisto. Esto fue lo que produjo el efecto. Más tarde [el gobierno] estaba preparado –y el efecto desapareció.

La armonía espiritual de Lenin –operada a tal alto nivel– significó un gigantesco empleo de poderes espirituales, y eso resintió [su] armonía fisiológica (ver el profesor Mel'nikov) [palabra ilegible].

Lenin creó el aparato.

El aparato creó a Stalin.

a = a es sólo un caso particular de la ley
a ≠ a.

La dialéctica es la lógica del movimiento, el desarrollo, la evolución.

La lógica formal engloba cantidades estacionarias e inmutables: a = a. La

¹⁴ Organización terrorista del movimiento revolucionario ruso. Organizó el asesinato de Alejandro II en 1881.

dialéctica replica: $a \neq a$. Ambas son correctas. $A = a$ en cada momento dado. $A \neq a$ en dos momentos diferentes. Todo fluye, todo está cambiando.

#↓

¿Qué expresa la lógica? ¿La ley del mundo exterior o la ley de la conciencia? La pregunta está planteada dualísticamente, [y] por lo tanto no correctamente [porque] las leyes de la lógica expresan las leyes (reglas, métodos) de la conciencia en su relación activa con el mundo exterior. La relación de la conciencia con el mundo exterior es una relación de la parte (lo particular, especializado) con el todo.

#↑ La lógica engloba cualidades inmutables ($a = a$) y las cantidades fijas de esas cualidades (25a). La dialéctica está construida en la transición de la cantidad en calidad y lo inverso.

La ley de la transición de cantidad en calidad es (muy probablemente) *la ley fundamental de la dialéctica*.

En este sentido la dialéctica es la lógica del darwinismo (en oposición...a Linnaeus...), la lógica del marxismo (en oposición a las teorías racionalistas, idealistas del proceso social), la lógica del materialismo filosófico (en oposición al kantismo, etc.)

La relación dialéctica hacia la cualidad significó una enteramente nueva relación hacia los así llamados valores morales. El pensamiento oficial, esto es, burgués, hoy todavía ve la justicia, los derechos, el honor, como valores absolutos, como los criterios más elevados. El materialismo dialéctico tiró por el suelo el reino de la mitología idealista. Mostró cómo los imperceptibles cambios cuantitativos moleculares en la economía preparan el camino para un cambio radical en los criterios morales: los viejos valores son transformados en su opuesto, en contra de ellos entran a escena nuevos valores, cuyo portador es una nueva clase o estrato, no pocas veces una nueva generación de la [vieja] clase misma. Es bastante usual en los círculos filisteos acusar a Lenin de *cinismo*, y esto expresa precisamente la hostilidad a la visión dialéctica del mundo, una lucha por valores absolutos, [ambas cosas] esenciales para cubrir [su] práctica penosa, estéril egoísta.

Alejandro III [en] la década de 1880 era mucho más seguro y decisivo en la defensa de la autocracia que su padre. “Las grandes reformas” –especialmente el zemstvo, el sistema judicial, la prensa– hicieron posible para la burocracia distinguir la verdadera fuerza de sus enemigos y aliados. El balance probó ser favorable.

Dialéctica

Debe reconocerse que la ley fundamental de la dialéctica es la conversión de la cantidad en calidad, porque [nos] da la fórmula general de todo el proceso evolutivo –tanto de la naturaleza como de la sociedad.

El conocimiento comienza con la diferenciación de cosas, con la oposición de una con la otra, con la clasificación de sus diferencias cualitativas. Las definiciones cuantitativas operan con particulares independientes, consecuentemente dependen de definiciones cualitativas (cinco dedos, diez años, 100 amperes).

El pensamiento práctico vive dentro de estos límites. Para un comerciante de ganado una vaca es una vaca; está sólo interesado en las cualidades individuales de sus ubres. Desde este punto de vista práctico es indiferente a los lazos genéticos entre la vaca y una ameba.

Si tomamos el universo desde el punto de vista de la teoría atómica, entonces este se nos aparece como un laboratorio gigante para la transformación de cantidad en calidad y a la inversa.

Es posible reconocer esto, pero fallar en hacerlo el principio fundamental del pensamiento propio. Están aquellos que unen la cosmovisión de Kant-Laplace con creencias o cuasi-creencias bíblicas y, mientras se publicitan a sí mismos como darwinistas, creen en los principios más altos, la moral innata en la humanidad.

El principio de transición de cantidad en cualidad tiene significancia universal, en tanto vemos el universo entero –sin ninguna excepción– como un producto de la formación y transformación y no como el fruto de la creación conciente.

Hegel mismo indudablemente no le dio a la ley de transición de cantidad a

calidad la enorme importancia que merece plenamente. Hegel se apoyaba en la teoría de Kant-Laplace, pero aún no conocía ni el darwinismo ni el marxismo. Por cierto basta recordar que el dialéctico Hegel pudo considerar al estado prusiano la encarnación de la idea absoluta.

Engels, siguiendo a Hegel, llamó a aquellos que pensaban en categorías absolutas e inmutables, esto es, a quienes visualizaban el mundo como un engrudo de cualidades inmutables, metafísicos.

En una forma más o menos pura el pensamiento “metafísico” existe quizá sólo en los salvajes. Entre gente civilizada el eclecticismo mantiene preponderancia. Las leyes de “evolución”, del “progreso”, en general son reconocidas, pero independientes de ellas son aceptadas varias categorías absolutas –en el área de la economía (propiedad privada), en política (democracia, patriotismo), en moral (el imperativo categórico).

El pensamiento anglosajón es en el actual momento la preservación del empirismo.

En la cabeza del erudito inglés, así como en los estantes de su biblioteca, Darwin, la Biblia, permanecen uno junto a la otra, sin molestarse entre sí. El pensamiento anglosajón está construido de acuerdo al sistema de los tabiques impermeables¹⁵. De allí procede la más inamovible oposición en el mundo conservador anglosajón al pensamiento dialéctico, que destruye todos los tabiques impermeables.

“La transición a su opuesto”

Vernunft wird Unsinn

Wohltat - Plage¹⁶

Ver los fenómenos de acuerdo a su semejanza u oposición significa verlos de acuerdo a su *calidad*.

¹⁵ La imagen de tabiques impermeables o de paso de agua estrecho es tomada de la construcción de barcos, en la cual los anglosajones tradicionalmente habían disfrutado de superioridad.

¹⁶ [“La razón deviene sinrazón” N. d. E.]. (Cita de Goethe).
[“Beneficio - Plaga” N. d. E.].

La transición de calidad en cantidad y su inversa presupone la transición de una calidad en otra.

Ver Freud.

En los lenguajes primitivos, grande y chico, alto y bajo, etc., son expresadas por *una sola palabra*, y la oposición entre grande y chico es expresada por gestos, entonaciones, etc. En otras palabras el lenguaje, en el momento en el que estaba siendo desarrollado, tenía sólo un carácter general, convirtiendo las cualidades opuestas en diferencias cuantitativas.

Lo mismo se aplica a los conceptos de dulce y amargo, y posteriormente – a bueno y malo, riqueza y pobreza, etc.

En estas fórmulas abstractas tenemos las leyes más generales (formas) del movimiento, del cambio, de la transformación de las estrellas, del cielo, de la tierra, la naturaleza, y la sociedad humana.

Tenemos aquí las formas lógicas (dialécticas) de la transformación de un régimen en otro. Pero en una forma tan general es una cuestión sólo de posibilidad.

La conversión de una posibilidad abstracta en una necesidad concreta – también una ley importante de la dialéctica– ¿se define cada vez por una combinación de condiciones materiales definidas? Así, de la posibilidad de una victoria burguesa sobre las clases feudales hasta la victoria misma hubo varios lapsos de tiempo, y la victoria frecuentemente pareció una semivictoria.

Para que una posibilidad se convierta en una necesidad tenía que haber un correspondiente fortalecimiento de algunos factores y el debilitamiento de otros, una interrelación definida entre esos fortalecimientos y debilitamientos. En otras palabras: fue necesario que varias series interconectadas de cambios cuantitativos prepararan el camino para una nueva constelación de fuerzas.

La ley de conversión de posibilidad en necesidad así conduce –en último análisis– a la ley de conversión de cantidad en calidad.

Catástrofes

Todo fluye, pero no por fuera de [sus] márgenes. El mundo no es “fluido”, hay cambios en él, la cristalización de elementos durables (coagulados), aunque no por cierto “eternos”. Entonces la vida crea sus propios márgenes para sí misma para más tarde borrarlos. Los cambios cuantitativos de materia en un estadio dado presiona contra esas formas coaguladas, las cuales eran suficientes para su estado previo. Conflicto. Catástrofe. O la vieja forma vence (sólo parcialmente vence), haciendo necesaria la autoadaptación del proceso (parcialmente) conquistado, o el proceso de movimiento revienta la vieja forma y crea una nueva, por medio de nuevas cristalizaciones de sus matrices y la asimilación de elementos de la vieja forma.

Ver además

[John Stuart] Mill #

La concepción liberal (gradualista) del desarrollo,
progreso

La teoría de las revoluciones

La antinomia lógica de *contenido* y *forma* así pierde su carácter absoluto. Contenido y forma cambian de lugar. El contenido crea nuevas formas de sí mismo. En otras palabras la correlación de contenido y forma conduce, en último análisis, a la conversión de cantidad en calidad.

Continuar en relación a las otras antinomias.

¿Cuál es el objetivo de esto? dice el “positivista” contemporáneo: puedo dar un análisis excelente del mundo de los fenómenos sin estos artificios y finezas pendants. Con igual justicia un carnicero dirá que puede vender ternero sin recurrir al silogismo aristotélico. Para el carnicero trataremos de dejar en claro que en realidad él está siempre apoyándose en el silogismo sin saberlo; [que] si su comercio es magro, entonces su ignorancia personal no puede sino afectarlo; pero que, si quiere establecerse sólidamente, entonces no puede evitar enseñarle a su hijo las ciencias, cuya composición incluye la ciencia del silogismo (lógica).

Al representante del positivismo, con su punto de vista limitado, le decimos que todas las ciencias contemporáneas [(en su cabeza, aquellas que involu-

cran materia, substancia)] usan las leyes del pensamiento dialéctico a cada paso, así como el tendero usa el silogismo o como el Monsieur Jourdain usa la prosa: sin ni siquiera saberlo. Precisamente por esto el erudito promedio mantiene muy habituales [rasgos parecidos a aquellos] de los tabiques impermeables, no planteando aquellas preguntas que surgen del movimiento *general* del pensamiento científico, y se abstiene cobardemente de extraer conclusiones generales, cuando éstas demandan un salto dialéctico.

La dialéctica no libera al investigador de un estudio descriptivo de los hechos, muy por el contrario: los requiere. Pero a cambio da al pensamiento investigativo elasticidad, lo ayuda a superar los prejuicios osificados, lo arma con analogías invalorable, y lo educa en un espíritu de desafío, fundado en la circunspección.

Etonnante découverte d'un savant italien¹⁷

Rome, 5 juin. –Une découverte exceptionnellement importante vient d'être faite par l'academicien d'Italie, M. Enrico Fermi.

Celui-ci est arrivé à créer artificiellement un nouveau corps simple s'ajoutant à la liste des 92 corps simple existants. Ses travaux font suite à ceux des savants français Joliot et Mme. Curie. Ceux-ci, après leur découverte du neutron, étaient parvenus à se servir de ce corpuscule pour "bombarder" le noyau atomique d'un certain nombre de corps simples; le corps simple ainsi bombardé se transformait en un autre corps simple, mais toujours dans la série des corps existants, c'est-à-dire de 1 (hydrogène) à 92 (uranium).

M. Enrico Fermi, par le même procédé, a réussi bombarder le dernier corps de la série, c'est-à-dire l'atome d'uranium.

L'éclatement du noyau atomique bombardé a donné naissance à un nouveau corps appelé "élément 93".

L'annonce de cette découverte a été faite, au cours de la séance de clôture de l'année académique, par le sénateur Mario Orso Corbino¹⁸.

¹⁷ Recorte periodístico inserto por Trotsky (N. de T.).

¹⁸ Asombroso descubrimiento de un científico italiano. Roma, 5 de junio. –Un descubrimiento excepcionalmente importante acaba de ser realizado por el académico de Italia, M. Enrico Fermi.

Este logró crear artificialmente un nuevo elemento que se incorpora a la lista de los 92 cuerpos simples existentes. Sus trabajos siguen a aquellos de los científicos franceses Joliot y Curie. Éstos, luego de su descubrimiento del neutrón, habían llegado a servirse de este

El ejemplo de Mendeleiev, cuya falta de método dialéctico le impidió reconocer la mutua transformabilidad de los elementos, a pesar del hecho de que su descubrimiento de la tabla periódica de elementos conectó las diferencias cuantitativas entre ellos a las diferencias cuantitativas de los pesos atómicos.

Antinomias: *causa y efecto*

(causa y objetivo) en otro orden

base y superestructura

“la interacción”:

aquello que es concebido { metafísicamente
y
dialécticamente

Una vez más: huevo - pollo - gallina	Naturaleza y conciencia	En otro orden: “Bueno” y “Malo”
	Determinismo → Subjetivismo	
	Fatalismo	
	Causa y Objetivo	
Atrasado y adelantado “El último será el primero”.		

Abstracción y concreción

“La verdad es siempre concreta”.

La tríada

Tesis – Antítesis – Síntesis

La negación de la negación

Juicio y Razón

Nacionalsocialismo

Elementos de la dialéctica penetran todo el pensamiento en uno u otro grado, y mucho más entonces el pensamiento de la gente contemporánea “civilizada” que ha experimentado las grandes transformaciones tecnológicas, cataclismos económicos, guerras, y revoluciones. En el área de la ideología, el nacionalsocialismo representa una extrema reacción contra la dialéctica, más pesada en su consistencia que el fascismo italiano, que es ecléctico de principio a fin. El nacionalsocialismo filosófico está dirigido precisamente contra la idea de desarrollo: por lo tanto éste niega maliciosamente no sólo al marxismo sino también al darwinismo —quiere hacer volver al conocimiento a sus principios estáticos; con respecto a la sociedad humana tales categorías aparecen como *raza* y *sangre*. El poder del pensamiento dialéctico aquí prueba su fuerza por el método de la inversión; la consistente oposición a la dialéctica lo arroja a uno de vuelta a las profundidades de la selva Teutoburg.

Lenin y Martov

Si todo el pensamiento contemporáneo está penetrado por elementos de la dialéctica, entonces esto es aún más cierto para el pensamiento político de los mencheviques, que han pasado por la escuela del marxismo y por eventos revolucionarios. Pero las dialécticas difieren. Martov comandó la dialéctica muy agudamente, en muchos casos, con gran virtuosidad. Pero esta era una dialéctica cercana a su pensamiento sobre los fenómenos en el ambiente conectado a la inteligencia del estrato más alto de los trabajadores.

Martov analizó a veces muy inteligentemente los reagrupamientos en la esfera de la política parlamentaria, cambios en las tendencias de la prensa, las maniobras de los círculos dominantes —en tanto y en cuanto todo esto estuviera limitado a la política en curso, el estadio preparatorio para

corpúsculo para ‘bombardear’ el núcleo atómico de cierto número de cuerpos simples; el cuerpo simple así bombardeado se transformaba en otro cuerpo simple, pero siempre dentro de la serie de los elementos existentes, o sea de 1 (hidrógeno) a 92 (uranio).

El señor Enrico Fermi, por el mismo procedimiento, ha llegado a bombardear el último cuerpo de la serie, o sea, el átomo de uranio.

La destrucción del núcleo atómico bombardeado ha dado nacimiento a un nuevo cuerpo llamado “elemento 93”.

El anuncio de este descubrimiento a sido realizado, en el curso de la sesión de cierre del año académico, por el senador Mario Orso Corbino.

eventos distantes o a las condiciones pacíficas cuando sólo los líderes, diputados, periodistas y ministros de la Europa de preguerra actuaban en la arena política, cuando los antagonistas básicos permanecían virtualmente inmutables.

Entre estas fronteras Martov nadaba como un pez en el agua. Su dialéctica era una dialéctica de procesos derivados y cambios de escala limitada, episódicos. Más allá de estas fronteras no se aventuraba.

Por el contrario, la dialéctica de Lenin tenía un carácter masivo. Su pensamiento –sus oponentes a menudo lo acusaban de esto– “simplificaba” la realidad, en realidad hacía a un lado lo secundario y episódico para lidiar con lo básico. De la misma forma, Engels “simplificó” la realidad cuando definió al Estado como destacamentos armados de gente con apéndices materiales en forma de cárceles. Pero esta era una simplificación *ahorrativa*: en verdad, insuficiente en sí misma para una evaluación de las coyunturas del día, era decisiva en el análisis histórico último.

El pensamiento de Lenin operaba con las clases vivas como los factores básicos de la sociedad y así revelaba *todo* su poder en aquellos períodos en que las grandes masas entraban a escena, esto es, en períodos de profundos cataclismos, guerras, y revoluciones. La dialéctica leninista era una dialéctica de gran escala.

A pesar de que las leyes fundamentales de la mecánica se mantienen para la actividad productiva de todo hombre, en realidad está la mecánica del relojero y la mecánica de Dnepostroi¹⁹. El pensamiento de Martov era el pensamiento de un relojero en política. El pensamiento de Lenin trabajaba en la escala de Dnespostroi. ¿Es una diferencia de orden cuantitativo? La cantidad aquí da paso a la calidad.

La comparación con el relojero, de todos modos, tiene un significado muy condicional. Un mecanismo de reloj vivirá su vida independiente

¹⁹ Trotsky se refiere aquí al enorme proyecto hidroeléctrico sobre el Dneper en Ucrania (1927-32).

(mientras no esté estropeado), y las manecillas del reloj pueden mostrar la hora correctamente, aún si el relojero ignora la ley del movimiento de la tierra alrededor de su eje. Pero la política de menor escala (agrupamientos internos dentro de los partidos, juegos parlamentarios, etc.) mantiene su relativa independencia mientras los (relativamente) grandes factores, esto es, las clases, no cambian. La dialéctica de Martov por lo tanto produjo los desaciertos más trágicos en hechos de menor escala cuando más cercano estaba el advenimiento de tormentosos conflictos de clases, de perturbaciones en la vida de la sociedad. Y como nuestra época entera desde los primeros años de la centuria se convirtió en una de las más grandiosas perturbaciones históricas, el pensamiento de Martov mostró crecientemente su debilidad, convirtió la dialéctica en simplemente en una pantalla para la incertidumbre interna, y cayó bajo la influencia de los empiristas vulgares, como Dan.

Por el contrario, el pensamiento de Lenin analizó todos los fenómenos secundarios, todos los elementos de la superestructura más penetrantemente, cuando más inmediatamente dependían de los movimientos de clases que estaban ocurriendo. De etapa a etapa el pensamiento de Lenin se hizo más fuerte, más audaz, y al mismo tiempo más agudo y más flexible.

Los errores de Martov eran siempre e invariablemente errores *a la derecha* del movimiento histórico, crecieron en frecuencia y en amplitud y pronto sobrepasaron el área de las tácticas y se trasladaron a la de la estrategia, y por esto no rindieron nada a la habilidad táctica ni a la riqueza de sus iniciativas.

Los errores políticos de Lenin eran siempre *a la izquierda* de la línea de desarrollo, de ahí que lo más lejos que se iba [en la línea de desarrollo], se volvieron más infrecuentes, menor era el ángulo de desviación, más pronto eran reconocidos y corregidos; por lo cual la relación entre estrategia y táctica alcanzó una correspondencia más alta y más perfecta.

Dialéctica materialista

(comienzo)

La dialéctica es la lógica del desarrollo. Examina al mundo –completamente y sin excepción– no como un resultado de la creación, de un comienzo repentino, la realización de un plan, sino como resultado del movimiento,

de la transformación. Todo lo que es *devino* de esa manera en que es como el resultado de un desarrollo según ciertas leyes.

En esto, su sentido fundamental y más general, la visión dialéctica de la naturaleza y la humanidad coincide con la así llamada visión de la naturaleza “evolucionista”, la visión de las ciencias naturales y sociales contemporáneas, en tanto merezcan genuinamente esta designación. Uno sólo necesita notar que la concepción filosófica del desarrollo de toda existencia, representando una audaz generalización proveniente del desarrollo precedente de la ciencia, emergió antes del darwinismo y el marxismo e incluso indirecta o directamente los enriquecieron.

Más adelante veremos que esa “evolución” como una fórmula general para los orígenes del mundo y la sociedad es más amorfa, menos concreta, con menos contenido, que la concepción dialéctica. Por ahora es suficiente para nosotros que el punto de vista dialéctico (o evolucionista), consecuentemente el más apropiado, inevitablemente conduce al materialismo: el mundo orgánico emergió del inorgánico, la conciencia es una capacidad de los organismos vivos dependiente de órganos que se originaron a través de la evolución. En otras palabras “el alma” de la evolución (de la dialéctica) conduce en último análisis a la materia. El punto de vista evolucionista llevado a una conclusión lógica no deja espacio ni para el idealismo ni para el dualismo, ni para otras especies de eclecticismo.

Así, “la dialéctica materialista” (o “el materialismo dialéctico”) no es una combinación arbitraria de dos términos independientes, sino una unidad diferenciada –una fórmula corta para una cosmovisión entera e indivisible, la cual descansa exclusivamente en el entero desarrollo del pensamiento científico en todas sus ramas, y la cual sirve sola como un soporte científico para la praxis humana.

La concepción liberal de “progreso”

Vestnik Evropy [El heraldo de Europa]²⁰, sexto año, segundo libro, Febrero de 1871.

#

²⁰ La referencia es a un diario liberal publicado en Rusia (1866-1918).

Los problemas comerciales de Rusia

El desarrollo de los lazos de comercio internacionales –para hablar con las palabras de J.S.Mill– “siendo la mayor garantía de paz en el globo, sirve como la seguridad más grande, sólida para el constante progreso en las ideas, instituciones, y cualidades de la especie humana”.

Transponer aquí lo que fue dicho sobre Clemenceau, su actitud frente al evolucionismo, etc.

Nota, cómo un huevo “progresa” en una gallina.

El viejo sofisma sobre el hombre pelado²¹ es la revelación dialéctica de lo errado (=lo inadecuado) de las categorías formales.

Contrariamente a una fotografía, la cual es el elemento de la lógica formal, la película [de cine] es “dialéctica” (mal expresado).

El pensamiento cognitivo empieza con la diferenciación, con la fotografía instantánea, con el establecimiento de términos –concepciones, en las cuales los momentos separados del proceso son establecidos pero de las cuales el proceso como un todo se escapa. Estos términos-concepciones, creados por el pensamiento cognitivo, son entonces transformados en grilletes. La dialéctica remueve estos grilletes, revelando la relatividad de los conceptos inmóviles, la transición en cada uno (S. Logik, I, S. 26-27)²².

“Podemos investigar la realidad sin la dialéctica”

En la misma forma que podemos caminar sin [saber] anatomía y digerir sin [saber] fisiología.

²¹ Trotsky probablemente tiene en mente la famosa paradoja (aporía) atribuida a la escuela griega de pensamiento de Megara (tardío siglo V-temprano siglo III a.c.).

²² Hegel, *Wissenschaft...op.cit.*, pp. 26-27.

El idealismo absoluto de Hegel está dirigido contra el dualismo –contra la cosa-en-sí (I, 28)²³ del dualismo. ¿No es el reconocimiento de la realidad del mundo exterior, *fuera* de una conciencia cognitiva e independiente de ella, un retorno al dualismo? Para nada, ya que el conocimiento no es de ninguna manera un principio independiente para nosotros, sino una parte específica del mundo objetivo (hacer preciso).

El punto de vista evolucionista no es para nada hostil a nuestro razonamiento (Engels). Por lo tanto debemos estudiar la lógica evolucionista (dialéctica). Eastman se mofa de esto.

La razón, que estaría presente en la más distante evolución de la tierra, en el origen del sistema solar y en el desarrollo en él de la vida orgánica, etc., y que sería capaz de abarcar este proceso, sería, por decirlo así, la razón dialéctica inmanente al nacimiento. Pero nuestra razón humana es la hija más joven de la naturaleza. Para la memoria humana la naturaleza no ofrecía del todo una imagen de cambio, como círculos repetitivos, “el viento vuelve a sus circuitos”. La humanidad misma es una sucesión consecutiva de generaciones. Cada generación comienza el difícil trabajo de conocimiento en un cierto sentido desde el principio. Dentro de las fronteras de la praxis de cada día la gente está acostumbrada a lidiar con objetos inmutables. Como resultado de esta [práctica] innata, heredada, automatizada aparece la lógica racional, la cual desmiembra la naturaleza en elementos autónomos e inmutables. El desarrollo del pensamiento hace su camino desde la lógica vulgar a la dialéctica sólo sobre la base de la experiencia científica acumulada, bajo el estímulo del desarrollo (de clase) histórico.

El *racionalismo* es un intento de crear un sistema completo sobre las bases de la lógica vulgar.

La cronología del evolucionismo

La teoría de *Kant-Laplace* sobre el origen del sistema solar²⁴.

La dialéctica de Hegel (después de la Revolución Francesa).

²³ *Ibid.*, p.28.

²⁴ Esta teoría era el producto de los esfuerzos conjuntos de Immanuel Kant (1724-1804)

La teoría de [Charles] Lyell (la evolución de la tierra)²⁵.
La teoría de Darwin (el origen de las especies).
La teoría de Marx.

En esta forma la transición desde el pensamiento en categorías estáticas en [términos de] desarrollo traza su linaje hasta la época posterior a la gran Revolución Francesa, el cual fue el último gran, brillante estallido de audaz racionalismo.

Kant antes creía que la lógica había sido perfeccionada porque, desde el tiempo de *Aristóteles*, esto es, durante un período de dos mil años, no había cambiado.

Hegel por el contrario vio en esto el enorme atraso de la lógica.

La esencia del hecho es que las reglas y métodos de un [modo] de pensar estrechamente práctico, común, o vulgar cristalizó –enteramente sobre la base de la praxis– y el trabajo teórico conectado a él –muy tempranamente, ya en los tiempos antiguos, y dentro de los límites de este pensamiento común el cambio no fue ni requerido ni tolerado. Pero precisamente el crecimiento y desarrollo del conocimiento sobre el cimiento de la lógica aristotélica preparó el camino para su explosión.

La tríada es el “mecanismo” de la transformación de la cantidad en calidad.

Históricamente la humanidad forma sus “concepciones” –los elementos básicos de su pensamiento– en los cimientos de la experiencia, la cual es siempre incompleta, parcial, unilateral. Incluye en “el concepto” aquellos rasgos de un proceso vívido, por siempre cambiante, los cuales son importantes y significativos para ella en un momento dado. Su futura

y Pierre Simon Laplace (1749-1827). Creían que el sistema solar era un producto de la evolución nebular –de la condensación de gases.

²⁵ Sir Charles Lyell (1797-1827), un geólogo británico, hizo un gran contribución a la formulación del evolucionismo moderno a través de sus estudios de los estratos de roca y su trabajo en la paleontología.

experiencia primero es enriquecida (cuantitativamente) y luego *sobrepasa* el concepto cerrado, esto es, en la práctica lo niega, por lo cual necesita una negación teórica. Pero la negación no significa una vuelta a la tabula rasa. La razón ya posee: a) el concepto y b) el reconocimiento de su error. Este reconocimiento es equivalente a la necesidad de construir un *nuevo concepto*, y entonces se revela inevitablemente que la negación no fue absoluta, que afectó sólo a ciertos aspectos del primer concepto. El nuevo concepto tiene entonces por necesidad un carácter *sintético*: en él entran aquellos elementos del concepto inicial, que fueron capaces de resistir la tríada mediante la experiencia + aquellos nuevos elementos de la experiencia, que llevaron a la negación del concepto inicial.

Así, en el dominio del pensamiento (conocimiento) también, los cambios cuantitativos conducen a cambios cualitativos, y luego estas transformaciones no tienen un carácter evolutivo [estable] sino que están acompañados por *cortes en graduación*, esto es, por pequeñas o grandes catástrofes intelectuales. En suma, esto también significa que el desarrollo del conocimiento tiene un *carácter dialéctico*.

El nuevo concepto “sintético” a su vez se convierte en el punto de partida de un nuevo ensayo, enriquecimiento, verificación, y de una nueva *negación*. Este es el lugar de la tríada en el desarrollo del pensamiento humano. *¿Pero cuál es su lugar en el desarrollo de la naturaleza?*

Aquí nos acercamos a problema más importante de la filosofía dialéctica.

La interrelación entre la conciencia (conocimiento) y la naturaleza es un dominio independiente con sus propias regularidades.

La conciencia disgrega la naturaleza en categorías fijas y en ese camino entra en contradicción con la realidad. La dialéctica supera esta contradicción –gradualmente y en fragmentos– acercando a la conciencia a la realidad del mundo. La dialéctica de la conciencia (conocimiento) no es en consecuencia un *reflejo* de la dialéctica de la naturaleza, sino un *resultado* de la vívida interacción entre la conciencia y la naturaleza y –aún más– un método de conocimiento, surgido de esta interacción.

Como el conocimiento no es *idéntico* al mundo (a pesar del postulado idealista de Hegel), el conocimiento dialéctico no es *idéntico* la dialéctica de la naturaleza. La conciencia es más bien una *parte* original de la naturaleza, que posee peculiaridades y regularidades que están completamente ausentes en la parte restante de la naturaleza. La dialéctica subjetiva debe por esto ser una parte distintiva de la dialéctica objetiva –con sus propias formas especiales y regularidades. (El peligro reposa en la transferencia –bajo el atuendo de “objetivismo”– de los dolores de nacimiento, los espasmos de la conciencia, a la naturaleza objetiva).

La dialéctica del conocimiento aproxima a la conciencia a los “secretos” de la naturaleza, esto es, ayuda a perfeccionar la dialéctica de la naturaleza también. Pero, ¿en qué consiste la *dialéctica* de la naturaleza? ¿Dónde está la frontera que la separa de la dialéctica del conocimiento (una vacilante “frontera” dialéctica)?

La conciencia actúa como una cámara: desgarrar momentos de la naturaleza y los lazos y transición entre ellos se pierden; pero el objeto de la fotografía, la persona viva no está separada en momentos. En vez de eso, la película de cine nos da una cruda “ininterrupción” satisfactoria para la retina de nuestro ojo y aproxima la ininterrupción de la naturaleza. En verdad, la ininterrupción del cine consiste en realidad en “momentos” separados y breves cortes entre ellos. Pero ambas, la primera y la última están relacionadas con la tecnología del cine, la cual explota la imperfección del ojo.

Verificar cómo este problema es tratado por Lenin y Plejanov.

Hegel mismo habló más de una vez sobre la necesaria concreción, proveniente del movimiento inmanente de los “momentos” –del movimiento que representa el opuesto directo a un procedimiento analítico (Verfahrens), esto es, de una acción externa en relación al objeto mismo (Sache) e innata en el sujeto. (I, 60)²⁶.

²⁶ Hegel, *Wissenschaft...* op.cit., p.60.

22/VI/1934

La identidad del Ser (Sein) y la Nada (Nichts), como la contradicción del concepto de Comienzo, en el cual Nichts y Sein están unidos, parece a primera vista un agudo pero estéril juego de ideas. En realidad, este “juego” expone brillantemente la falla del pensamiento estático, el cual primero desintegra el mundo en elementos inmutables, y luego busca la verdad por el camino de una expansión ilimitada [del proceso].

El rol de los émigrés

Toda la información sobre Occidente, incluyendo [la que llegaba] a través de la prensa legal (hasta la [prensa] liberal), llegaba a través de ellos.

Marxismo legal e ilegal

1905

Los escritores legales de la Rusia Zarista no sólo no decían nada, tampoco pensaban las cosas de principio a fin. En esencia, no se expresaban plenamente y a menudo no pensaban de principio a fin el punto central. Quedándose entre los límites de la legalidad, castraban su pensamiento. La prensa ilegal les parecía “simplista”, “fanática”, “rectilínea”. Pero entonces empezaron los días de libertad, y apareció el hecho de que los subterráneos, los émigrés, barrieron el campo periodístico. Sólo ellos sabían cómo escribir el lenguaje de la revolución. Pero esto es lo menor del hecho: precisamente de entre los émigrés llegaron los más talentosos periodistas. Esto no fue accidental: la política llama al espíritu, consecuentemente, a la audacia, y estas cualidades se expresan a sí mismas en el estilo.

La identidad de los opuestos

El pequeño Paul dice “¡donne!”²⁷ tanto cuando quiere tomar como cuando quiere dar.

Le troisième centenaire du “Discours de la Méthode”²⁸
Nous avons reçu la lettre suivante:

²⁷ El pequeño Paul dice [“¡dé!”] tanto...

²⁸ Recorte periodístico inserto por Trotsky (N. de T.).

Monsieur le directeur,

Le Temps du 13 février et celui du 15 ont signalé plusieurs des manifestations qui auront lieu, en 1937, en l'honneur de Descartes. Il intéressera peut-être vos lecteurs de savoir que, cette même année, les philosophes de monde entier, réunis au Palais des congrès de la future Exposition, commémoreront le troisième centenaire du *Discours de la Méthode*. Ainsi en a décidé le huitième congrès international de philosophie, réuni à Prague en 1934; le neuvième congrès aura lieu à Paris en 1937, et sera un "Congrès Descartes"; en liaison avec la comisión Descartes, présidée par M. Paul Valéry, les organisateurs de ce congrès préparent un programme qui illustrera les aspects universels de la pensée de Descartes.

Veuillez agréer, monseigneur le directeur, l'assurance de mes sentiments de haute considération.

Emile Bréhier
professeur à la Sorbonne²⁹.

¿Por qué en un determinado grado de desarrollo del pensamiento científico en distintas áreas es necesario poner a la teoría "sobre sus piernas" (la presunción es que ha estado parada de cabeza hasta ese momento)?

Porque la humanidad en su actividad práctica está inclinada a ver al mundo entero como un medio, y a sí misma como el fin. El egocentrismo práctico (homocentrismo) —está llevado a teoría— pone a la estructura del mundo entero sobre su cabeza. De aquí surge la necesidad de correcciones (Kant-Laplace, Lyell, Darwin, Marx).

²⁹ El tercer centenario del "Discurso del Método"

Hemos recibido la siguiente carta: Señor Director, *Le Temps* (Los Tiempos) del 13 de febrero y aquél del 15 han señalado varias manifestaciones que tendrán lugar, en 1937, en honor a Descartes. Les interesará quizás a sus lectores saber que, este mismo año, los filósofos del mundo entero, reunidos en el Palacio de los congresos de la futura Exposición, conmemorarán el tercer centenario del *Discurso del Método*. Así lo ha decidido el octavo congreso internacional de filosofía, reunido en Praga en 1934; el noveno congreso tendrá lugar en París en 1937, y será un 'Congreso Descartes': junto con la comisión Descartes, presidida por M. Paul Valéry, los organizadores de este congreso preparan un programa que ilustrará los aspectos universales del pensamiento de Descartes.

Atentamente,
Emile Bréhier
profesor de la Sorbona.

El cerebro es el substrato material de la conciencia. ¿Significa esto que la conciencia es simplemente una forma de “manifestación” del proceso fisiológico en el cerebro? Si este fuera el estado de cosas, entonces uno tendría que preguntarse: ¿cuál es la necesidad de la conciencia? Si la conciencia no tiene función *independiente*, que se eleve *por sobre* el proceso fisiológico en el cerebro y los nervios, entonces es innecesaria, inútil; es dañina porque es una complicación superflua –¡y qué complicación!

La presencia de la conciencia y su coronamiento por el pensamiento lógico puede ser “justificada” biológica y socialmente sólo en el caso en que produzca resultados vitales positivos más allá de aquellos que son alcanzados por el sistema de reflejos inconscientes. Esto presupone no sólo la autonomía de la conciencia (dentro de ciertos límites) respecto de los procesos automáticos del cerebro y los nervios, sino también la capacidad de la conciencia de influir la acción y las funciones del cuerpo también. ¿Qué clase de cambios hay sirviendo a la conciencia para alcanzar estos objetivos? Estos cambios claramente no pueden poseer un carácter material, si no serían incluidos en la cadena de los procesos anatómicos-fisiológicos del organismo y no podrían jugar un rol independiente consistiendo en sus funciones prescriptas. El pensamiento opera con sus propias reglas, las cuales llamamos las leyes de la lógica; con su ayuda alcanza ciertos resultados prácticos, al fin se conectan (con más o menos éxito) en la cadena de nuestras actividades vitales.

Es bien sabido que hay una entera escuela de psiquiatría (“psicoanálisis”, Freud) que en la práctica se aparta completamente a sí misma de la fisiología, basándose a sí misma en un determinismo interno de los fenómenos psíquicos, tal como son. Algunos críticos acusan por esto a la escuela de Freud de idealismo. Que los psicoanalistas están inclinados frecuentemente hacia el dualismo, idealismo y la mistificación. Por eso, Fr. Wittels (Freud, *l’homme, la doctrine, l’ecole* –traducción francesa) reprueba a su maestro por no preocuparse “*dépouiller complètement l’âme de tout ce qui est organique*”(207)³⁰. Tanto como yo sé, esto es un hecho. Pero por sí mismo el método del psicoanálisis, tomando como su punto de partida “la autono-

³⁰ [En “desnudar completamente el alma de todo lo que es orgánico” N. d. E.]

mía” de los fenómenos psicológicos, de ninguna manera contradice al materialismo. Muy por el contrario, es precisamente el materialismo dialéctico el que nos lleva a la idea de que la psique no podría ni siquiera ser formada a menos que juegue un rol autónomo, esto es, dentro de ciertos límites, independiente en la vida del individuo y de la especie.

Lo mismo, nos acercamos aquí a un cierto punto crítico, un corte en la graduación, una transición de cantidad en calidad: la psique, elevándose desde la materia, es “liberada del determinismo de la materia, así puede independientemente –por sus propias leyes– influenciar la materia”.

En verdad, una dialéctica de causa efecto, base y superestructura, no es noticia para nosotros: la política salió de la economía para a su vez influenciar la base con cambios de un carácter superestructural. Pero aquí las interrelaciones son reales, porque en ambas instancias están involucradas las acciones de la gente viva; en una instancia se agrupan para la producción, en la otra –bajo la presión de las demandas de la misma producción– se agrupan políticamente y actúan con los cambios de la política sobre sus propios grupos de producción.

Cuando hacemos la transición de la anatomía y la fisiología del cerebro a la actividad intelectual, la interrelación de “base” y “superestructura” es incomparablemente más complicada.

Los dualistas dividen el mundo en sustancias independientes: materia y conciencia. Si esto es así, entonces ¿qué debemos hacer con lo inconsciente?



NOTAS ADICIONALES SOBRE DARWINISMO

Dialéctica

El silogismo es absolutamente correcto sólo cuando es una tautología, esto es, cuando es estéril.

El silogismo es “útil” cuando... es incorrecto, esto es, cuando admite entre los conceptos “rendijas”.

El hecho entero depende de las dimensiones permisibles de las “rendijas”. Aquí es donde comienza la dialéctica.

La “célula” fundamental del pensamiento dialéctico es el silogismo. Pero éste [también] sufre la transmutación, los cambios, como cambian las células básicas en distintos tejidos de un organismo.

“Filosofía” = un gremio fabricante de herramientas en relación con los demás gremios de la ciencia.

Un gremio fabricante de herramientas no es un sustituto de la producción de conjunto. Para usar una herramienta uno tiene que conocer un área especial de producción (trabajo con metal, trabajo con torno). Cuando un ignorante; armado con la “dialéctica materialista” trata de resolver problemas complicados de áreas especializadas intuitivamente, inevitablemente hace el papel de tonto.

Por el otro lado, el erudito “especializado” puede manejarse sin un gremio fabricante de herramientas, esto es, puede usar una herramienta hecha por sí mismo, pero su trabajo claramente se resentirá de ello (Darwin, Mendeleiev, y [otros]).

“Nuestra revolución” 1906
de *Kliachko*

Herzen llamó a la filosofía de Hegel el álgebra de la revolución.

La dialéctica es la lógica del desarrollo. La lógica (formal) es la dialéctica de la inmutabilidad. La lógica es un caso particular de la dialéctica, cuando el movimiento y el cambio entran en la fórmula como “0”.

Cicerón creía que entre la verdad incuestionable y la falsedad incues-

tionable hay una amplia región en medio de verdad que depende del sujeto, de la persona que está haciendo el razonamiento:

ista sunt ut dispuntatur
 (una traducción textual es
 imposible) depende del
 punto de vista

El “ingeniero” juega el mismo rol universal en las construcciones sociales de M. Eastman y otros americanos que Robinson Crusoe jugó en la construcción de la economía política burguesa.

La gente se orienta a sí misma hacia las ideas en dos sentidos: tratándolas ya sea como arbitrarias, sombras irreales, ubicadas fuera del mundo de los hechos en su condicionamiento material, o como “factores” omnipotentes que manejan la realidad. Ambas visiones son falsas. La idea es un hecho en la cadena de otros hechos.

“Con Hegel la dialéctica se para sobre su cabeza. Tiene que ser puesta sobre sus pies para descubrir el núcleo racional bajo la corteza mística”. Estas palabras de Marx de la introducción a la segunda edición de *Das Kapital* (1873) más de una vez inspiraron agudezas críticas para refinarlas.

Pero en esencia la misma operación –dar vuelta algo sobre su cabeza para pararlo sobre sus pies– ha sido repetida en cada área del pensamiento humano.

Dios creó al hombre.

El hombre creó a Dios.

La Tierra orbita alrededor del Sol.

El sol orbita alrededor de la Tierra.

“Pararlo sobre su cabeza...” Eastman se mofa de esto. No obstante, la ciencia como el arte está llena de tales reversiones.

1. La cosmología hasta Galileo estableció la interdependencia entre los movimientos del Sol y la Tierra. Galileo no repudió esta dependencia, pero la dio vuelta sobre su cabeza.

2. la biología pre-darwiniana estableció la adecuación de la estructura de las especies, la correspondencia (adecuación) de los órganos con las condiciones de vida. Con esto hería de muerte a un sistema preconcebido.

Darwin no rechazó la “adecuación”, la correspondencia de los órganos, funciones, ambiente, pero dio vuelta la interdependencia sobre su cabeza. En esta reversión brillante yace la esencia del darwinismo.

Para sostener esto, citas sobre Darwin.

3. Mendeleiev y su sistema periódico de elementos. Para él las individualidades indescomponibles entraban en ciertas relaciones matemáticas entre sí. Los desarrollos subsiguientes en química volvieron estas relaciones mutuas sobre su cabeza.

Toda evolución es una transición de cantidad en calidad. El concepto mismo de desarrollo gradual, lento significa el alcance de valores cualitativos con la ayuda de cambios cuantitativos. Esto funciona decisivamente en todas las áreas.

La selección natural de Darwin, que lleva a la creación de varias especies de plantas y animales, no es otra cosa que la acumulación de cambios cuantitativos, produciendo como resultado nuevas cualidades, nuevas especies.

Quien niega la ley dialéctica de transición de la cantidad en calidad debe negar la unidad genética de las plantas y las especies animales, los elementos químicos, etc. Debe, en última instancia, retornar al acto bíblico de creación.

Pensamiento teleológico

Tolstoi no quería aceptar que vivía en esta tierra sin un objetivo pre-determinado, como un pájaro que se ha caído de su nido.

“Es importante reconocer que Dios es el Señor y saber qué quiere de mí; pero qué es él mismo, y cómo vive, nunca lo sabré, porque no soy su igual. Yo soy el trabajador, él es el Señor”. (Tolstoi)

Teleología y Determinismo

Todas las escuelas de subjetivismo en una u otra forma están basadas en la contradicción entre la causa objetiva y el propósito subjetivo. El determinismo es la filosofía de la causalidad objetiva. La teleología es la filosofía de los propósitos subjetivos. El intento de establecer una oposición entre ellos y de combinarlos eclécticamente es en sí mismo un producto de la ignorancia filosófica. El propósito es un aspecto parcial de la causa. La teleología es sólo un departamento especial del determinismo.

Darwinismo

Todo el mundo reconoce el proceso de formación de *variaciones* por el camino de selección natural o artificial, pero muchos categóricamente se niegan a reconocer el mismo proceso para la formación de las *especies*. Mientras están las formas transicionales, la unidad de una especie parece estable. Pero si las formas transicionales desaparecen, las variedades se convertirán en especie.

-[Cada proceso tiene su paleontología material e inmaterial.]

La doctrina de Darwin empezó como una teoría del origen de las especies y se convirtió en una teoría de la evolución del mundo orgánico.

La geografía zoológica de Darwin y Wallace –gracias a la teoría evolucionista está separada por un golfo de la zoografía de Linnaeus, etc. (el rol de la paleontología).

Los eslabones intermedios han expirado.

La historia del lenguaje –es la paleontología del pensamiento.

¿A través de qué líneas proceden las *objeciones contra el darwinismo*? El botánico alemán De Vries, el autor de la así llamada teoría de las mutaciones, trató de establecer una distinción básica entre los rasgos especiales de las variaciones y aquellos de las especies, por lo cual ellas no pueden cruzarse de una a la otra. (Pero De Vries era de todos modos un evolucionista).

Hasta Darwin la pregunta acerca del origen de las especies era considerada como “el secreto de los secretos”.

Wallace sobre Darwin³¹:

“No tengo... esa paciencia inagotable para reunir una multitud de los hechos más diversos, esa sorprendente capacidad para extraer conclusiones de esas observaciones fisiológicas precisas y ricas, esa inteligencia en diseñar un plan de experimentación y esa gracia en ejecutarlo, finalmente –ese inimitable estilo –claro y al mismo tiempo convincente y preciso– en una palabra, todas esas cualidades que hacían a Darwin una persona tan completamente experta”.

³¹ La cita está en ruso y Trotsky no cita el trabajo del cual la tomó.

(aplicar a una caracterización de Lenin –mostrar la consistencia de [sus] cualidades en varias áreas)

Dialéctica

Wallace –no sólo un darwinista, sino también un científico que independientemente llegó a la teoría evolucionista del origen de las especies (entre ellas, la humanidad), hizo más de un pequeño esfuerzo para aducir evidencias de que había una barrera infranqueable entre los seres humanos y los animales en el área del intelecto y la moralidad, en otras palabras, evidencia para el origen divino del “alma”.

Wallace hace los mismos saltos en relación a la transición de la materia inorgánica a la orgánica y la aparición de la conciencia.

La evolución no permite negociaciones: tienes que o admitirla o rechazarla.

Toda reacción está destinada a repudiar el transformismo.

El nacionalsocialismo no puede ser reconciliado con el darwinismo.



estolideraciones nuncias e concien

opresos otnarabamlo e npru

ob . Do meo nuy nuko nuy

Su moral

akemas uerofuonno. Ho e

y

u , u , parafuonno con cona

la nuestra

em abon muno, xulnyo

Leon Trotsky

Apou crononnois ludo e

nuba.



1.- EMANACIONES DE MORAL

En épocas de reacción triunfante, los señores demócratas, socialdemócratas, anarquistas y otros representantes de la izquierda se ponen a desprender, en doble cantidad, emanaciones de moral, del mismo modo que transpiran doblemente las gentes cuando tienen miedo. Al repetir, a su manera, los Diez Mandamientos o el Sermón de la Montaña, esos moralistas se dirigen, no tanto a la reacción triunfante, cuanto a los revolucionarios perseguidos por ella, quienes, con sus “excesos” y con sus principios “amorales”, “provocan” a la reacción y le proporcionan una justificación moral. Hay, sin embargo, un medio tan sencillo y seguro de evitar la reacción: el esfuerzo interior, la regeneración moral. En todas las redacciones interesadas se distribuyen gratuitamente muestras de perfección ética.

La base de clase de esta prédica falsa y ampulosa la constituye la pequeña burguesía intelectual. La base política son la impotencia y la desesperación ante la ofensiva reaccionaria. La base psicológica se halla en el deseo de superar el sentimiento de la propia inconsistencia, disfrazándose con una barba postiza de profeta.

El procedimiento favorito del filisteo moralizador consiste en identificar los modos de actuar de la reacción con los de la revolución. El éxito del procedimiento se obtiene con la ayuda de analogías de forma. Zarismo y bolchevismo son gemelos. También es posible descubrir gemelos del fascismo y el comunismo. Se puede formular una lista de rasgos comunes entre el catolicismo, y aún el jesuitismo y el bolchevismo. Por su parte, Hitler y Mussolini, utilizando un método enteramente semejante, demuestran que liberalismo, democracia y bolchevismo sólo son distintas manifestaciones de un solo y mismo mal. La idea de que stalinismo y trotskismo son “en el fondo” idénticos, encuentra hoy la más amplia aceptación. Reúne en su rededor a liberales, demócratas, píos católicos, idealistas, pragmatistas, anarquistas y fascistas. Si los stalinistas no están en posibilidad de unirse a ese “frente popular”, sólo es porque –por casualidad– se hallan ocupados en exterminar a los trotskistas.

El rasgo fundamental de esas asimilaciones e identificaciones lo constituye el ignorar completamente la base material de las diversas tendencias, es decir, su naturaleza de clase, y por eso mismo su papel histórico objetivo. En lugar de eso, se valoran y clasifican las distintas tendencias según cualquier indicio exterior y secundario; lo más a menudo, según su actitud

frente a tal o cual principio abstracto, que para el clasificador dado tiene un valor profesional muy particular. Así, para el Papa romano, los francmasones, los darwinistas, los marxistas y los anarquistas son gemelos, puesto que todos por igual niegan sacrílegamente la Inmaculada Concepción. Para Hitler, liberalismo y marxismo son gemelos, puesto que ignoran “la sangre y el honor”. Para los demócratas son el fascismo y el bolchevismo los gemelos, puesto que no se inclinan ante el sufragio universal. Etc., etc..

Los rasgos comunes a las tendencias así comparadas son innegables. La realidad, sin embargo, es que el desarrollo de la especie humana no se agota ni con el sufragio universal, ni con “la sangre y el honor”, ni con el dogma de la Inmaculada Concepción. El proceso histórico es, ante todo, lucha de clases y acontece que clases diferentes, en nombre de finalidades diferentes, usan medios análogos. En el fondo, no podría ser de otro modo. Los ejércitos beligerantes son siempre más o menos simétricos y si no hubiera nada de común en sus métodos de lucha, no podrían lanzarse ataques uno al otro.

El campesino o el tendero rudos, si se encuentran entre dos fuegos, sin comprender ni el origen ni el sentido de la pugna entre proletariado y burguesía, tendrán igual odio para los dos campos en lucha; y ¿qué son todos esos moralistas demócratas? Los ideólogos de las capas medias, caídas o temerosas de caer entre dos fuegos. Los principales rasgos de los profetas de ese género son su alejamiento de los grandes movimientos históricos, el conservatismo petrificado de su pensamiento, la satisfacción de sí, en la propia mediocridad y la cobardía política más primitiva. Los moralistas quieren, ante todo, que la historia los deje en paz; con sus libritos, sus revistillas, sus suscriptores, el sentido común y las normas morales. Pero la historia no los deja en paz. Tan pronto de izquierda como de derecha, les da de empujones. Indudablemente, revolución y reacción, zarismo y bolchevismo, comunismo y fascismo, stalinismo y trotskismo son todos gemelos. Que quien lo dude se tome la pena de palpar, en el cráneo de los moralistas, las protuberancias simétricas de derecha e izquierda.

2.- AMORALIDAD MARXISTA Y VERDADES ETERNAS

La acusación más conocida y más impresionante dirigida contra la “amoralidad” bolchevique se apoya en la supuesta regla jesuítica del bolchevismo: “el fin justifica los medios”. De ahí no es difícil extraer la con-

clusión siguiente: puesto que los trotskistas, como todos los bolcheviques (o marxistas) no reconocen los principios de la moral, consecuentemente, entre trotskismo y stalinismo no existen diferencias “principales”. Que es lo que se quería demostrar.

Un semanario norteamericano, no poco vulgar y cínico, emprendió, a propósito del bolchevismo, una pequeña encuesta que, como de costumbre, sólo había de servir a la vez a los fines de la ética y la publicidad. El inimitable H. G. Wells¹, cuya homérica suficiencia siempre ha sido todavía mayor que la imaginación extraordinaria, se apresuró a solidarizarse con los snobs reaccionarios del *Common Sense*. Todo esto está en el orden natural. Aquellos de entre los participantes de la encuesta que juzgaron conveniente tomar la defensa del bolchevismo, no lo hicieron, en la mayoría de los casos, sin tímidas reservas: los principios del marxismo son, naturalmente, malos; pero se encuentra uno entre los bolcheviques a hombres excelentes (Eastman). En verdad, hay “amigos” más peligrosos que enemigos.

Si quisiéramos tomar en serio a nuestros señores censores deberíamos preguntarles, ante todo, cuáles son sus principios de moral. He ahí una cuestión a la cual sería dudoso que recibiéramos respuesta. Admitamos, en efecto, que ni la finalidad personal ni la finalidad social puedan justificar los medios. Será menester entonces buscar otros criterios fuera de la sociedad, tal como la historia la ha hecho, y fuera de las finalidades que suscita su desarrollo. ¿En dónde? Si no es en la tierra, habrá de ser en los cielos. Los sacerdotes han descubierto, desde tiempo atrás, criterios infalibles de moral en la revelación divina. Los padrecitos laicos hablan de las verdades eternas de la moral, sin indicar su fuente primera. Tenemos, sin embargo, derecho de concluir diciendo: si esas verdades son eternas, debieron existir no sólo antes de la aparición del pitecántropo sobre la tierra, sino aun antes de la formación del sistema solar. En realidad, ¿de dónde vienen exactamente? Sin Dios, la teoría de la moral eterna no puede tenerse en pie.

Los moralistas de tipo anglosajón, en la medida en que no se contentan, gracias a su utilitarismo racionalista, con la ética del tenedor de libros

¹ Amén de novelista y escritor brillante, adscrito al laborismo inglés, desde un punto de vista más bien filantrópico y crítico implacable de la “barbarie” que suponía la revolución rusa.

burgués, resultan discípulos conscientes o inconscientes del vizconde de Shaftesbury, quien –¡a principios del siglo XVIII!– deducía los juicios morales de un “sentido moral” particular, dado –por decirlo así– de una vez para siempre al hombre. Situada por encima de las clases, la moral conduce inevitablemente a la aceptación de una substancia particular, de un “sentido moral”, de una “conciencia”, como un absoluto especial, que no es más que un cobarde pseudónimo filosófico de Dios. La moral independiente de los “fines”, es decir, de la sociedad, ya se la deduzca de la verdad eterna o ya de la “naturaleza humana”, sólo es, en resumidas cuentas, una forma de “teología natural”. Los cielos siguen siendo la única posición fortificada para las operaciones militares contra el materialismo dialéctico.

En Rusia apareció, a fines del siglo pasado, toda una escuela de “marxistas” (Struve, Berdiaev, Bulgakov y otros) que quisieron completar la enseñanza de Marx por medio de un principio moral autónomo, es decir, colocado por encima de las clases. Esas gentes partían, claro está, de Kant y del imperativo categórico. ¿Y cómo acabaron? Struve es ahora un antiguo ministro del barón Wrangel y un buen hijo de la Iglesia. Bulgakov es sacerdote ortodoxo. Berdiaev interpreta, en diversas lenguas, el Apocalipsis. Una metamorfosis tan inesperada, a primera vista, no se explica de ningún modo por el “alma eslava” –Struve, por lo demás, tiene el alma germánica– sino por la magnitud de la lucha social en Rusia. La tendencia fundamental de esa metamorfosis es en realidad internacional.

El idealismo filosófico clásico, en la proporción en que tendió, en su época, a secularizar la moral, es decir, a emanciparla de la sanción religiosa, fue un enorme paso hacia adelante (Hegel). Pero una vez desprendida de los cielos, la moral tuvo necesidad de raíces terrestres. El descubrimiento de esas raíces fue una de las tareas del materialismo. Después de Shaftesbury, Darwin; después de Hegel, Marx. Invocar hoy las “verdades eternas” de la moral es tratar de hacer que la rueda dé vueltas al revés. El idealismo filosófico sólo es una etapa: de la religión al materialismo o, por el contrario, del materialismo a la religión.

3.- “EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS”

La orden de los jesuitas, fundada en la primera mitad del siglo XVI para resistir al protestantismo, no enseñó jamás –digámoslo de pasada– que *cualquier* medio, aunque fuese criminal desde el punto de vista de la moral

católica, fuera admisible, con tal de conducir al “fin”, es decir, al triunfo del catolicismo. Esta doctrina contradictoria y psicológicamente absurda fue malignamente atribuida a los jesuitas por sus adversarios protestantes y a veces también católicos, quienes, por su parte, no se paraban en escrúpulos al seleccionar medios para alcanzar *sus* fines. Los teólogos jesuitas, preocupados como los de otras escuelas por el problema del libre albedrío, enseñaban en realidad que el medio, en sí mismo, puede ser indiferente y que la justificación o la condenación moral de un medio dado se desprenden de su fin. Así, un disparo es por sí mismo indiferente; tirado contra un perro rabioso que amenaza a un niño, es una buena acción; tirado para amagar o para matar, es un crimen. Los teólogos de la orden no intentaron decir otra cosa, más que ese lugar común. En cuanto a su moral práctica, los jesuitas no fueron de ningún modo peores que los otros monjes o que los sacerdotes católicos; por el contrario, más bien les fueron superiores; en todo caso, fueron más consecuentes, más perspicaces y más audaces que los otros. Los jesuitas constituían una organización militante cerrada, estrictamente centralizada, ofensiva y peligrosa no sólo para sus enemigos, sino también para sus aliados. Por su psicología y por sus métodos de acción, un jesuita de la época “heroica” se distinguía del cura adocenado, tanto como un guerrero de la Iglesia de su tendero. No tenemos ninguna razón para idealizar al uno o al otro; pero sería enteramente indigno considerar al guerrero fanático con los ojos del tendero estúpido y perezoso.

Si nos quedamos en el terreno de las comparaciones puramente formales o psicológicas, pues sí podrá decirse que los bolcheviques son a los demócratas y socialdemócratas de cualquier matiz lo que los jesuitas eran a la apacible jerarquía eclesiástica. Comparados con los marxistas revolucionarios, los socialdemócratas y los centristas resultan unos atrasados mentales o, comparados con los médicos, unos curanderos: no hay cuestión alguna que ellos profundicen completamente; creen en la virtud de los exorcismos y eluden cobardemente cualquier dificultad, esperanzados con un milagro. Los oportunistas son los pacíficos tenderos de la idea socialista, mientras que los bolcheviques son sus combatientes convencidos. De ahí el odio para los bolcheviques y las calumnias en su contra, de parte de quienes tienen en exceso los mismos defectos que ellos, condicionados por la historia, y ninguna de sus cualidades.

Sin embargo, la comparación de los bolcheviques con los jesuitas sigue siendo, a pesar de todo, absolutamente unilateral y superficial; más

literaria que histórica. Por el carácter y por los intereses de clase en que se apoyaban, los jesuitas representaban la reacción, los protestantes el progreso. El carácter limitado de ese “progreso” encontraba, a su vez, expresión inmediata en la moral de los protestantes. Así, la doctrina de Cristo, “purificada” por ellos, no impidió en modo alguno al burgués ciudadano que era Lutero, clamar por el exterminio de los campesinos rebelados, esos “perros rabiosos”. El doctor don Martín consideraba sin duda que “el fin justifica los medios”, antes de que esa regla fuese atribuida a los jesuitas. A su vez, los jesuitas, rivalizando con los protestantes, se adaptaron cada día más al espíritu de la sociedad burguesa, y de los tres votos –pobreza, castidad y obediencia– no conservaron sino el último, por lo demás, en una forma extremadamente suavizada. Desde el punto de vista del ideal cristiano, la moral de los jesuitas cayó tanto más bajo cuanto más cesaron éstos de ser jesuitas. Los guerreros de la Iglesia se volvieron sus burócratas y, como todos los burócratas, unos pillos redomados.

4.- JESUITISMO Y UTILITARISMO

Esas breves observaciones bastan sin duda para mostrar cuánta ignorancia y cuánta cortedad se necesitan para tomar en serio la oposición entre el principio “jesuítico”: “el fin justifica los medios”, y el otro, inspirado por supuesto en una moral más elevada, según el cual cada “medio” lleva su pequeño marbete moral, lo mismo que las mercancías en los almacenes de precio fijo. Es notable que el sentido común del filisteo anglosajón consiga indignarse contra el principio “jesuítico”, mientras él mismo se inspira en la moral del utilitarismo tan característico de la filosofía británica. Sin embargo, el criterio de Bentham, John Mill –“la mayor felicidad posible para el mayor número posible”– significa: morales son los medios que conducen al bien general, fin supremo. Bajo su enunciado filosófico general, el utilitarismo anglosajón coincide así plenamente con el principio “jesuítico”: “el fin justifica los medios”. El empirismo –como vemos– existe en este mundo para libertar a las gentes de la necesidad de juntar los dos cabos del razonamiento.

Herbert Spencer, a cuyo empirismo Darwin había inoculado la idea de “evolución” del mismo modo que se vacuna contra la viruela, enseñaba que en el dominio de la moral, la evolución parte de las “sensaciones” para llegar hasta las “ideas”. Las sensaciones imponen criterios de satisfacción

inmediata, mientras que las ideas permiten guiarse conforme a un criterio de satisfacción *futura, más durable y más elevada*. El criterio de la moral es así, aquí también, la “satisfacción” o la “felicidad”. Pero el contenido de este criterio se ensancha y profundiza según el nivel de la “evolución”. Así, hasta Herbert Spencer, por los métodos de su utilitarismo “evolucionista”, ha mostrado que el principio: “el fin justifica los medios” no encierra, en sí mismo, nada inmoral.

Sería, sin embargo, ingenuo esperar de este “principio” abstracto una respuesta a la cuestión práctica: ¿qué se puede y qué no se puede hacer? Además, el principio “el fin justifica los medios” suscita naturalmente la cuestión: ¿y qué justifica el fin? En la vida práctica, como en el movimiento de la historia, el fin y el medio cambian sin cesar de sitio. La máquina en construcción es el “fin” de la producción, para convertirse, una vez instalada en una fábrica, en un “medio”, de esa producción. La democracia es, en ciertas épocas, el “fin” de la lucha de clases, para cambiarse después en su “medio”. Sin encerrar en sí nada inmoral, el principio atribuido a los jesuitas no resuelve, sin embargo, el problema de la moral.

El utilitarismo “evolucionista” de Spencer nos deja igualmente sin respuesta a medio camino, pues siguiendo las huellas de Darwin intenta disolver la moral histórica concreta en las necesidades biológicas o en los “instintos sociales” propios de la vida animal gregaria, mientras que el concepto mismo de moral surge sólo en un medio dividido por antagonismos, es decir, en una sociedad dividida en clases.

El evolucionismo burgués se detiene impotente en el umbral de la sociedad histórica, pues no quiere reconocer el principal resorte de la evolución de las formas sociales: la *lucha de clases*. La moral sólo es una de las funciones ideológicas de esa lucha. La clase dominante impone a la sociedad *sus* fines y la acostumbra a considerar como inmorales los medios que contradicen esos fines. Tal es la función principal de la moral social. Persigue “la mayor felicidad posible”, no para la mayoría, sino para una exigua minoría, por lo demás, sin cesar decreciente. Un régimen semejante no podría mantenerse ni una semana por la sola coacción. Tiene necesidad del cemento de la moral. La elaboración de ese cemento constituye la profesión de teóricos y moralistas pequeño-burgueses. Que manipulen todos los colores del arco iris; a pesar de ello siguen siendo, en resumidas cuentas, los apóstoles de la esclavitud y de la sumisión.

5.- “REGLAS MORALES UNIVERSALMENTE VÁLIDAS”

Quien no quiera retornar ni a Moisés ni a Cristo ni a Mahoma, ni contentarse con una mezcla ecléctica, debe reconocer que la moral es producto del desarrollo social; que no encierra nada invariable; que se halla al servicio de los intereses sociales; que esos intereses son contradictorios; que la moral posee, más que cualquier otra forma ideológica, un carácter de clase.

Sin embargo, ¿es que no existen reglas elementales de moral, elaboradas por el desarrollo de la humanidad en tanto que totalidad, y necesarias para la vida de la colectividad entera? Existen, sin duda; pero la virtud de su acción es extremadamente limitada e inestable. Las normas “universalmente válidas” son tanto menos actuantes cuanto más agudo es el carácter que toma la lucha de clases. La forma suprema de ésta es la guerra civil; ella provoca la explosión de todos los lazos morales entre las clases enemigas.

En condiciones “normales”, el hombre “normal” observa el mandamiento: “¡No matarás!”; pero si mata en condiciones excepcionales de legítima defensa, los jueces lo absuelven. Si, por el contrario, cae víctima de un asesino, éste será quien muera, por decisión del tribunal. La necesidad de tribunales, lo mismo que la de la legítima defensa, se desprende del antagonismo de intereses. En lo que concierne al Estado, éste se limita, en tiempo de paz, a legalizar la ejecución de individuos, para cambiar, en tiempo de guerra, el mandamiento “universalmente válido” “¡no matarás!” en su contrario. Los gobiernos más “humanos” que, en tiempo de paz, “odian” la guerra, convierten, en tiempo de guerra, en deber supremo de sus ejércitos el exterminio de la mayor parte posible de la humanidad.

Las supuestas reglas “generalmente reconocidas” de la moral conservan en el fondo un carácter algebraico, es decir, indeterminado. Expresan únicamente el hecho de que el hombre, en su conducta individual, se encuentra ligado por ciertas normas generales, que se desprenden de su pertenencia a una sociedad. El “imperativo categórico” de Kant es la más elevada generalización de esas normas. A despecho, sin embargo, de la alta situación que ocupa en el Olimpo de la filosofía, ese imperativo no encierra en sí absolutamente nada de categórico, puesto que no posee nada de concreto. Es una forma sin contenido.

La causa de la vacuidad de las normas universalmente válidas se en-

cuentra en el hecho de que en todas las cuestiones decisivas, los hombres sienten su pertenencia a una clase, mucho más profunda e inmediatamente que su pertenencia a una “sociedad”. Las normas “universalmente validas” de la moral se cargan, en realidad, con un contenido de clase, es decir, antagónico. La norma moral se vuelve tanto más categórica cuanto menos “universal” es. La solidaridad obrera, sobre todo durante las huelgas o tras las barricadas, es infinitamente más “categórica” que la solidaridad humana en general.

La burguesía, que sobrepasa en mucho al proletariado por lo acabado y lo intransigente de su conciencia de clase, tiene un interés vital en imponer *su* moral a las masas explotadas. Precisamente por eso las normas concretas del catecismo burgués se cubren con abstracciones morales que se colocan bajo la égida de la religión, de la filosofía o de esa cosa híbrida que se llama “sentido común”. El invocar las normas abstractas no es error filosófico desinteresado, sino un elemento necesario en la mecánica de la engañifa de clase. La divulgación de esa engañifa, que tiene tras de sí una tradición milenaria, es el primer deber del revolucionario proletario.

6.- CRISIS DE LA MORAL DEMOCRÁTICA

Para asegurar el triunfo de sus intereses en grandes cuestiones, las clases dominantes se ven obligadas a hacer concesiones en las cuestiones secundarias; claro que hasta la medida en que esas concesiones quepan dentro de su contabilidad. En la época del ascenso capitalista, sobre todo durante las últimas decenas de años anteriores a la guerra, esas concesiones, por lo menos en lo que concierne a las capas superiores del proletariado, tuvieron un carácter enteramente real. La industria de esas épocas progresaba sin cesar. El bienestar de las naciones civilizadas, parcialmente también el de las masas obreras, se acrecentaba. La democracia parecía inquebrantable. Las organizaciones obreras crecían. Al mismo tiempo que ellas, crecían también las tendencias reformistas. Las relaciones entre las clases, por lo menos exteriormente, se suavizaban. Así se establecían en las relaciones sociales, junto a las normas de la democracia y a los hábitos de paz social, ciertas reglas elementales de moral. Se forjaba la impresión de una sociedad cada día más libre, justa y humana. La curva ascendente del progreso parecía infinita al “sentido común”.

En lugar de eso, estalló la guerra, con su cortejo de conmociones

violentas, de crisis, de catástrofes, de epidemias, de saltos atrás... La vida económica de la humanidad se encontró en un callejón sin salida. Los antagonismos de clase se exacerbaron y se manifestaron a plena luz. Los mecanismos de seguridad de la democracia comenzaron a hacer explosión uno tras otro. Las reglas elementales de la moral se revelaron todavía más frágiles que las instituciones de la democracia y las ilusiones del reformismo. La mentira, la calumnia, la venalidad, la corrupción, la violencia, el asesinato cobraron proporciones inauditas. A los espíritus sencillos y abatidos pareció que semejantes inconvenientes eran resultado momentáneo de la guerra. En realidad, eran y siguen siendo manifestaciones de decadencia del imperialismo. La putrefacción del capitalismo significa la putrefacción de la sociedad contemporánea, con su derecho y con su moral.

La “síntesis” del horror imperialista es el fascismo, nacido directamente de la bancarrota de la democracia burguesa ante las tareas de la época imperialista. Restos de democracia ya sólo se sostienen entre las aristocracias capitalistas más ricas. Por cada “demócrata” de Inglaterra, de Francia, de Holanda, de Bélgica, es preciso contar varios esclavos coloniales; la democracia de los Estados Unidos está manejada por “sesenta familias”, etc.. En todas las democracias, por lo demás, crecen rápidamente elementos de fascismo. El stalinismo es, a su vez, producto de la presión del imperialismo sobre un Estado obrero atrasado y aislado y, a su modo, es un complemento simétrico del fascismo.

En tanto que los filisteos idealistas –y, naturalmente, los anarquistas en primer lugar– denuncian sin descanso la “amoralidad” marxista en su prensa, los trusts norteamericanos gastan –según palabras de John Lewis (C.I.O.)– no menos de 80 millones de dólares anuales en la lucha práctica contra la “desmoralización” revolucionaria, es decir, gastos de espionaje, de corrupción de obreros, de falsificaciones judiciales y de asesinatos a mansalva. ¡El imperativo categórico sigue a veces, para triunfar, rutas bastante sinuosas!

Observemos –por escrúpulo de equidad– que los más sinceros y también los más limitados de los moralistas pequeño-burgueses viven, todavía hoy, de los recuerdos idealizados del ayer y las esperanzas de un retorno a ese ayer. No comprenden que la moral es función de la lucha de clases; que la moral democrática correspondía a la época del capitalismo liberal progresista; que la exacerbación de la lucha de clases, que domina en la época reciente, ha destruido definitiva y completamente esa moral; que su sitio ha sido tomado, de un lado por la moral del fascismo y, de otro, por la moral de la revolución proletaria.

7.- EL “SENTIDO COMÚN”

La democracia y la moral “universal” no son las únicas víctimas del imperialismo. La tercera es el sentido común, “innato en todos los hombres”. Esta forma inferior de la inteligencia, es necesaria en cualquier condición, y bajo ciertas circunstancias es también la adecuada. El capital fundamental del sentido común se ha forjado con las conclusiones elementales extraídas de la experiencia humana: no metáis el dedo al fuego, seguid de preferencia la línea recta, no molestéis a los perros bravos... etc., etc.. En un medio social estable, el sentido común resulta suficiente para practicar el comercio, cuidar a los enfermos, escribir artículos, dirigir un sindicato, votar en el parlamento, fundar una familia y multiplicarse. Pero cuando el sentido común trata de escapar a sus límites naturales, para intervenir en el terreno de generalizaciones más complejas, revélase que sólo es el conglomerado de los prejuicios de una clase y de una época determinadas. Ya la simple crisis del capitalismo lo despista; mas ante catástrofes como la revolución, la contrarrevolución y la guerra, el sentido común sólo es un imbécil a secas. Para conocer las conmociones catastróficas del curso “normal” de las cosas, se precisan facultades más altas de la inteligencia, cuya expresión filosófica ha sido dada, hasta ahora, por el materialismo dialéctico.

Max Eastman, que se esfuerza con buen éxito por dar al “sentido común” la más seductora apariencia literaria, se ha forjado de la lucha contra la dialéctica una especie de profesión. Eastman toma en serio las banalidades conservadoras del sentido común, mezcladas con un estilo florido, como si fueran la “ciencia de la revolución”. Viniendo en refuerzo de los snobs reaccionarios del *Common Sense*, con una seguridad inimitable enseña a la humanidad que si Trotsky se hubiese guiado, no por la doctrina marxista, sino por el sentido común, no hubiera perdido el poder. La dialéctica interna que se ha manifestado hasta ahora en la sucesión de las etapas de todas las revoluciones, para Eastman no existe. La sucesión de la revolución por la reacción se determina –según él– por la falta de respeto para con el sentido común. Eastman no comprende que precisamente, en el sentido histórico, Stalin resulta ser una víctima del sentido común, es decir, de la insuficiencia del sentido común, puesto que el poder de que dispone sirve fines hostiles al bolchevismo. Por el contrario, a nosotros, la doctrina marxista nos ha permitido romper oportunamente con la burocracia thermidoriana y continuar sirviendo los fines del socialismo internacional.

Toda ciencia, inclusive la “ciencia de la revolución”, está sujeta a verificación experimental. Puesto que Eastman sabe cómo mantener un poder revolucionario dentro de las condiciones de una contrarrevolución mundial, hay que esperar que también sepa cómo conquistar el poder. Sería muy de desearse que revelase, al fin, ese secreto. Lo mejor sería que lo hiciese en forma de *proyecto de programa de partido revolucionario*, y bajo el título de *cómo conquistar y cómo conservar el poder*. Tememos, sin embargo, que precisamente el sentido común detenga a Eastman, antes de lanzarse a empresa tan arriesgada. Y esta vez, el sentido común tendrá razón.

La doctrina marxista que –¡oh, dolor!– Eastman jamás ha entendido, nos ha permitido prever lo inevitable, en ciertas condiciones históricas, del thermidor² soviético, con todo su cortejo de crímenes. La misma doctrina había predicho, con mucho tiempo de anticipación, el inevitable hundimiento de la democracia burguesa y de su moral. Por el contrario, los doctrinadores del “sentido común” se han visto cogidos de imprevisto por el fascismo y el stalinismo. El sentido común procede a base de magnitudes invariables en un mundo en el que sólo la variabilidad es invariable. La dialéctica, en cambio, considera los fenómenos, las instituciones y las normas en su formación, su desarrollo y su decadencia. La actitud dialéctica frente a la moral, producto accesorio y transitorio de la lucha de clases, parece “inmoral” a los ojos del sentido común. Sin embargo, ¡nada hay más duro y más limitado, más suficiente y más cínico que la moral del sentido común!

8.- LOS MORALISTAS Y LA GPU³

El pretexto para la cruzada contra la “amoralidad” bolchevique lo proporcionaron los procesos de Moscú. La cruzada, sin embargo, no comenzó inmediatamente, ya que los moralistas en mayoría eran, directa o indirectamente, amigos del Kremlin. En tanto que amigos, durante cierto tiempo se esforzaron por disimular su estupor y hasta por simular que nada había pasado. Sin embargo, los procesos de Moscú de ningún modo son un azar. El servilismo y la hipocresía, el culto oficial de la mentira, la compra de conciencias y todas las demás formas de corrupción comenzaron a abrirse con

² Trotsky suele referirse al estalinismo con el Thermidor de la URSS.

³ Policía política de la URSS. Cambió varias veces de nombre: NKVD, KGB.

opulencia en Moscú desde 1924-25. Las futuras falsificaciones judiciales se prepararon abiertamente, a los ojos del mundo entero. No faltaron advertencias. Sin embargo, los “amigos” no querían notar nada. No es asombroso: la mayoría de esos caballeros habían sido enteramente hostiles a la revolución de octubre y sólo se aproximaron a la Unión Soviética paralelamente a la degeneración thermidoriana de ésta. La democracia pequeño-burguesa de occidente reconoció en la burocracia pequeño-burguesa de oriente un alma hermana. ¿Creyeron verdaderamente esos individuos las acusaciones de Moscú? Sólo las creyeron los más imbéciles. Los otros, no quisieron causarse la molestia de una verificación. ¿Valía la pena trastornar la amistad halagüeña y confortable, y a menudo provechosa, con las embajadas soviéticas? Por lo demás –¡oh, no lo olvidaban!– la imprudente verdad podía perjudicar el prestigio de la U.R.S.S.. Esos hombres taparon el crimen por razones utilitarias, es decir, aplicaron manifiestamente el principio: “el fin justifica los medios”.

El señor Pritt, consejero de S. M. Británica, que había tenido ocasión de echar en Moscú una mirada de soslayo bajo la túnica de Temis Staliniana y había encontrado sus intimidades en buen estado, tomó sobre sí la tarea de desafiar la vergüenza. Romain Rolland, cuya autoridad moral aprecian tanto los tenedores de libros de las editoriales soviéticas, se apresuró a publicar uno de sus manifiestos, en los que el lirismo melancólico se une a un cinismo senil. La Liga Francesa de los Derechos del Hombre, que condenaba en 1917 la “amoralidad de Lenin y de Trotsky”, cuando rompieron la alianza militar con Francia, se apresuró a tapar en 1936 los crímenes de Stalin, en interés del pacto franco-soviético. El fin patriótico justifica –como se ve– todos los medios. En los Estados Unidos, *The Nation* y *The New Republic* cerraron los ojos para las hazañas de Yagoda, puesto que la “amistad” con la U.R.S.S. se había convertido en sustento de su propia autoridad. No hace ni siquiera un año, esos señores no afirmaban que stalinismo y trotskysmo fueran idénticos. Estaban abiertamente por Stalin, por su espíritu realista, por su justicia y por su Yagoda. En esa posición se mantuvieron tanto tiempo como pudieron.

Hasta el momento de la ejecución de Tujachevsky⁴, de Iakir, etc., la

⁴ Tujachevsky y Iakir fueron destacados jefes del Ejército Rojo durante la guerra civil y luego militares de renombre. Fueron ejecutados en 1937 tras un juicio secreto en que fueron acusados de ser agentes de Hitler. La purga del Ejército Rojo facilitó la invasión de la URSS por Hitler.

gran burguesía de los países democráticos observó no sin satisfacción – aunque afectando cierta repugnancia– el exterminio de revolucionarios en la U.R.S.S.. En ese sentido, *The Nation*, *The New Republic*, para no hablar de los Duranty, Louis Fisher y otros prostituidos de la pluma, se adelantaban a los intereses del imperialismo “democrático”. La ejecución de los generales perturbó a la burguesía, obligándola a comprender que la muy avanzada descomposición del aparato stalinista podría facilitar la tarea a Hitler, a Mussolini y al Mikado. El *New York Times* se puso a rectificar prudente, pero insistentemente la puntería de su Duranty. El *Temps* de París dejó filtrar en sus columnas un débil rayo de luz sobre la situación en la U.R.S.S.. En cuanto a los moralistas y a los sicofantes pequeño-burgueses, jamás fueron más que auxiliares de las clases capitalistas. En fin, cuando la Comisión John Dewey⁵ formuló su veredicto, se hizo evidente a los ojos de todo hombre, por poco que pensara, que continuar defendiendo abiertamente a la GPU era afrontar la muerte política y moral. Sólo a partir de ese momento fue cuando los “amigos” decidieron invocar las verdades eternas de la moral; es decir, replegarse, atrincherándose en una segunda línea.

Los stalinistas y semi-stalinistas atemorizados ocupan el último sitio entre los moralistas. Eugene Lyons convivió alegremente durante varios años con la pandilla thermidoriana, considerándose casi un bolchevique. Habiendo regañado con el Kremlin –poco nos importa saber por qué– Lyons se encontró, de nuevo, naturalmente, en las nubes del idealismo. Liston Oak gozaba, todavía muy recientemente, de tal crédito cerca de la Komintern, que se le encargó dirigir la propaganda republicana de lengua inglesa en España. Cuando renunció a su cargo, no tuvo el menor empacho, claro está, en renunciar también a su abecedario de marxismo. Walter Krivitsky, habiéndose rehusado a volver a la U.R.S.S. y habiendo roto con la GPU, pasó inmediatamente a la democracia burguesa. Parece también que esa es la metamorfosis del septuagenario Charles Rappoport. Una vez echado el stalinismo por la borda, las gentes de esta clase –y son numerosos– no pueden abstenerse de buscar en los argumentos de la moral abstracta una

⁵ La Comisión Dewey, presidida por este profesor norteamericano, y formada por personalidades independientes, a petición de Trotsky, estudió las “evidencias” presentadas por la acusación en los Procesos de Moscú. Concluyó que todo se trataba de una inmensa falsificación judicial.

compensación a la decepción y al envejecimiento ideológico por que han atravesado. Preguntadles por qué pasaron de la Komintern o de la GPU al campo de la burguesía. Su respuesta está pronta: “el trotskysmo no vale más que el stalinismo”.

9.- DISPOSICIÓN POLÍTICA DE PERSONAJES

“El trotskysmo es romanticismo revolucionario; el stalinismo es la política realista”. De esta ramplona antinomia, por cuyo medio el filisteo vulgar justificaba, todavía ayer, su amistad con el thermidor, contra la revolución, no queda hoy una huella. Ya no se opone trotskysmo a stalinismo en general; ya se les identifica. Se les identifica en la forma y no en la esencia. Al batirse en retirada hasta el meridiano del “imperativo categórico”, los demócratas continúan en realidad defendiendo a la GPU; pero mejor disfrazados, más pérfidamente. Quien calumnia a las víctimas, labora con los verdugos. En éste, como otros casos, la moral sirve a la política.

El filisteo demócrata y el burócrata stalinista, si no gemelos, son por lo menos hermanos espirituales. Políticamente, pertenecen, en todo caso, al mismo campo. Sobre la colaboración de stalinistas, demócratas y liberales reposa actualmente el sistema gubernamental de Francia y, añadiendo los anarquistas, el de la España republicana. Si el *Independent Labour Party* de Inglaterra ofrece una tan pobre apariencia es porque durante años no ha salido de los brazos de la Komintern. El Partido socialista Francés excluyó a los trotskystas en el preciso momento en que se preparaba para la fusión con los stalinistas. Si la fusión no se llevó a cabo no fue a causa de divergencia de principios —¿Qué queda de ella?— sino a consecuencia del temor de los bonzos socialdemócratas de perder sus puestos. Al volver de España, Norman Thomas declaró que los trotskystas ayudaban “objetivamente” a Franco, y gracias a ese absurdo subjetivo proporcionó una ayuda “objetiva” a los verdugos de la GPU. Este apóstol ha excluido a los “trotskystas” norteamericanos de su partido, en el momento preciso en que la GPU fusilaba a sus camaradas en la U.R.S.S. y en España. En numerosos países democráticos, los stalinistas, a despecho de su “inmoralidad”, penetran —no sin buen éxito— en el aparato del Estado. En los sindicatos, se llevan bien con los burócratas de cualquier matiz. Es cierto que los stalinistas tratan demasiado a la ligera el Código Penal, cosa que aterroriza un poco, en tiempos apacibles, a sus amigos “demócratas”; por el contrario, en circunstancias excepcionales —como lo muestra

el ejemplo de España–, con ello tanto más seguramente se convierten en jefes de la pequeña burguesía contra el proletariado.

La II Internacional y la Federación Sindical de Amsterdam⁶ no tomaron sobre ellas, claro está, la responsabilidad de las falsificaciones: dejaron semejante tarea a la Komintern. Callaron. En conversaciones privadas, sus representantes declaraban que desde el punto de vista moral, estaban contra Stalin; pero que desde el punto de vista político, estaban con él. Sólo cuando el Frente Popular de Francia reveló hendiduras irreparables, y los socialistas franceses tuvieron que pensar en el mañana, fue cuando León Blum encontró en el fondo de su tintero las indispensables fórmulas de la indignación moral.

Si Otto Bauer censura suavemente la justicia de Vichinsky, es para sostener, con tanta mayor “imparcialidad”, la política de Stalin. El destino del socialismo –según reciente declaración de Bauer– parece estar ligado a la suerte de la Unión Soviética. “Y el destino de la Unión Soviética –continúa diciendo– es el del stalinismo, mientras el desenvolvimiento de la Unión Soviética misma no haya superado la fase stalinista”. ¡Todo Bauer, todo el austromarxismo, toda la mentira y toda la podredumbre de la socialdemocracia están en esa frase magnífica! “Mientras” la burocracia stalinista sea suficientemente fuerte para exterminar a los representantes progresistas del “desenvolvimiento interior”, Bauer se queda con Stalin. Cuando las fuerzas revolucionarias, a despecho de Bauer, derroquen a Stalin, entonces Bauer reconocerá generosamente el “desenvolvimiento interior”, con un retraso de unos diez años, cuando más.

Tras las viejas internacionales gravita el Buró de Londres, de los centristas⁷, que reúne con todo acierto los aspectos de un jardín de niños, de una escuela para adolescentes atrasados y de un asilo de inválidos. El secretario del Buró, Fenner Brockway, comenzó por declarar que una investigación sobre los procesos de Moscú podría “perjudicar a la U.R.S.S.”, y en lugar de eso propuso se hiciera una averiguación sobre... la actividad política de Trotsky, por una comisión “imparcial”, integrada por cinco adversarios irreconciliables de Trotsky. Brandler y Lovestone se solidarizaron públicamente con Yagoda; no retrocedieron sino ante Iezhov. Jacob Walcher, con un pretexto

⁶ Agrupaba a los sindicatos vinculados a la socialdemocracia.

⁷ Agrupación que comprendía al ILP inglés, al POUM y a la SAP alemana.

manifiestamente falso, rehusó prestar a la Comisión John Dewey un testimonio que sólo podía ser desfavorable a Stalin. La moral podrida de semejantes individuos sólo es producto de su política podrida.

El papel más triste, sin embargo, corresponde, sin duda, a los anarquistas. Si el stalinismo y el trotskismo son una y la misma cosa –como lo afirman ellos en cada renglón– ¿por qué, pues, los anarquistas españoles ayudan a los stalinistas a aniquilar a los trotskistas, y al mismo tiempo a los anarquistas que se mantienen revolucionarios? Los teóricos libertarios más francos responden: es el precio del suministro soviético de armas. En otros términos: el fin justifica los medios. Pero, ¿cuál es el fin de ellos: el anarquismo, el socialismo? No, la salud de la democracia burguesa, que ha preparado el triunfo del fascismo. A un fin sucio corresponden sucios medios.

¡Esa es la disposición verdadera de los personajes en el tablero de la política mundial!

10.-EL STALINISMO, PRODUCTO DE LA VIEJA SOCIEDAD

Rusia ha dado el salto hacia adelante más grandioso de la historia, y son las fuerzas más progresistas del país las que encontraron en él expresión. Durante la reacción actual, cuya amplitud es proporcional a la de la revolución, la inercia toma su desquite. El stalinismo se ha convertido en la encarnación de esa reacción. La barbarie de la antigua Rusia, vuelta a aparecer sobre nuevas bases sociales, resulta más repugnante aun porque ahora tiene que emplear una hipocresía como la historia no había conocido hasta hoy.

Los liberales y los socialdemócratas de occidente, a quienes la revolución de octubre había hecho dudar de sus añejas ideas, han sentido sus fuerzas renacer. La gangrena moral de la burocracia soviética les parece una rehabilitación del liberalismo. Se les ve exhibir viejos aforismos fuera de cuño, como estos: “toda dictadura lleva en sí los gérmenes de su propia disolución”; “sólo la democracia puede garantizar el desenvolvimiento de la personalidad”, etc.. Esa oposición de democracia y dictadura, que contiene, en este caso, la condenación del socialismo, en nombre del régimen burgués, asombra, desde el punto de vista teórico, por su ignorancia y su mala fe. La infección del stalinismo en tanto que realidad histórica, es opuesta a la democracia en tanto que abstracción suprahistórica. Sin embargo, la democracia también ha tenido su historia, y en ella no han faltado horrores.

Para caracterizar la burocracia soviética empleamos las expresiones: “thermidor” y “bonapartismo”, de la historia de la democracia burguesa, ya que –y que los adoctrinadores retrasados del liberalismo tomen nota– *la democracia no apareció de ningún modo por la virtud de medios democráticos*. Sólo mentecatos pueden contentarse con razonamientos sobre el bonapartismo, “hijo legítimo” del jacobinismo, castigo histórico por los atentados cometidos contra la democracia, etc.. Sin la destrucción del feudalismo por el método jacobino, la democracia burguesa hubiera sido inconcebible. Es tan falso oponer a las etapas históricas concretas: jacobinismo, thermidor, bonapartismo, la abstracción idealizada de “democracia”, como oponer el recién nacido al adulto.

El stalinismo, a su vez, no es una abstracción de “dictadura”, sino una grandiosa reacción burocrática contra la dictadura proletaria en un país atrasado y aislado. La revolución de octubre abolió los privilegios, declaró la guerra a la desigualdad social, sustituyó la burocracia por el gobierno de los trabajadores por ellos mismos, suprimió la diplomacia secreta, se esforzó por dar un carácter de transparencia completa a todas las relaciones sociales. El stalinismo ha restaurado las formas más ofensivas de los privilegios, ha dado a la desigualdad un carácter provocativo, ha ahogado la actividad espontánea de las masas por medio del absolutismo policíaco, ha hecho de la administración un monopolio de la oligarquía del Kremlin y ha regenerado el fetichismo del poder, bajo aspectos que la monarquía absoluta no se hubiese atrevido a soñar.

La reacción social, en cualquiera de sus formas, se ve obligada a ocultar sus fines verdaderos. Mientras más brutal sea la transición de la revolución a la reacción, más depende la reacción de las tradiciones de la revolución; es decir, más teme a las masas y tanto más se ve forzada a recurrir a la mentira y a la falsificación, en la lucha contra los representantes de la revolución. Las falsificaciones stalinistas no son fruto de la “amoralidad” bolchevique; no, como todos los acontecimientos importantes de la historia, son producto de una lucha social concreta; por lo demás, la más perversa y cruel que exista: la lucha de una nueva aristocracia contra las masas que la han elevado al poder.

Se necesita, en realidad, una total indigencia intelectual y moral para identificar la moral reaccionaria y policíaca del stalinismo con la moral revolucionaria del bolchevismo. El partido de Lenin ha cesado de existir desde hace mucho tiempo: se ha roto contra las dificultades interiores y

contra el imperialismo mundial. Su sitio ha sido tomado por la burocracia stalinista, que es un mecanismo de transmisión del imperialismo. En la liza mundial, la burocracia ha sustituido la lucha de clases por la colaboración de clases, el internacionalismo por el socialpatriotismo. Para adaptar el partido director a las tareas de la reacción, la burocracia ha “renovado” su composición, por medio del exterminio de revolucionarios y el reclutamiento de arribistas.

Toda reacción resucita, nutre, refuerza los elementos del pasado histórico sobre el que la revolución ha descargado un golpe sin haber logrado aniquilarlo. Los métodos del stalinismo llevan hasta el fin, hasta la tensión más alta y, al mismo tiempo, hasta el absurdo, todos los procedimientos de mentira, de crueldad y de bajeza que constituyen el mecanismo del poder en toda sociedad dividida en clases, sin excluir la democracia. El stalinismo es un conglomerado de todas las monstruosidades del Estado tal como lo ha hecho la historia; es también su peor caricatura y su repugnante mueca. Cuando los representantes de la antigua sociedad oponen sentenciosamente a la gangrena del stalinismo, una abstracción democrática esterilizada, tenemos excelente derecho de recomendarles, lo mismo que a toda la vieja sociedad, que se admiren en el espejo deformante del thermidor soviético. Ciertamente, la GPU supera en mucho todos los otros regímenes, por la franqueza de sus crímenes; pero eso es consecuencia de la amplitud grandiosa de los acontecimientos que sacudieron a Rusia en las condiciones de la desmoralización mundial de la era imperialista.

11. MORAL Y REVOLUCIÓN

Entre liberales y radicales no faltan gentes que han asimilado los métodos materialistas de interpretación de los acontecimientos y que se consideran marxistas. Eso no les impide, sin embargo, seguir siendo periodistas, profesores o políticos burgueses. El bolchevique no se concibe, naturalmente, sin método materialista, inclusive en el dominio de la moral. Pero ese método no sólo le sirve para interpretar los acontecimientos, sino para crear el partido revolucionario, el partido del proletariado. Es imposible cumplir semejante tarea sin una independencia completa ante la burguesía y su moral. Sin embargo, la opinión pública burguesa domina perfecta y plenamente, en el actual momento, el movi-

miento obrero oficial, de William Green⁸ en los Estados Unidos a García Oliver en España, pasando por León Blum y Maurice Thorez en Francia. El carácter reaccionario de esta época encuentra en ese hecho su más profunda expresión.

El marxista revolucionario no podría abordar su misión histórica sin haber roto moralmente con la opinión pública de la burguesía y de sus agentes en el seno del proletariado. Tal cosa exige un arrojo moral de distinto calibre del que se necesita para gritar en las reuniones públicas: “¡Abajo Hitler! ¡Abajo Franco!” Precisamente esa ruptura decisiva, profundamente reflexionada, irrevocable entre los bolcheviques y la moral conservadora de la grande y también de la pequeña burguesía, es lo que causa un espanto mortal a los fraseadores demócratas, a los profetas de salón y a los héroes de corredor. De ahí sus lamentaciones sobre la “amoralidad” de los bolcheviques.

Su manera de identificar la moral burguesa con la moral “en general” se observa, sin duda, del mejor modo en la extrema izquierda de la pequeña burguesía, precisamente en los partidos centristas del llamado Buró de Londres. Ya que esta organización “admite” el programa de la revolución proletaria, nuestras divergencias con ella parecen a primera vista secundarias. En realidad su “admisión” del programa revolucionario carece de todo valor, ya que no la obliga a nada. Los centristas “admiten” la revolución proletaria como los kantianos admiten el imperativo categórico, es decir, como un principio sagrado, pero inaplicable en la vida de todos los días. En la esfera de la política práctica, se unen con los peores enemigos de la revolución, los reformistas-stalinistas, para luchar contra nosotros. Todo su pensamiento está impregnado de duplicidad y de falsía. Si no llegan hasta crímenes enormes sólo es porque siempre se quedan en el último plano de la política: son, en cierta forma, los carteristas de la historia. Precisamente por eso consideran los llamados a regenerar el movimiento obrero por medio de una nueva moral.

En la extrema izquierda de esta cofradía de “izquierda”, se encuentra un pequeño grupo, totalmente insignificante en lo político, de emigrados alemanes que publican la revista *Neuer Weg* (Nueva Ruta). Inclinémonos un poco y escuchemos a esos detractores “revolucionarios” de la amoralidad bolchevique. En tono de elogio de doble sentido, la *Neuer Weg* escribe que los bolcheviques se distinguen ventajosamente de los otros partidos

⁸ Presidente del sindicato AFL.

por su falta de hipocresía: proclaman abiertamente lo que los demás aplican silenciosamente en la realidad, a saber, el principio: “el fin justifica los medios”. Pero –según la opinión de la *Neuer Weg*– una regla “burguesa” de ese género es incompatible “con un movimiento socialista sano”. “La mentira y algo peor aún no son medios permitidos en la lucha, como lo consideraba todavía Lenin”. La palabra “todavía” significa naturalmente que Lenin no había aún conseguido deshacerse de sus ilusiones, por no haber vivido hasta el descubrimiento de la “nueva ruta”.

En la fórmula “la mentira y algo peor aún”, el segundo miembro significa evidentemente la violencia, el asesinato, etc., ya que, supuesto invariable todo el resto, la violencia es peor que la mentira y el asesinato es la forma suprema de la violencia. Llegamos así a la conclusión de que la mentira, la violencia y el asesinato son incompatibles con “un movimiento socialista sano”. Pero, ¿qué pasa con la revolución? La guerra civil es la más cruel de las guerras. Es inconcebible, no sólo sin la violencia ejercitada contra terceros, sino –con la técnica contemporánea– sin el homicidio de ancianos y niños. ¿Es preciso recordar a España? La única respuesta que podrían darnos los “amigos” de la España republicana sería que la guerra civil vale más que la esclavitud fascista. Esa respuesta, enteramente correcta, sólo significa que el *fin* (democracia o socialismo) justifica, en ciertas condiciones, *medios* tales como la violencia y el homicidio. ¡Inútil hablar de la mentira! La guerra es tan inconcebible sin mentiras como la máquina sin engrase. Con el fin único de proteger la sesión de las Cortes (1º de febrero de 1938) contra las bombas fascistas, el gobierno de Barcelona engañó varias veces, a sabiendas, a los periodistas y a la población ¿Podía obrar de otro modo? Quien quiera el fin – la victoria contra Franco– debe aceptar los medios, la guerra civil con su cortejo de horrores y de crímenes.

Sin embargo, la mentira y la violencia, ¿no deben condenarse “en sí mismas”? Seguramente, deben condenarse, y al mismo tiempo, la sociedad dividida en clases, que las engendra. La sociedad sin contradicciones sociales será, claro está, una sociedad sin mentira ni violencia. Sin embargo, sólo podemos tender hasta ella un puente por virtud de métodos revolucionarios, es decir, métodos de violencia. La revolución misma es producto de una sociedad dividida en clases y de ello lleva necesariamente impresas las huellas. Desde el punto de vista de las “verdades eternas”, la revolución es, naturalmente, “inmoral”. Pero eso sólo significa que la moral idealista es contrarrevolucionaria, es decir, se halla al servicio de los explotadores.

“Pero la guerra civil –dirá quizás el filósofo tomado de improviso– es, por decirlo así, una lamentable excepción. En tiempo de paz, un movimiento socialista sano debe abstenerse de la violencia y de la mentira”. Semejante respuesta sólo es una lastimosa escapatoria. No hay fronteras infranqueables entre la lucha de clases “pacífica” y la revolución. Cada huelga contiene en germen todos los elementos de la guerra civil. Las dos partes se esfuerzan por darse mutuamente una idea exagerada de su resolución de luchar y de sus recursos materiales. Gracias a su prensa, a sus agentes y a sus espías, los capitalistas se esfuerzan por intimidar y desmoralizar a los huelguistas. Por su lado, los piquetes de huelga, cuando la persuasión resulta inoperante, se ven obligados a recurrir a la fuerza. Así, “la mentira y algo peor aún” constituyen parte inseparable de la lucha de clases, hasta en su forma más embrionaria. Queda por añadir que las nociones de *verdad* y de *mentira* nacieron de las contradicciones sociales.

12.-LA REVOLUCIÓN Y EL SISTEMA DE REHENES

Stalin manda prender y fusilar a los hijos de sus adversarios, después de haber mandado que ellos mismos sean fusilados bajo falsas acusaciones. Las familias le sirven de rehenes para obligar a volver del extranjero a los diplomáticos soviéticos que quisieran permitirse alguna duda sobre la probidad de Yagoda o de Iezhov. Los moralistas de la *Neuer Weg* creen necesario y oportuno recordar con este motivo que Trotsky se sirvió, “él también”, en 1919, de una ley de rehenes. Y aquí es preciso citar textualmente: “La aprehensión de familias inocentes por Stalin es de una barbarie repugnante. Pero semejante cosa sigue siendo una barbarie cuando es Trotsky el que manda (1919)”. ¡He ahí la moral idealista en toda su belleza! Estos criterios son tan falaces como las normas de la democracia burguesa: se supone en ambos casos la *igualdad*, en donde no hay ni sombra de igualdad.

No insistamos aquí en que el decreto de 1919 muy probablemente no provocó el fusilamiento de parientes de oficiales, cuya traición no sólo costaba pérdidas humanas innumerables, sino que amenazaba llevar directamente la revolución a su ruina. En el fondo, no se trata de eso. Si la revolución hubiera manifestado desde el principio menos inútil generosidad, centenares de vidas habríanse ahorrado en lo que siguió. Sea lo que fuere, yo asumo la entera responsabilidad del decreto de 1919. Fue una

medida necesaria en la lucha contra los opresores. Ese decreto, como toda la guerra civil, que podríamos también llamar con justicia “una repugnante barbarie”, no tiene más justificación que el objeto histórico de la lucha.

Dejemos a Emil Ludwig y a sus semejantes la tarea de pintarnos retratos de Abraham Lincoln, adornados con alitas de color de rosa. La importancia de Lincoln reside en que para alcanzar el gran objetivo histórico asignado por el desarrollo del joven pueblo norteamericano, no retrocedió ante las medidas más rigurosas, cuando ellas fueron necesarias. La cuestión ni siquiera reside en saber cuál de los beligerantes sufrió o infligió el mayor número de víctimas. La historia tiene un patrón diferente para medir las crueldades de los sureños y las de los nortños de la Guerra de Secesión. ¡Que eunucos despreciables no vengan a sostener que el esclavista que por medio de la violencia o la astucia encadena a un esclavo es el igual, ante la moral, del esclavo que por la astucia o la violencia rompe sus cadenas!

Cuando ya estuvo ahogada en sangre la Comuna de París y la canalla reaccionaria del mundo entero se hubo puesto a arrastrar su estandarte por el cieno, no faltaron numerosos filisteos demócratas para difamar, al lado de la reacción, a los comuneros (*communards*) que habían ejecutado 64 rehenes, empezando por el arzobispo de París. Marx no vaciló un instante en tomar la defensa de esta acción sangrienta de la Comuna. En una circular del Consejo General de la Internacional, en líneas por debajo de las cuales creería uno escuchar lava que hierve, Marx recuerda primero que la burguesía usó el sistema de rehenes en su lucha contra los pueblos de las colonias y contra su propio pueblo, para referirse en seguida a las ejecuciones sistemáticas de los comuneros prisioneros por los encarnizados reaccionarios. Y continúa: “para defender a sus combatientes prisioneros, la Comuna no tenía más que la toma de rehenes, acostumbrada entre los prusianos. La vida de los rehenes se perdió y volvió a perderse por el hecho de que los versalleses continuaban fusilando a sus prisioneros ¿Habría sido posible salvar a los rehenes, después de la horrible carnicería con que marcaron su entrada a París los pretorianos de MacMahon? ¿El último contrapeso al salvajismo implacable de los gobiernos burgueses –la toma de rehenes– habría de reducirse a una burla?”. Así escribía Marx sobre la ejecución de rehenes, a pesar de que tras él hubiese en el Consejo no pocos Fenner Brockway, Norman Thomas y Otto Bauers. La indignación del proletariado mundial ante las atrocidades de los versalleses era, sin embargo,

todavía tan grande, que los confusionistas reaccionarios prefirieron callar, esperando tiempos mejores para ellos, que –desgraciadamente– no tardaron en llegar. Sólo después del triunfo definitivo de la reacción fue cuando los moralistas pequeñoburgueses, en unión de los burócratas sindicales y de los fraseadores anarquistas, causaron la pérdida de la Iª Internacional.

Cuando la revolución de octubre se defendía contra las fuerzas reunidas del imperialismo, en un frente de ocho mil kilómetros, los obreros del mundo entero seguían el desarrollo de esta lucha con una simpatía tan ardiente que hubiese sido peligroso denunciar ante ellos el sistema de rehenes como una “repugnante barbarie”. Fue precisa la completa degeneración del Estado soviético y el triunfo de la reacción en una serie de países para que los moralistas salieran de sus agujeros... en ayuda de Stalin. En efecto, si las medidas de represión tomadas para defender los privilegios de la nueva aristocracia tienen el mismo valor moral que las medidas revolucionarias tomadas en la lucha libertadora, entonces Stalin está plenamente justificado, a menos que... la revolución proletaria sea condenada en masa. Al mismo tiempo que buscan ejemplos de inmoralidades en los acontecimientos de la guerra civil en Rusia, los señores moralistas se ven obligados a cerrar los ojos ante el hecho de que la revolución española restableció también el sistema de rehenes, por lo menos, durante el período en que fue una verdadera revolución de masas. Si los detractores todavía no se han atrevido a atacar a los obreros españoles por su “repugnante barbarie”, es únicamente porque el terreno de la península ibérica está aún demasiado quemante para ellos. Es mucho más cómodo remontarse a 1919. Eso es ya historia: los viejos habrán ya olvidado y los jóvenes todavía no aprenden. Por esa misma razón, los fariseos de cualquier matiz retornan con tanta insistencia a Kronstadt y Makhno: ¡sus emanaciones de moral pueden exhalar aquí libremente!

13.- “MORAL DE CAFRES”

No es posible dejar de convenir con los moralistas en que la historia toma caminos crueles. ¿Qué conclusión sacar de ahí para la actividad práctica? León Tolstoy recomendaba a los hombres ser más sencillos y mejores. El Mahatma Gandhi les aconseja tomar leche de cabra. ¡Ay! Los moralistas “revolucionarios” de la *Neuer Weg* no están muy lejos de esas recetas. “Debemos libertarnos -predican ellos- de esa moral de cafres para la que no

hay más mal que el que hace el enemigo” ¡Admirable consejo! “Debemos libertarnos...” Tolstoy recomendaba también libertarse del pecado de la carne. Y sin embargo, la estadística no confirma el buen éxito de su propaganda. Nuestros homúnculos centristas han logrado elevarse hasta una moral por encima de las clases, dentro de una sociedad dividida en clases. Pero si hace casi dos mil años que eso fue dicho: “Amad a vuestros enemigos”, “Ofreced la otra mejilla”... Y sin embargo, hasta ahora, ni el Santo Padre romano se ha “libertado” del odio para sus enemigos. ¡En verdad, el diablo, enemigo del género humano, es muy poderoso!

Aplicar criterios diferentes a los actos de los explotadores y de los explotados es -según la opinión de los pobres homúnculos- ponerse a nivel de la “moral de los cafres”. Preguntemos primero si corresponde a “socialistas” el profesar semejante desprecio por los cafres. ¿Su moral es tan mala? He aquí lo que dice sobre el tema la Enciclopedia Británica:

“En sus relaciones sociales y políticas manifiestan mucho tacto e inteligencia; son extraordinariamente valientes, belicosos y hospitalarios; y fueron honrados y veraces mientras el contacto con los blancos no les volvió suspicaces, vengativos y ladrones, y que no hubieron, además, asimilado la mayor parte de los vicios de los europeos”. No se puede dejar de concluir que los misioneros blancos, predicadores de la moral eterna, contribuyeron a la corrupción de los cafres.

Si a un trabajador cafre se le refiriera que los obreros, habiéndose rebelado en alguna parte del planeta, tomaron a sus opresores de improviso el cafre se alegraría. Le apenaría, por el contrario, saber que los opresores han logrado engañar a los oprimidos. El cafre a quien los misioneros no han corrompido hasta la médula de los huesos, no consentirá nunca en aplicar las mismas normas de moral abstracta a los opresores y a los oprimidos. En cambio, comprenderá muy bien -si se le explica- que el objeto de esas normas abstractas es precisamente el de impedir la rebelión de los oprimidos contra los opresores.

Coincidencia edificante: para calumniar a los bolcheviques, los misioneros de la *Neuer Weg* tuvieron que calumniar al mismo tiempo a los cafres; y en ambos casos, la calumnia sigue el cauce de la mentira oficial burguesa: contra los revolucionarios y contra las razas de color. ¡No, nosotros preferimos los cafres a todos los misioneros, religiosos o laicos!

Sin embargo, es preciso no sobrestimar el grado de conciencia de los moralistas de la *Neuer Weg* o de los otros callejones sin salida. Las intencio-

nes de estas gentes no son tan malas. A pesar de ellas, sin embargo, sirven de palanca al mecanismo de la reacción. En una época como la actual, en que los partidos pequeño-burgueses se aferran a la burguesía liberal o a su sombra (política de “frente popular”) paralizan al proletariado y abren la ruta al fascismo (España, Francia...) los bolcheviques, es decir, los marxistas revolucionarios se convierten en personajes particularmente odiosos a los ojos de la opinión pública burguesa. La presión política fundamental de nuestros días se ejerce de derecha a izquierda. En resumidas cuentas, todo el peso de la reacción gravita sobre los hombros de una pequeña minoría revolucionaria que se llama la IV^o Internacional. *¡Voilà l'ennemi!* ¡He ahí el enemigo!

El stalinismo ocupa en el mecanismo de la reacción muchas posiciones dominantes. Todos los grupos de la sociedad burguesa, inclusive los anarquistas, utilizan de un modo o de otro su ayuda en la lucha contra la revolución proletaria. Al mismo tiempo, los demócratas pequeño-burgueses tratan de echar, por lo menos en un cincuenta por ciento, lo odioso de los crímenes de su aliado moscovita sobre la irreductible minoría revolucionaria. Esa es precisamente la significación del dicho, desde ahora a la moda: “trotskysmo y stalinismo son una y la misma cosa”. Los adversarios de los bolcheviques y de los cafres ayudan así a la reacción para calumniar el partido de la revolución.

14. LA “AMORALIDAD” DE LENIN

Los “socialistas-revolucionarios”⁹ rusos han sido siempre los hombres más morales: en el fondo, eran sólo pura ética. Eso no les impidió, sin embargo, engañar a los campesinos rusos durante la revolución. En el órgano parisiense de Kerensky¹⁰ –él mismo socialista ético, precursor de Stalin en la fabricación de falsas acusaciones contra los bolcheviques– el viejo “socialista-revolucionario” Zenzinov escribe: “Lenin enseñó, como se sabe,

⁹ Socialistas-revolucionarios o Narodnikis. Partido ruso que predicaba una especie de socialismo “campesino”, basado en las antiguas comunas rurales. Durante la revolución colaboraron con el Gobierno de Kerensky. Su ala izquierda se alió a los bolcheviques y apoyó la revolución de octubre. Durante la guerra civil apoyaron abiertamente a la reacción y la intervención extranjera contra la U.R.S.S..

¹⁰ Kerensky fue ministro y luego presidente del Gobierno “democrático establecido tras la revolución de Febrero y que fue derrocado por la de Octubre. Apoyó la acusación contra Lenin de ser “agente alemán”.

que para alcanzar el fin que se asignan, los bolcheviques pueden y a veces deben ‘usar de diversas estratagemas, del silencio y del disimulo de la verdad...’” (*Novaia Rossia*, 17 de febrero de 1938, pág. 3.) De ahí la conclusión ritual: el stalinismo es hijo legítimo del leninismo.

Por desgracia, ese detractor ético no sabe ni siquiera citar honradamente. Lenin escribió: “Es preciso saber aceptarlo todo, todos los sacrificios, y aun –en caso de necesidad– usar de estratagemas varias, de astucia, de procedimientos ilegales, de silencio, del disimulo de la verdad, **para penetrar en los sindicatos, mantenerse en ellos, proseguir en ellos la acción comunista**”. La necesidad de estratagemas y de astucias –según la explicación de Lenin– era consecuencia del hecho de que la burocracia reformista, entregando a los obreros al capital, persigue a los revolucionarios y recurre inclusive contra ellos a la policía burguesa. La “astucia” y el “disimulo de la verdad” no son, en el caso, más que los medios de una defensa legítima contra la burocracia reformista y traidora.

El partido de Zenzinov mismo desarrolló, hace años, un trabajo ilegal contra el zarismo y más tarde contra el bolchevismo. En ambos casos, se sirvió de astucias, de estratagemas, de falsos pasaportes y de otras formas de “disimulo de la verdad”. Todos esos *medios* fueron considerados por él no sólo “éticos”, sino hasta heroicos, puesto que correspondían a los *finés* políticos de la democracia pequeño-burguesa. La situación, sin embargo, cambia tan pronto como los revolucionarios proletarios se ven obligados a recurrir a medidas conspirativas contra la democracia pequeño-burguesa. ¡La clave de la moral de esos señores –como se ve– tiene carácter de clase!

El “amoralista” Lenin recomienda abiertamente, en la prensa, servirse de astucias de guerra para con los líderes que traicionan a los obreros. El moralista Zenzinov trunca deliberadamente una cita por sus dos extremos, a fin de engañar a sus lectores: el detractor ético ha sabido ser, como de costumbre, un bribón ruin. ¡No inútilmente gustaba Lenin de repetir que es terriblemente difícil encontrar un adversario de buena fe!

El obrero que no oculta al capitalista la “verdad” sobre las intenciones de los huelguistas es sencillamente un traidor que sólo merece desprecio y boicot. El soldado que comunica la “verdad” al enemigo es castigado como espía. Kerensky mismo intentó con mala fe acusar a los bolcheviques de haber comunicado la “verdad” al Estado Mayor de Ludendorff. Resulta así que la “santa verdad” no es un fin en sí. Por encima de ella, existen criterios más imperativos que, como lo demuestra el análisis, tienen un carácter de clase.

Una lucha a muerte no se concibe sin astucias de guerra; en otras palabras, sin mentiras ni engaños. ¿Pueden los proletarios alemanes no engañar a la policía de Hitler? ¿Los bolcheviques soviéticos obran “amoralmente” engañando a la GPU? Todo burgués honrado aplaude la habilidad del policía que logra atrapar con astucias a un peligroso gángster. ¿Y no va a ser permitida la astucia cuando se trata de derrocar a los gangsters del imperialismo?

Norman Thomas habla de “esa extraña amoralidad comunista que no toma nada en cuenta, sino su partido y su poder” (*Socialist Call*, 12 de marzo de 1938). Thomas coloca así en el mismo saco a la Komintern actual, es decir, el complot de la burocracia del Kremlin contra la clase obrera, y al partido bolchevique, que encarnaba el complot de los obreros adelantados contra la burguesía. Hemos suficientemente refutado arriba esta identificación enteramente desvergonzada. El stalinismo sólo se disfraza con el culto del partido; en realidad, destruye y pisotea en el cieno el partido mismo. Es verdad, sin embargo, que para el bolchevique el partido lo es todo. Esta actitud del revolucionario para la revolución asombra y choca al socialista de salón, que es sólo un burgués provisto de un “ideal” socialista. A ojos de Norman Thomas y de sus semejantes, el partido es un instrumento momentáneo para combinaciones electorales y demás, y sólo eso. Su vida privada, sus intereses, sus relaciones, sus criterios de moral están fuera del partido. Considera con un asombro hostil al bolchevique, para quien el partido es el instrumento de la transformación revolucionaria de la sociedad, inclusive de la moral de ésta. En el marxista revolucionario no puede existir contradicción entre la moral personal y los intereses del partido, ya que el partido engloba, para la conciencia de aquél, las tareas y fines más elevados de la humanidad. Sería ingenuo creer que Thomas tiene una noción más alta de la moral que los marxistas. Lo que ocurre es que tiene una idea mucho más ínfima del partido.

“Todo lo que nace es digno de perecer” –dice el dialéctico Goethe. La ruina del partido bolchevique –episodio de la reacción mundial– no disminuye, sin embargo, su importancia en la historia mundial. En la época de su ascenso revolucionario, es decir, cuando representaba verdaderamente la vanguardia proletaria, fue el partido más honrado de la historia. Cuando pudo, claro que engañó a las clases enemigas; pero dijo la verdad a los trabajadores, toda la verdad y sólo la verdad. Únicamente gracias a eso fue como conquistó su confianza, más que cualquier otro partido en el mundo.

Los dependientes de las clases dirigentes tratan al constructor de ese partido de “amoralista”. A ojos de los obreros conscientes, esta acusación

le rinde honor. Significa que Lenin se rehusaba a reconocer las reglas de moral establecidas por los esclavistas para los esclavos, y nunca observadas por los esclavistas mismos; significa que Lenin incitaba al proletariado a extender la lucha de clases inclusive al dominio de la moral. ¡Quien se incline ante las reglas establecidas por el enemigo no vencerá jamás!

La “amoralidad” de Lenin, es decir, su rechazo a admitir una moral por encima de las clases, no le impidió conservarse durante toda su vida fiel al mismo ideal; darse enteramente a la causa de los oprimidos; dar pruebas de la mayor honradez en la esfera de las ideas y de la mayor intrepidez en la esfera de la acción; no tener la menor suficiencia para con el “sencillo” obrero, con la mujer indefensa y con el niño. ¿No parece que la “amoralidad” sólo es, en este caso, sinónima de una más elevada moral humana?

15. UN EPISODIO EDIFICANTE

Es conveniente referir aquí un episodio que, aunque de poca importancia en sí, ilustra bastante bien la diferencia entre *su* moral y la *nuestra*. En 1935, en cartas a mis amigos belgas, desarrollé la idea de que el intento de un joven partido revolucionario de crear sus “propios” sindicatos equivaldría al suicidio. Es preciso ir a buscar a los obreros en donde estén. Pero, ¿eso significa dar cuotas para el sostenimiento de un aparato oportunista? Claro, respondí. Para tener derecho a desarrollar un trabajo de zapa contra los reformistas es preciso provisionalmente pagarles tributo. Pero, ¿los reformistas no permitirán desarrollar un trabajo de zapa contra ellos? Claro, respondí. El trabajo de zapa exige medidas conspirativas. Los reformistas son la policía política de la burguesía, en el seno de la clase obrera. Es preciso saber obrar sin su autorización, y a pesar de sus prohibiciones... En el curso de una pesquisa practicada por casualidad en casa del camarada D., en relación –si no me equivoco– con un asunto de suministro de armas a los obreros españoles, la policía belga se apoderó de mi carta. Algunos días más tarde fue publicada. La prensa de Vandervelde, de De Man y de Spaak no escaseó las fulminaciones contra mi “maquiavelismo” y mi “jesuitismo”. ¿Y quiénes eran, pues, mis censores? Presidente de la IIª Internacional durante largos años, Vandervelde se había convertido desde hacía tiempo en el hombre de confianza del capital belga. De Man, quien en una serie de tomos panzudos había tratado de ennoblecer el socialismo, gratificándolo con una moral idealista y aproximándose, a escondidas, a la religión, aprovechó la primera ocasión

para engañar a los obreros y convertirse en un ordinario ministro de la burguesía. En cuanto a Spaak, la cosa es todavía más impresionante. Año y medio antes, este caballero se encontraba en la oposición socialista de izquierda y había venido a verme a Francia para consultarme respecto de los métodos de lucha contra la burocracia de Vandervelde. Yo le había expuesto las ideas que más tarde formaron el contenido de mi carta. Un año apenas después de su visita, Spaak renunciaba a las espinas para quedarse con la rosa. Traicionando a sus amigos de la oposición, se convertía en uno de los ministros más cínicos del capital belga. En los sindicatos y en el partido, esos caballeros ahogan cualquier crítica, desmoralizan y corrompen sistemáticamente a los obreros más avanzados y excluyen también sistemáticamente a los indóciles. Se distinguen de la GPU únicamente por el hecho de no haber recurrido hasta hoy a la efusión de sangre: como buenos patriotas que son, reservan la sangre obrera para la próxima guerra imperialista. Está claro: ¡es preciso ser un enviado del diablo, un monstruo moral, un “cafre”, un bolchevique para dar a los obreros revolucionarios el consejo de observar las reglas de la conspiración en la lucha contra esos caballeros!

Desde el punto de vista de la legalidad belga mi carta no contenía, naturalmente, nada criminal. La policía de un país “democrático” se hubiera sentido obligada a restituirla al destinatario con sus excusas. La prensa del partido socialista hubiera debido protestar contra una pesquisa dictada por el cuidado de los intereses del general Franco. Los señores socialistas no experimentaron, sin embargo, el menor embarazo en sacar partido del servicio indiscreto que les ofrecía la policía: sin lo cual no hubieran gozado de la feliz ocasión de manifestar, una vez más, la superioridad de su moral sobre la amoralidad de los bolcheviques.

Todo es simbólico en este episodio. Los socialdemócratas belgas, me abrumaron con su indignación, en el momento preciso en que sus camaradas noruegos nos tenían, a mi mujer y a mí, tras las rejas, para impedirnos cualquier defensa contra las acusaciones de la GPU. El gobierno noruego sabía perfectamente que las acusaciones de Moscú eran falsas: el órgano oficial de la socialdemocracia lo escribió con todas sus letras desde el primer día. Pero Moscú atacó el bolsillo de los armadores y los comerciantes de pescado noruegos, y los señores socialdemócratas se pusieron inmediatamente a cuatro patas. El jefe del partido, Martín Tranmael, es más que una autoridad en materia moral, es un justo: no bebe ni fuma, es vegetariano y se baña en invierno en el agua helada. Eso no le impidió, después de habernos mandado prender por

órdenes de la GPU, invitar, especialmente para calumniarme, al agente noruego de la GPU, Jacob Friis, burgués sin honor ni conciencia. Pero basta...

La moral de esos señores consiste en reglas convencionales y procedimientos oratorios destinados a tapar sus intereses, sus apetitos y sus terrores. En su mayor parte, están dispuestos a todas las bajezas –a la renegación, a la perfidia, a la traición– por ambición o por lucro. En la esfera sagrada de los intereses personales, el fin justifica, para ellos, todos los medios. Precisamente por eso necesitan un código moral particular, práctico y al mismo tiempo elástico, como unos buenos tirantes. Detestan a quienquiera que revele a las masas su secreto profesional. En tiempo de “paz”, su odio se expresa por medio de calumnias, vulgares o “filosóficas”. Cuando los conflictos sociales se avivan, como en España, esos moralistas, estrechando la mano de la GPU, exterminan a los revolucionarios. Y para justificarse, repiten que “trotskismo y stalinismo son una y la misma cosa”.

16.- INTERDEPENDENCIA DIALÉCTICA DEL FIN Y DE LOS MEDIOS

El medio sólo puede ser justificado por el fin. Pero éste, a su vez, debe ser justificado. Desde el punto de vista del marxismo, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin está justificado si conduce al acrecentamiento del poder del hombre sobre la naturaleza y a la abolición del poder del hombre sobre el hombre.

¿Eso significa que para alcanzar tal fin todo está permitido? -nos preguntará sarcásticamente el filisteo, revelando que no ha comprendido nada. Está permitido –responderemos– todo lo que conduce *realmente* a la liberación de la humanidad. Y puesto que este fin sólo puede alcanzarse por caminos revolucionarios, la moral emancipadora del proletariado posee –indispensablemente– un carácter revolucionario. Se opone irreductiblemente no sólo a los dogmas de la religión, sino también a los fetiches idealistas de toda especie, gendarmes filosóficos de la clase dominante. Deduce las reglas de la conducta de las leyes del desarrollo de la humanidad, y por consiguiente, ante todo, de la lucha de clases, ley de leyes.

¿Eso significa, a pesar de todo, que en la lucha de clases contra el capitalismo todos los medios están permitidos: la mentira, la falsificación, la traición, el asesinato, etc.? –insiste todavía el moralista. Sólo son admisibles y obligatorios –le responderemos– los medios que acrecen la cohesión revolucionaria del proletariado, inflaman su alma con un odio implacable por la

opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus súbditos demócratas, le impregnan con la conciencia de su misión histórica, aumentan su bravura y su abnegación en la lucha. Precisamente de eso se desprende que no todos los medios son permitidos. Cuando decimos que el fin justifica los medios, resulta para nosotros la conclusión de que el gran fin revolucionario rechaza, en cuanto medios, todos los procedimientos y métodos indignos que alzan a una parte de la clase obrera contra las otras; o que intentan hacer la dicha de las demás sin su propio concurso; o que reducen la confianza de las masas en ellas mismas y en su organización, sustituyendo tal cosa por la adoración de los “jefes”. Por encima de todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo para con la burguesía y la altanería para con los trabajadores, es decir, uno de los rasgos más hondos de la mentalidad de los pedantes y moralistas pequeño-burgueses.

Esos criterios no dicen, naturalmente, lo que es permitido y lo que es inadmisibles en cada caso dado. Semejantes respuestas automáticas no pueden existir. Los problemas de la moral revolucionaria se confunden con los problemas de la estrategia y de la táctica revolucionarias. Respuesta correcta a esos problemas, únicamente puede encontrarse en la experiencia viva del movimiento, a la luz de la teoría.

El materialismo dialéctico desconoce el dualismo de medios y fines. El fin se deduce naturalmente del movimiento histórico mismo. Los medios están orgánicamente subordinados al fin. El fin inmediato se convierte en medio del fin ulterior. En su drama, *Franz von Sickingen*, Ferdinand Lassalle pone las palabras siguientes en boca de uno de sus personajes:

“No muestres sólo el fin, muestra también la ruta,
Pues el fin y el camino tan unidos se hallan
Que uno en otro se cambian,
Y cada nueva ruta descubre nuevo fin”.

Los versos de Lassalle son muy imperfectos. Lo que es peor aún, en la política práctica, Lassalle se separó de la regla enunciada por él; baste recordar que llegó hasta negociaciones secretas con Bismark.

La interdependencia del fin y de los medios, sin embargo, está expresada, en el caso de los versos reproducidos, de modo enteramente exacto. Es preciso sembrar un grano de trigo para cosechar una espiga de trigo.

¿El terrorismo individual, por ejemplo, es o no admisible, desde el punto de vista de la “moral pura”? En esta forma abstracta, la cuestión, para noso-

tros, carece de sentido. Los burgueses conservadores suizos, hoy todavía, conceden honores oficiales al terrorista Guillermo Tell. Nosotros simpatizamos enteramente con el bando de los terroristas irlandeses, rusos, polacos, hindúes, en su lucha contra la opresión nacional y política. Kirov¹¹, sátrapa brutal, no suscita ninguna compasión. Nos mantenemos neutrales frente a quien lo mató, sólo porque ignoramos los móviles que lo guiaron. Si llegamos a saber que Nikolaiev hirió conscientemente, para vengar a los obreros cuyos derechos pisoteaba Kirov, nuestras simpatías estarían enteramente del lado del terrorista. Sin embargo, lo que decide para nosotros no son los móviles subjetivos, sino la adecuación objetiva. ¿Ese medio puede conducir realmente a fin? En el caso del terror individual, la teoría y la experiencia atestiguan que no. Nosotros decimos al terrorista: es imposible reemplazar a las masas; sólo dentro de un movimiento de masas podrás emplear útilmente tu heroísmo. Sin embargo, en condiciones de guerra civil, el asesinato de ciertos opresores cesa de ser un acto de terrorismo individual. Si, por ejemplo, un revolucionario hubiese hecho saltar al general Franco y a su Estado Mayor, es dudoso que semejante acto hubiera provocado una indignación moral, aun entre los eunucos de la democracia. En tiempo de guerra civil, un acto de ese género sería hasta políticamente útil. Así, aun en la cuestión más aguda –el asesinato del hombre por el hombre– los absolutos morales resultan enteramente inoperantes. La apreciación moral, lo mismo que la apreciación política, se desprende de las necesidades internas de la lucha.

La emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los trabajadores mismos. Por eso no hay mayor crimen que engañar a las masas, que hacer pasar las derrotas por victorias, a los amigos por enemigos, que corromper a los jefes, que fabricar leyendas, que montar procesos falsos, en una palabra, que hacer lo que hacen los stalinistas. Esos medios sólo pueden servir un único fin: el de prolongar la dominación de una pandilla, condenada ya por la historia. No pueden servir, sin embargo, para la emancipación de las masas. He ahí por que la IV Internacional desarrolla contra el stalinismo una lucha a muerte.

Las masas, naturalmente, no carecen de pecado. La idealización de las masas nos es extraña. Las hemos visto en circunstancias variadas, en

¹¹ Serguei Kirov era secretario del PC de Leningrado y secretario del CC del PCUS. Su asesinato en 1934, a manos del comunista Nikolaiev -y posiblemente con la complicidad de la GPU- abrió el periodo de terror.

diversas etapas, en medio de los mas grandes sacudimientos políticos. Hemos observado su lado fuerte y su lado débil. El fuerte, la decisión, la abnegación, el heroísmo, encontraron siempre su expresión más alta en los periodos de ascenso de la revolución. En aquellos momentos, los bolcheviques estuvieron a la cabeza de las masas. Otro capítulo de la historia se abrió en seguida, cuando se revelaron los lados débiles de los oprimidos: heterogeneidad, falta de cultura, horizontes limitados. Fatigadas, distendidas, desilusionadas, las masas perdieron confianza en ellas mismas y cedieron su sitio a una nueva aristocracia. En este periodo los bolcheviques (los “trotskystas”) se hallaron aislados de las masas.

Prácticamente, hemos recorrido dos de esos grandes ciclos históricos: 1897-1905, años de ascenso; 1907-1913, años de reflujo; 1917-1923, años de ascenso, sin precedente en la historia; después, un nuevo período de reacción, que todavía hoy no ha terminado. De esos grandes acontecimientos, los “trotskystas” han aprendido el ritmo de la historia; en otros términos, la dialéctica de la lucha de clases. Han aprendido –y parece, hasta cierto grado, que han acertado a subordinar a ese ritmo objetivo sus planes y sus programas subjetivos. Han aprendido a no desesperar porque las leyes de la historia no dependen de nuestros gustos individuales o no se someten a nuestros criterios morales. Han aprendido a subordinar sus gustos individuales a las leyes de la historia. Han aprendido a no temer ni a los enemigos más poderosos, si su poder se halla en contradicción con las necesidades del desenvolvimiento histórico. Saben nadar contra la corriente, con la honda convicción de que el nuevo flujo histórico de poderoso impulso los llevará hasta la orilla. No todos arribarán: muchos se ahogarán. Pero tomar parte en ese movimiento con los ojos abiertos y con la voluntad tensa –¡sólo eso puede dispensar la satisfacción moral suprema dable a un ser pensante!

Coyoacán, 16 de febrero de 1938.

P. S. - ESCRIBÍA ESTAS PÁGINAS SIN SABER QUE DURANTE ESOS DÍAS MI HIJO LUCHABA CON LA MUERTE. DEDICO A SU MEMORIA ESTE CORTO TRABAJO QUE –ASÍ LO ESPERO– HABRÍA CONSEGUIDO SU APROBACIÓN: PORQUE LEÓN SEDOV ERA UN REVOLUCIONARIO AUTÉNTICO Y DESPRECIABA A LOS FARISEOS.

*Su moral y la nuestra**Apéndice***MORALISTAS Y SICOFANTES CONTRA EL
MARXISMO****LOS MERCADERES DE INDULGENCIAS Y
SUS ALIADOS SOCIALISTAS O EL CUCLILLO
EN NIDO AJENO**

El folleto *Su Moral y la Nuestra* tiene, cuando menos, el mérito de haber obligado a algunos filisteos y sicofantes a desenmascararse por completo. Los primeros recortes de la prensa francesa y belga que he recibido, así lo atestiguan. La crítica más inteligible, en su género, es la de un periódico católico parisiense, *La Croix*: estas gentes tienen su sistema y no se avergüenzan de defenderlo. Están por la moral absoluta y además por el

verdugo Franco: tal es la voluntad de Dios. A su espalda llevan un pocero celeste que recoge y conduce tras ellos todas sus inmundicias. Nada asombroso es que juzguen indigna la moral de los revolucionarios, que responden por sí mismos. Sin embargo, lo que nos interesa ahora no son los mercaderes profesionales de indulgencias, sino los moralistas que se pasan sin Dios, al mismo tiempo que tratan de ocupar ellos su sitio.

El periódico “socialista” de Bruselas, *Le Peuple* –¡adonde ha venido a ocultarse la virtud!– no ha encontrado en nuestro pequeño libro más que una receta criminal para crear núcleos secretos, con el más inmoral de los fines: comprometer el prestigio y los ingresos de la burocracia obrera belga. Indudablemente, se puede objetar que esa burocracia está marcada de infamia por traiciones sin número y por estafas públicas (¡recordemos no más la historia del “Banco Obrero”!); que ahoga en la clase obrera cualquier destello de pensamiento crítico; que por su moral práctica no es superior en nada a su aliada política, la jerarquía católica. Pero, en primer lugar, sólo gentes muy mal educadas pueden recordar cosas tan desagradables; en segundo, todos estos caballeros, sean cuales fueren sus pecadillos, tienen en reserva los más elevados principios de moral: Henri de Man se encarga de ello; frente a su ilustre autoridad, nosotros, los bolcheviques, no podemos, evidentemente, alcanzar ninguna indulgencia.

Antes de pasar a los demás moralistas, detengámonos un instante en el prospecto publicado por el editor francés de nuestro pequeño libro. El fin mismo de un prospecto es, ya sea recomendar el libro, ya sea, cuando menos, exponer objetivamente su contenido. Estamos ante un prospecto de muy distinto género. Baste citar un solo ejemplo: “Trotsky piensa que su partido, antiguamente en el poder y hoy en la oposición, siempre ha representado el verdadero proletariado, y él mismo, la verdadera moral. Deduce, por ejemplo, esto: fusilar rehenes cobra un significado enteramente distinto, según que la orden sea dada por Stalin o por Trotsky”. Esta cita basta plenamente para forjarse una idea del comentarista, que se ha quedado oculto entre bambalinas. El derecho de velar sobre el prospecto es derecho indiscutible del autor. Pero puesto que en nuestro caso el autor vive del otro lado del océano, algún “amigo”, aprovechando evidentemente la falta de información del editor, se ha deslizado en el nido ajeno y ha depositado allí su huevo, –¡oh!, un huevecillo, sin duda, un huevo casi virginal–. ¿Quién es el autor del prospecto? Víctor Serge, traductor del libro y, al mismo tiempo, su severo censor, puede

proporcionar fácilmente la información necesaria. No me asombraría, si se descubriera que el prospecto fue escrito... no por Víctor Serge, claro está, sino por uno de sus discípulos, que imita al maestro tanto en el pensamiento como en el estilo. Pero, después de todo, ¿no será el maestro mismo, es decir, Víctor Serge, en su calidad de “amigo” del autor?

“¡MORAL DE HOTENTOTE!”

Souvarine y otros sicofantes se han apoderado inmediatamente, claro está, de la frase del prospecto citada arriba, y ésta los dispensa de la necesidad de fatigarse buscando sofismas envenenados. Si Trotsky toma rehenes, está bien: si lo hace Stalin, está mal. Frente a esta “moral de hotentote” no es difícil dar pruebas de noble indignación. Sin embargo, no hay nada más fácil que desenmascarar con el ejemplo más reciente, la vacuidad y la falsía de esta indignación. Víctor Serge ingresó públicamente al P.O.U.M., partido catalán que tenía en el frente de guerra su propia milicia. En el frente, ya lo sabemos, se tira y se mata. En consecuencia, puede decirse: “El asesinato adquiere para Víctor Serge un significado completamente diferente, según que la orden haya sido dada por el general Franco o por los jefes del partido de Víctor Serge”. Si nuestro moralista hubiera tratado de captar el sentido de sus propios actos, antes de dar lecciones a los demás, es verosímil que habría dicho, a ese respecto: —Es que los obreros españoles luchaban por libertar el pueblo y las bandas de Franco, por reducirlo a la esclavitud. Serge no podría inventar ninguna otra respuesta. En otras palabras, no hace más que repetir el argumento de “hotentote”¹ de Trotsky, en lo que se refiere a los rehenes.

TODAVÍA SOBRE LOS REHENES

Sin embargo, es posible, y aún verosímil que nuestro moralista no quiera decir abiertamente lo que hay, y que trate de escabullirse: —“Matar

¹ No nos detendremos en la sucia costumbre de tratar con desprecio a los hotentotes, para hacer resplandecer tanto más la moral de los esclavistas blancos. Lo que se ha dicho en el libro baste.

en el frente es una cosa; pero fusilar rehenes es otra”. Este argumento – lo demostraremos más adelante–, es sencillamente estúpido. Pero detengámonos un instante en el terreno escogido por nuestro adversario. ¿El sistema de rehenes, según usted, es inmoral “en sí”? Muy bien, es lo que queríamos saber. Este sistema, sin embargo se ha practicado en todas las guerras civiles de la historia antigua y moderna. Es evidente que procede de la naturaleza de la guerra civil. De eso sólo se puede sacar la conclusión de que la naturaleza misma de la guerra civil es inmoral. Es el punto de vista del periódico *La Croix*, que piensa que hay que obedecer al poder, porque el poder viene de Dios. ¿Pero Víctor Serge? Su punto de vista no ha llegado a la madurez. Poner un huevecillo en nido ajeno es un cosa; definir su actitud frente a un complejo problema histórico, es otra muy distinta. Admito íntegramente que gentes de moral tan elevada como Azaña, Caballero, Negrín y Cía. hayan estado contra la toma de rehenes del campo fascista: son burgueses de uno y otro bando, ligados entre sí por lazos de familia, y están seguros de que aún en caso de derrota, no sólo podrán salvarse, sino que, además, tendrán su pedazo de carne asegurado. A su modo, tienen razón. Ahora, los fascistas tomaron rehenes entre los revolucionarios proletarios, y éstos, por su parte, los tomaron entre la burguesía fascista, pues sabían que los amenazaba la derrota, aun parcial y temporal; a ellos y a sus hermanos de clase.

Víctor Serge no es capaz de decirse a sí mismo qué es lo que quiere exactamente: ¿quiere purificar la guerra civil de la práctica de los rehenes o purificar la historia humana de la guerra civil? El moralista pequeño-burgués piensa de *manera* episódica, fragmentaria, a pequeños trozos, incapaz como es de captar los fenómenos en su relación interna. Artificialmente, aislada, la cuestión de los rehenes es para él un problema moral particular, independiente de las condiciones generales que engendran conflictos armados entre las clases. La guerra civil es la expresión suprema de la lucha de clases. Tratar de subordinarla a “normas” abstractas significa, de hecho, desarmar a los obreros frente a un enemigo armado hasta los dientes. El moralista pequeño-burgués es hermano menor del pacifista burgués que quiere “humanizar” la guerra, prohibiendo el empleo de gases, el bombardeo de ciudades abiertas, etc. Políticamente, tales programas sólo sirven para que el pensamiento popular se desvíe de la revolución y de considerarla como el único medio de acabar con la guerra.

EL MIEDO DE LA OPINIÓN PÚBLICA BURGUESA

Habiéndose embrollado en sus contradicciones, el moralista tratará probablemente de repetir que la lucha “declarada” y “consciente” es una cosa, mientras que apoderarse de personas que no participan en ella, es otra. Este argumento no es, sin embargo, más que una lamentable y estúpida escapatoria. Combatieron en el campo de Franco decenas de millares de hombres engañados y alistados por la fuerza. Las tropas republicanas mataron a estos desdichados prisioneros del general reaccionario. ¿Era esto moral o inmoral? Además, la guerra actual, con la artillería de largo alcance, la aviación, los gases, en fin, con su cortejo de devastaciones, de hambres, de incendios, de epidemias, entraña, inevitablemente, la pérdida de centenas de millares y de millones de seres que no participan directamente en la lucha, entre los cuales se cuentan ancianos y niños. Como rehenes, se toman, por lo menos, personas ligadas por una solidaridad de clase o de familia a un campo determinado o a los jefes de éste. Al tomar rehenes es posible hacer conscientemente una elección. El proyectil lanzado por el cañón o arrojado desde el avión va al azar y puede exterminar, no sólo enemigos, sino también amigos, o padres o hijos de ellos. Entonces, ¿por qué nuestros moralistas aíslan, pues, la cuestión de los rehenes y cierran los ojos ante todo el contenido de la guerra civil? Porque no es valor lo que les sobra. Siendo de “izquierda”, temen romper con la revolución; siendo pequeño-burgueses, temen cortar los puentes con la opinión pública oficial. Gracias a la condenación del sistema de rehenes, se sienten en buena sociedad, contra los bolcheviques. Respecto a España, cobardemente callan. Contra el hecho de que los obreros españoles, anarquistas o poumistas, hayan capturado rehenes, V. Serge protestará... dentro de veinte años.

EL CÓDIGO MORAL DE LA GUERRA CIVIL

V. Serge tiene otro descubrimiento de la misma categoría; helo aquí: la degeneración del bolchevismo comenzó desde el momento en que la Checa tuvo derecho de decidir, a puerta cerrada, de la suerte de los individuos. Serge juega con la noción de revolución, escribe sobre ella poemas,

pero no es capaz de comprenderla tal cual es.

La justicia pública sólo es posible dentro de condiciones propias de un régimen estable. La guerra civil constituye una situación de inestabilidad extrema de la sociedad y del Estado. Así como es imposible publicar en la prensa planes de estado mayor, también es imposible revelar, en procesos públicos, las condiciones y circunstancias de los complots, estrechamente ligadas como están con la marcha de la guerra civil. Los tribunales secretos aumentan en extremo la posibilidad de los errores, sin duda. Esto sólo significa, lo reconocemos de buen grado, que las circunstancias de la guerra civil no son favorables para impartir una justicia imparcial. ¿Y qué más?

Propondríamos que se nombrara a V. Serge presidente de una comisión compuesta, por ejemplo, de Marceau Pivert, Souvarine, Waldo Frank, Max Eastman, Magdeleine Paz y otros para elaborar un código moral de la guerra civil. Su carácter general de antemano se adivina. Los dos campos se obligan a no tomar rehenes. Se mantiene en vigor la publicidad de la justicia. Para su correcto funcionamiento, se mantiene, durante la guerra civil, una absoluta libertad de prensa. Como los bombardeos de ciudades lesionan la publicidad de la justicia, la libertad de prensa y la inviolabilidad del individuo, quedan formalmente prohibidos. Por las mismas razones, y por muchas otras más, el empleo de la artillería queda prohibido. Y considerando que fusiles, granadas de mano y aún las bayonetas ejercen sin duda perniciosa influencia sobre la personalidad, así como sobre la democracia en general, queda prohibido estrictamente el uso de armas blancas o de fuego en la guerra civil.

¡Maravilloso código! ¡Magnífico monumento a la retórica de Víctor Serge y de Magdeleine Paz! Sin embargo, mientras este código no sea aceptado como regla de conducta por todos los opresores y oprimidos, las clases beligerantes se esforzarán por alcanzar la victoria *por todos los medios*, y los moralistas pequeño-burgueses no harán más que nadar en la confusión entre ambos campos. Subjetivamente, simpatizan con los oprimidos, nadie lo duda. Objetivamente siguen siendo prisioneros de la moral de la clase dominante, y tratan de imponerla a los oprimidos, en lugar de ayudarlos a elaborar la moral de la insurrección.

LAS MASAS NO TIENEN NADA QUE VER AQUÍ

Víctor Serge ha revelado, de paso, la causa del derrumbe del partido bolchevique: el centralismo excesivo, la desconfianza en la lucha de ideas, la falta de espíritu libertario (en el fondo, anarquista). ¡Más confianza en las masas! ¡Más libertad! Todo ello fuera del tiempo y del espacio. Pero las masas de ningún modo son iguales a sí mismas: hay masas revolucionarias, hay masas pasivas, hay masas reaccionarias. En períodos diferentes, las mismas masas se hallan inspiradas por sentimientos y objetivos diferentes. Precisamente de ello se desprende la necesidad de una organización centralizada de la vanguardia. Sólo el partido, utilizando la autoridad conquistada, es capaz de superar las oscilaciones de la propia masa. Atribuir a ésta rasgos de santidad y reducir su programa a una “democracia” informe es disolverse en la clase tal cual es ella, cambiarse de vanguardia en retaguardia y renunciar así a las tareas revolucionarias. Por otra parte, si la dictadura del proletariado tiene en general un sentido, es precisamente el de armar a la vanguardia de la clase con los recursos del Estado para rechazar toda amenaza, aún aquellas que procedan de las capas atrasadas del proletariado mismo. Todo esto es elemental; todo esto lo ha demostrado la experiencia de Rusia y lo ha confirmado la de España.

El secreto, sin embargo, consiste en que, al reivindicar la libertad “para las masas”, Víctor Serge reivindica de hecho la libertad para sí mismo y para sus semejantes; la libertad de escapar a toda vigilancia, a toda disciplina; inclusive, si esto fuere posible, a toda crítica. Las “masas” no tienen nada que ver aquí. Cuando nuestro “demócrata” se revuelve de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, sembrando la confusión y el escepticismo, le parece que se halla en la realización de una saludable libertad de pensamiento. Pero cuando nosotros, desde el punto de vista marxista, expresamos nuestra apreciación de las vacilaciones del intelectual pequeño-burgués desencantado, le parece que es un atentado contra su personalidad. Se alía entonces con todos los confusionistas para una cruzada contra nuestro despotismo y nuestro sectarismo.

La democracia interior del partido revolucionario no es un fin en sí, tiene que completarse y limitarse con el centralismo. Para el marxista, el problema siempre se plantea así: la democracia, ¿para qué? ¿para qué progra-

ma? De este modo, los cuadros del programa constituyen los cuadros mismos de la democracia. Víctor Serge ha reclamado de la IV^o Internacional que ésta diese libertad de acción a todos los confusionistas, sectarios, centristas del tipo del P.O.U.M., de Vereecken, de Marceau Pivert; a los burócratas conservadores del género de Sneevliet, o sencillamente a los aventureros del tipo de R. Molinier. Por otra parte Víctor Serge ayuda sistemáticamente a las organizaciones centristas a expulsar de sus filas a los partidarios de la IV^o Internacional. Bastante conocemos este democratismo complaciente, acomodaticio, conciliante, *cuando mira hacia la derecha* y, al mismo tiempo, exigente, malvado y tramposo, *cuando mira hacia la izquierda*. Representa solamente el régimen de auto-defensa del centrismo pequeño-burgués.

LA LUCHA CONTRA EL MARXISMO

Si Víctor Serge abordara seriamente los problemas de la teoría, se sentiría confuso —ya que quiere desempeñar papel de “innovador”— de hacernos regresar a Bernstein, a Struve y a todos los revisionistas del siglo pasado, que trataban de injertar el kantismo en el marxismo, es decir, de subordinar la lucha de clases del proletariado a principios colocados por encima de ella. Como el mismo Kant, imaginaban ellos el “imperativo categórico” (la idea del deber) como una norma de moral absoluta, válida para todos. En realidad, se trata del “deber”, respecto de la sociedad burguesa. A su manera, Bernstein, Struve, Vorlander se comportaban seriamente ante la teoría; reclamaban abiertamente el *retorno* a Kant. Víctor Serge y sus semejantes no sienten la menor obligación para con el pensamiento científico. Se limitan a alusiones, a insinuaciones, en el mejor de los casos, a generalizaciones literarias... Sin embargo, si se va hasta el fondo de su pensamiento, resulta que se han unido a una vieja causa, malparada desde hace largo tiempo: domar el marxismo con ayuda del kantismo; paralizar la revolución socialista con normas “absolutas” que, de hecho, representan la generalización filosófica de los intereses de la burguesía; no, ciertamente, de la burguesía actual, sino de la burguesía difunta de la época del libre cambio y de la democracia. La burguesía imperialista observa aún menos que su abuela liberal estas normas; pero mira con buenos ojos el que los predicadores pequeño-burgueses introduzcan la confusión, el desorden y la vacilación en las filas del proletariado revolucionario. El fin principal, no solamente de Hitler, sino también de los liberales y de los demócratas es

desacreditar el bolchevismo, en los momentos en que su justeza histórica amenaza convertirse en absolutamente evidente para las masas. El bolchevismo, el marxismo – ¡He ahí el enemigo!

Cuando el “hermano” Víctor Basch, gran sacerdote de la moral democrática, se entregó, ayudado por su “hermano” Rosenmark, a una falsificación para defender los procesos de Moscú, y cuando públicamente fue declarado convicto de falsedad, golpeándose el pecho exclamó: “¿Podría yo acaso ser parcial? Siempre denuncié el terror de Lenin y de Trotsky”. Basch revelaba muy bien el resorte interno de los moralistas de la democracia: algunos de ellos pueden callar respecto de los procesos de Moscú, otros pueden atacarlos, otros, en fin, pueden defenderlos; pero su preocupación común es utilizar esos procesos para condenar la “moral” de Lenin y de Trotsky; es decir, los métodos de la revolución proletaria. En este dominio, todos son hermanos.

El escandaloso prospecto citado antes dice que he expuesto mis ideas sobre la moral, “apoyándome en Lenin”. Esta fórmula indeterminada, repetida en otras gacetillas sobre el libro, puede comprenderse en el sentido de que yo desarrollo los principios teóricos de Lenin. Pero Lenin, por lo que sé, nunca escribió de moral. Víctor Serge quiere, de hecho, decir una cosa muy diferente: que mis ideas amorales representan la generalización de la práctica de Lenin, el “amoralista”. Quiere desacreditar la personalidad de Lenin con mis juicios, y mis juicios con la personalidad de Lenin. Y sencillamente halaga la tendencia reaccionaria general, enderezada contra el bolchevismo y el marxismo en su conjunto.

EL SICOFANTE SOUVARINE

El ex pacifista, el ex comunista, el ex trotskysta, el ex demócrata-comunista, el ex marxista... casi el ex Souvarine, ataca la revolución proletaria y a los revolucionarios con una impudicia tanto mayor cuanto menos sabe él lo que quiere. Este individuo gusta y sabe escoger las citas, los documentos, las comas y las comillas, formar expedientes y, además, sabe manejar la pluma. Primero, esperó que este acervo le bastaría para toda la vida; pero bien pronto se vió obligado a convencerse de que además era necesario saber pensar... Su libro sobre Stalin, a pesar de la abundancia de citas y de hechos interesantes, es un autotestimonio de su propia pobreza. Souvarine no comprende ni lo que es la revolución ni lo que es la contrarre-

volución. Aplica al proceso histórico los criterios de un minúsculo razonador, enojado, de una vez por todas, con la humanidad viciosa. La desproporción entre su espíritu crítico y su impotencia creadora lo corroe como un ácido. De ahí, su continua exasperación y su falta de honradez elemental en la apreciación de ideas, individuos, acontecimientos; todo ello cubierto con un seco moralismo. Como todos los misántropos y los cínicos, Souvarine se siente orgánicamente atraído por la reacción.

¿Ha roto Souvarine abiertamente con el marxismo? Jamás hemos oído decir nada semejante. Prefiere el equívoco: es su elemento natural. “Trotsky, –escribe, en su crítica de nuestro libro– se aferra de nuevo a su caballito de batalla de la lucha de clases”. Para el marxista de ayer, la lucha de clases es... el “caballito de batalla de Trotsky”. Nada tiene de asombroso que Souvarine, por su cuenta, prefiera aferrarse al perro muerto de la moral eterna. A la concepción marxista, opone él un “sentimiento de la justicia... no obstante las distinciones de clases”. Es cuando menos consolador saber que nuestra sociedad está fundada sobre el “sentimiento de la justicia”. Durante la próxima guerra, Souvarine irá, sin duda, a exponer su descubrimiento a los soldados en las trincheras; mientras tanto puede exponerlo a los inválidos de la última guerra, a los desocupados, a los niños abandonados y a las prostitutas. Confesémoslo de antemano: si recibe una paliza, nuestro “sentimiento de la justicia” no estará de su parte...

La nota crítica de este impúdico apologista de la justicia burguesa, “no obstante las distinciones de clases”, se apoya enteramente sobre... el prospecto inspirado por Víctor Serge. Este, a su vez, en todos sus ensayos “teóricos” no va más allá de préstamos híbridos tomados de Souvarine. Pero, después de todo, el último tiene una ventaja: dice hasta el fin lo que Víctor Serge no se atreve todavía a enunciar.

Con una fingida indignación –nada hay en este individuo que sea real– Souvarine escribe que, puesto que Trotsky condena la moral de los demócratas, reformistas, stalinistas y anarquistas, hay que deducir que el único representante de la moral es el “partido de Trotsky”, y puesto que este partido “no existe”, en resumidas cuentas, la encarnación de la moral es el propio Trotsky. ¿Cómo no pelar los dientes ante esto? Souvarine imagina, a lo que parece, que sabe distinguir lo que existe de lo que no existe. Esto es muy sencillo cuando se trata de una tortilla de huevos o de un par de tirantes; pero a la escala de proceso histórico, semejante distinción está evidentemente por encima de Souvarine. “Lo que existe”, nace o muere, se desa-

rolla o se disgrega. Sólo puede comprender lo que existe, quien comprenda sus tendencias internas.

El número de personas que desde el comienzo de la última guerra imperialista ocuparon una posición revolucionaria puede contarse con los dedos. Los diferentes matices de patriotismo se habían apoderado casi totalmente del terreno de la política oficial. Liebknecht, Luxemburgo, Lenin semejaban impotentes solitarios. Sin embargo, ¿podemos poner en duda que su moral estuviera por encima de la moral servil de la “unión sagrada”? La política revolucionaria de Liebknecht de ningún modo era “individualista”, como le parecía entonces al filisteo patriota medio. Por el contrario, Liebknecht, y sólo él, reflejaba y pronunciaba las hondas tendencias subterráneas de las masas. La marcha posterior de los acontecimientos confirmó enteramente este hecho. No temer ahora una ruptura completa con la opinión pública oficial, a fin de conquistar para sí el derecho de dar *mañana* expresión a los pensamientos y a los sentimientos de las masas insurgentes, es una forma particular de existencia que se distingue de la existencia empírica del pequeño-burgués rutinario. Bajo las ruinas de la catástrofe que se acerca perecerán todos los partidos de la sociedad capitalista, todos sus moralistas y todos sus sicofantes. El único partido que sobrevivirá es el partido de la revolución socialista mundial, aunque parezca hoy inexistente a los razonadores ciegos, lo mismo que durante la última guerra parecía inexistente el partido de Lenin y de Liebknecht.

REVOLUCIONARIOS Y FOMENTADORES DE MARASMO

Engels escribía que Marx y él habían permanecido toda su vida en la minoría y que “la habían pasado muy bien en ella”. Los períodos en los que el movimiento de la clase oprimida se eleva hasta el nivel de las tareas generales de la revolución, representan en la historia excepciones rarísimas. Las derrotas de los oprimidos son mucho más frecuentes que sus victorias. Después de cada derrota, viene un largo período de reacción, que echa a los revolucionarios a una situación de cruel aislamiento. Los pseudo-revolucionarios, los “caballeros de una hora” –según expresión del poeta ruso– o traicionan abiertamente en esos períodos la causa de los oprimidos, o se lanzan en busca de una fórmula de salvación que les permita no romper con ninguno de los campos. Encontrar en nuestra época una fórmula de conciliación en el domi-

nio de la economía política o de la sociología es inconcebible: las contradicciones entre las clases han derribado definitivamente las fórmulas de los liberales, que soñaban con “armonía” y las de los reformistas demócratas. Queda el dominio de la religión y de la moral trascendente. Los “socialistas revolucionarios” rusos tratan ahora de salvar la democracia, mediante una alianza con la Iglesia. Marceau Pivert reemplaza a la Iglesia con la francmasonería. Víctor Serge –según parece–, todavía no ingresa a las logias, pero sin ningún trabajo encuentra el lenguaje común con Pivert contra el marxismo.

Dos clases deciden la suerte de la sociedad contemporánea: la burguesía imperialista y el proletariado. El último recurso de la burguesía es el fascismo, que reemplaza los criterios sociales e históricos por criterios biológicos y zoológicos, para libertarse así de toda limitación en la lucha por la propiedad capitalista. Sólo la revolución socialista puede salvar la civilización. El proletariado necesita toda su fuerza, toda su resolución, toda su audacia, toda su pasión, toda su firmeza para realizar la violenta conmoción. Ante todo, necesita una completa independencia respecto de las ficciones de la religión, de la “democracia” y de la moral trascendente, cadenas espirituales creadas por el enemigo para domesticarlo y reducirlo a la esclavitud. Moral es lo que prepara el derrumbe completo y definitivo de la barbarie imperialista, y nada más. ¡La salud de la revolución es la suprema ley!

Comprender claramente las relaciones recíprocas entre las dos clases fundamentales, burguesía y proletariado, en la época de su lucha a muerte, nos revela el sentido objetivo del papel de los moralistas pequeño-burgueses. Su principal rasgo es su impotencia: impotencia *social*, dada la degradación económica de la pequeña-burguesía; impotencia *ideológica*, dado el terror del pequeño-burgués ante el monstruoso desencadenamiento de la lucha de clases. De ahí la aspiración del pequeño-burgués, tanto culto como ignorante, de domar la lucha de clases. Si no lo consigue con ayuda de la moral eterna –y no puede lograrlo– la pequeña-burguesía se echa en brazos del fascismo, que doma la lucha de clases gracias al mito y al hacha. El moralismo de Víctor Serge y de sus semejantes es un puente de la revolución hacia la reacción. Souvarine ya está del otro lado del puente. La menor concesión a semejantes tendencias es el comienzo de la capitulación ante la reacción. Que esos fomentadores de marasmo ofrezcan reglas de moral a Hitler, a Mussolini, a Chamberlain y a Daladier. A nosotros, nos basta el programa de la revolución proletaria.

Coyoacán, a 9 de junio de 1939.

estabilidad y un estado
de equilibrio en el mundo

— **Artículos sobre
filosofía, ciencia
y cultura**

con los mejores autores

Leon Trotsky

por el mejor autor del mundo



EL MATERIALISMO DIALÉCTICO Y LA CIENCIA (LA CONTINUIDAD DE LA HERENCIA CULTURAL)*

Vuestro Congreso se reúne durante las fiestas de celebración del segundo centenario de la fundación de la Academia de Ciencias. Las relaciones entre este Congreso y la Academia se refuerzan todavía más por el hecho de que la ciencia química rusa no es de las que menos fama ha conseguido para la Academia. Parece indicado plantear a estas alturas la siguiente pregunta: ¿Cuál es el sentido esencial de las fiestas académicas? Poseen un significado que va mucho más allá de las simples visitas a los museos y teatros y la asistencia a banquetes. ¿Cómo podemos percibir este significado? No sólo en el hecho de que sabios extranjeros –que han tenido la amabilidad de aceptar nuestra invitación– hayan podido comprobar que la revolución en vez de destruir las instituciones científicas las ha desarrollado. Esta evidencia comprobada por los sabios extranjeros tiene un sentido propio. Pero el significado de las fiestas académicas es mayor y más profundo. Lo diré como sigue: el nuevo Estado, una sociedad nueva basada en las leyes de la revolución de Octubre, toma posesión triunfalmente a los ojos del mundo entero de la herencia cultural del pasado.

Puesto que de pasada me he referido a la herencia, debo aclarar el sentido en que empleo este vocablo para evitar cualquier equívoco. Seríamos culpables de desacato al futuro, más querido para todos nosotros que el pasado, y seríamos culpables de desacato hacia el pasado, que en muchos aspectos lo merece profundo, si hablásemos tontamente de la herencia. No todo en el pasado es valor para el futuro. Por otro lado, el desarrollo de la cultura humana no viene determinado por la simple acumulación. Ha habido períodos de desarrollo orgánico, y también períodos de riguroso criticismo, de filtración y de selección. Sería difícil decir cuál de esos períodos ha terminado siendo más fructífero para el desarrollo general de la cultura. De cualquier modo, vivimos una época de filtración y selección.

* Discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1925, ante el Congreso de Mendeleiev, por Trotsky como presidente del Consejo técnico y científico de la Industria.

La jurisprudencia romana estableció ya en la época de Justiniano la ley de la herencia inventariada. Respecto a la legislación prejustiniana, según la cual el heredero tenía derecho a aceptar la herencia siempre que asumiera la responsabilidad de las obligaciones y deudas, la herencia inventariada otorgó al heredero cierta posibilidad de elección. El Estado revolucionario, representante de una nueva clase, es una especie de heredero inventarial respecto a la cantidad de cultura acumulada. Permitidme que diga con franqueza que no todos los quince mil volúmenes publicados por la Academia durante sus dos siglos de existencia figurarán en el inventario del socialismo. Hay dos aspectos, de mérito igual a todas luces, en las contribuciones científicas del pasado que ahora son nuestras y que nos hacen sentir orgullo. La ciencia, en su totalidad, ha estado dirigida hacia la adquisición del conocimiento de la realidad, hacia la búsqueda de las leyes de la evolución y hacia el descubrimiento de las propiedades y cualidades de la materia a fin de dominarla. Pero el conocimiento no se desarrolla entre las cuatro paredes de un laboratorio o una sala de conferencias. De ningún modo. Ha sido una función de la sociedad humana que reflejaba su estructura. La sociedad necesita conocer la naturaleza para subvenir a sus necesidades, al tiempo que exige una afirmación de su derecho a ser lo que es, una justificación de sus instituciones particulares; antes que nada, de las instituciones de dominación de clase, del mismo modo que en el pasado pedía la justificación de la servidumbre, de los privilegios de clase, de las prerrogativas monárquicas, de la exceptuación nacional, etc.. La sociedad socialista acepta agradecida la herencia de las ciencias positivas dejando a un lado, como tiene derecho por la selección inventarial, todo cuanto es inútil para el conocimiento de la naturaleza; y no sólo eso, sino también todo cuanto justifique la desigualdad de clases y toda especie de falsedades históricas.

Todo nuevo orden social no se apropia de la herencia cultural del pasado en su totalidad, sino según su propia estructura. Así, la sociedad medieval, encorsetada por el cristianismo, recogió muchos elementos de la filosofía clásica, pero subordinándolos a las necesidades del régimen feudal y convirtiéndolos en escolástica, esa “criada de la teología”. De manera similar, la sociedad burguesa recibió el cristianismo como parte de la herencia de la Edad Media, pero lo sometió a la Reforma... o a la Contrarreforma. Durante la época burguesa el cristianismo fue barrido en la medida en que lo necesitaba la investigación científica, por lo menos dentro de los límites que requería el desarrollo de las fuerzas productivas.

La sociedad socialista, en su relación con la herencia científica y cultural, mantiene en general, en un grado muchísimo menor, una actitud de indiferencia o de aceptación pasiva. Se puede decir a este respecto: mientras mayor es la confianza que deposita el socialismo en las ciencias dedicadas al estudio directo de la naturaleza, mayor es su desconfianza crítica cuando se aproxima a aquellas ciencias y pseudociencias que están íntimamente ligadas a la estructura de la sociedad humana, a sus instituciones económicas, a su estado, leyes, ética, etc. Estas dos esferas no están separadas, por cierto, por una muralla impenetrable. Pero al mismo tiempo es un hecho incontrovertible que la herencia en aquellas ciencias que no atañen a la sociedad humana, sino que se ocupan de la “materia” – las ciencias naturales en el sentido amplio de la palabra, y la química por supuesto –, es de un peso incomparablemente mayor.

La necesidad de conocer la naturaleza viene impuesta a los hombres por la necesidad de subordinar la naturaleza a sí mismos. Cualquier desviación en este terreno de las relaciones objetivas, determinadas por las propiedades de la materia misma, las corrige la experimentación práctica. Sólo esto libra seriamente a las ciencias naturales, a la investigación química en particular, de las distorsiones intencionadas, no intencionadas y semideliberadas, y contra las falsas interpretaciones y falsificaciones. Sin embargo, la investigación social dedicó primeramente sus esfuerzos hacia la justificación de la sociedad surgida históricamente, a fin de preservarla contra los ataques de las “teorías destructoras”, etc.. De aquí emana el papel apologético de las ciencias sociales oficiales de la sociedad burguesa y ésta es la razón por la que sus resultados son de escaso valor.

Mientras la ciencia en su conjunto se mantuvo como una “criada de la teología” sólo subrepticamente podía producir resultados valiosos. Este fue el caso en la Edad Media. Como quedó señalado, fue durante el régimen burgués cuando las ciencias naturales disfrutaron de la posibilidad de un amplio desarrollo. Pero la ciencia social se mantuvo como criada del capitalismo. También esto es verdad, en gran proporción, por lo que atañe a la psicología, que une las ciencias sociales con las ciencias naturales; y a la filosofía, que sistematiza las conclusiones generalizadas de todas las ciencias.

He dicho que la ciencia oficial ha producido poco de valor. Esto se manifiesta muy bien por la incapacidad de la ciencia burguesa para predecir el mañana. Hemos observado esta situación en la primera guerra mundial

imperialista y sus consecuencias. Lo hemos visto también en la revolución de Octubre. Lo vemos actualmente en la completa impotencia de la ciencia social oficial para medir en su justo valor la situación europea, sus relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica y con la Unión Soviética; en su incapacidad para sacar conclusiones respecto al porvenir. Sin embargo, el valor de la ciencia reside precisamente en esto: conocer a fin de prever.

La ciencia natural –y la química ocupa uno de los lugares más importantes en este terreno– constituye indiscutiblemente la más valiosa porción de nuestra herencia. Su Congreso se realiza bajo la bandera de Mendeleiev, que fue y sigue siendo el orgullo de la ciencia rusa.

Hay una diferencia en el grado de previsión y de precisión alcanzado por las diversas ciencias. Pero por la previsión –pasiva, en algunos casos, como en la astronomía, activa como en la química y en la ingeniería química–, la ciencia es capaz de cortejarse a sí misma y justificar su finalidad social. Un hombre de ciencia puede no estar preocupado en absoluto por la aplicación práctica de su investigación. Mientras mayor sea su alcance, mientras más audaz sea su vuelo, mientras mayor sea su libertad de las necesidades prácticas diarias en sus operaciones mentales, tanto mejor. Pero la ciencia no es una función de los hombres de ciencia individuales; es una función social. La valorización social de la ciencia, su valoración histórica, queda determinada por su capacidad para incrementar el poder del hombre y para armarlo con el poder de prever los acontecimientos y dominar la naturaleza. La ciencia es un conocimiento que nos dota de poder. Cuando Leverrier, sobre la base de las “excentricidades” de la órbita de Urano, dedujo que debía existir un cuerpo celeste desconocido que “perturba” el movimiento de Urano; cuando, sobre la base de sus cálculos puramente matemáticos, pidió al astrónomo alemán Galle que localizara un cuerpo que vagaba sin pasaporte por los cielos en tal o cual dirección, y Galle enfocó su telescopio en esa dirección y descubrió al planeta llamado Neptuno, en ese momento la mecánica celeste de Newton celebró una gran victoria.

Esto ocurría en el otoño de 1846. En el año 1848 la revolución se esparció como un viento arremolinado a través de Europa, demostrando su influencia “perturbadora” en los movimientos de los pueblos y de los Estados. En el período intermedio, entre el descubrimiento de Neptuno y la revolución de 1848, dos jóvenes eruditos, Marx y Engels, escribían *El Manifiesto comunista*, en el cual no sólo predecían la inevitabilidad de acontecimientos revolucionarios en un futuro próximo, sino que analizaban por

adelantado sus fuerzas componentes, la lógica de sus movimientos, hasta la victoria inevitable del proletariado y el establecimiento de la dictadura del proletariado. No sería superfluo en absoluto yuxtaponer este pronóstico con las profecías de la ciencia oficial de los Hohenzollern, los Romanov, Luis Felipe y otros, en 1848.

En 1869, Mendeleiev, sobre la base de sus investigaciones y reflexiones acerca del peso atómico, estableció su ley periódica de los elementos. Al peso atómico, como criterio más estable, Mendeleiev ligó una serie de otras propiedades y características, arregló los elementos en un orden definido y entonces, a través de este orden, reveló la existencia de cierto desorden, a saber, la ausencia de ciertos elementos. Estos elementos desconocidos o unidades químicas, como las denominó en cierta ocasión Mendeleiev, de acuerdo con la lógica de esta “ley” deberían ocupar lugares específicos vacíos en ese orden. A esta altura, con el gesto autoritario de un investigador que confía en sí mismo, golpeó a una de las puertas de la naturaleza hasta ahora cerrada, y desde dentro una voz respondió: “¡Presente!” En realidad, tres voces respondieron simultáneamente, pues en los lugares indicados por Mendeleiev se descubrieron tres nuevos elementos denominados posteriormente galio, escandio y germanio.

¡Triunfo maravilloso del pensamiento, analítico y sintético! En sus *Principios de Química*, Mendeleiev caracteriza en forma vívida el esfuerzo científico creador, comparándolo con el establecimiento de un puente que cruza un barranco: no es necesario descender al barranco y fijar soportes en el fondo; sólo se requiere levantar una base en un lado y en seguida proyectar un arco exactamente delineado, que encontrará apoyo en el lado opuesto. Algo análogo ocurre con el pensamiento científico. Sólo puede reposar sobre la base granítica de la experimentación; pero sus generalizaciones, como el arco de un puente, pueden levantarse sobre el fondo de los hechos a fin de que luego, en otro punto calculado previamente, pueda encontrar a este último. En esta etapa del pensamiento científico, cuando una generalización se convierte en predicción –y cuando la predicción es verificada triunfalmente por la experiencia– en ese momento, el pensamiento humano disfruta invariablemente su más orgullosa y justificada satisfacción. Así ocurrió en química con el descubrimiento de nuevos elementos sobre la base de la ley periódica.

La predicción de Mendeleiev, que produjo más tarde una profunda impresión sobre Federico Engels, fue hecho en el año 1871, esto es, el año

de la gran tragedia de la Comuna de París, en Francia. La actitud de nuestro gran químico hacia este acontecimiento puede caracterizarse por su hospitalidad general hacia la “latinidad”, con sus violencias y revoluciones. Como todos los pensadores oficiales de las clases dominantes no sólo de Rusia y de Europa, sino de todo el mundo, Mendeleiev no se preguntó a sí mismo: ¿cuál es la fuerza realmente directora que hay tras de la Comuna de París? No vio que la nueva clase que crecía en las entrañas de la vieja sociedad se manifestaba allí ejerciendo en su movimiento una influencia tan “perturbadora” sobre la órbita de la vieja sociedad como la que ejercía el planeta desconocido sobre la órbita de Urano. Pero un desterrado alemán, Carlos Marx, analizó en ese entonces las causas y la mecánica interna de la Comuna de París y los rayos de su antorcha científica penetraron en los acontecimientos de nuestro propio Octubre y los iluminaron.

Desde hace ya largo tiempo hemos considerado innecesario recurrir a una sustancia más misteriosa, llamada flogisto, para explicar las reacciones químicas. En realidad, el flogisto no servía sino como generalización para ocultar la ignorancia de los alquimistas. En el terreno de la fisiología ha pasado ya la época en que se sintió la necesidad de recurrir a una sustancia mística especial, llamada la fuerza vital y que era el flogisto de la materia viva. En principio tenemos bastantes conocimientos de química y de física para explicar los fenómenos fisiológicos. En la esfera de los fenómenos de la conciencia no necesitamos ya por más tiempo una sustancia denominada alma que en la filosofía reaccionaria desempeña el papel del flogisto de los fenómenos psicofísicos. Para nosotros la psicología es, en último análisis, reducible a la fisiología, y esta última, a la química, mecánica y física. En la esfera de la ciencia social (es decir, el alma) es mucho más viable que la teoría del flogisto. Este “flogisto” aparece con diversas vestiduras, ora disfrazado de “misión histórica”, ora de “carácter nacional”, ora como la idea incorpórea de “progreso”; ora en forma de sedicente “pensamiento crítico”, y así sucesivamente, *ad infinitum*. En todos estos casos se ha tratado de encontrar una sustancia suprasocial que explique los fenómenos sociales. Casi es ocioso repetir que estas sustancias ideales no son sino ingeniosos disfraces para ocultar la ignorancia sociológica. El marxismo rechazó las esencias suprahistóricas, así como la fisiología ha renunciado a la fuerza vital, o la química al flogisto.

La esencia del marxismo consiste en esto, en que enfoca a la sociedad concretamente, como sujeto de investigación objetiva, y analiza la his-

toria humana como se haría en un gigantesco registro de laboratorio. El marxismo considera la ideología como un elemento integral subordinado a la estructura material de la sociedad. El marxismo examina la estructura de clase de la sociedad como una forma históricamente condicionada del desarrollo de las fuerzas productivas. El marxismo deduce de las fuerzas productivas de la sociedad las relaciones mutuas entre la sociedad humana y la naturaleza circundante, y éstas, a su vez, quedan determinadas en cada etapa histórica por la tecnología del hombre, por sus instrumentos y armas, por sus capacidades y métodos de lucha con la naturaleza. Precisamente esta aproximación objetiva confiere al marxismo un poder insuperable de previsión histórica.

Considérese la historia del marxismo aunque sólo sea en la escala nacional rusa. Seguida no desde el punto de vista de nuestras propias simpatías o antipatías políticas, sino desde el punto de vista de la definición de la ciencia de Mendeleiev: “Conocer para poder prever y actuar.” El período inicial de la historia del marxismo en suelo ruso es la historia de una lucha por establecer un pronóstico sociohistórico correcto contra los puntos de vista oficiales gubernamental y de oposición. En los primeros años del ochenta, la ideología oficial existía como una trinidad representada por el absolutismo, la ortodoxia y el nacionalismo; el liberalismo soñaba de día en una asamblea de zemstvos, es decir, en una monarquía semiconstitucional, mientras que los narodniki (populistas) combinaban débiles fantasías socializantes con ideas económicas reaccionarias. En esa época el pensamiento marxista predijo no solamente la obra inevitable y progresiva del capitalismo, sino también la aparición del proletariado, que desempeñaría un papel histórico independiente, tomando la hegemonía en la lucha de las masas populares; y que la dictadura del proletariado arrastraría tras de sí al campesinado.

La diferencia que hay entre el método marxista de análisis social y las teorías contra las cuales luchó no es menor que la diferencia que hay entre la ley periódica de Mendeleiev con todas sus modificaciones posteriores, por un lado, y las elucubraciones de los alquimistas por otro.

“La causa de la reacción química reside en las propiedades físicas y mecánicas de los componentes.” Esta fórmula de Mendeleiev es de carácter completamente materialista. En lugar de recurrir a alguna fuerza supermecánica o suprafísica para explicar sus fenómenos, la química reduce los procesos químicos a las propiedades mecánicas y físicas de sus componentes.

La biología y la fisiología se hallan en una relación análoga respecto de la química. La fisiología científica, esto es, la fisiología materialista, no exige una fuerza vital supraquímica especial (a la que se refieren vitalistas y neovitalistas) para explicar los fenómenos que se desarrollan en su campo. Los procesos fisiológicos son reducibles en último análisis a procesos químicos, así como estos últimos a procesos mecánicos y físicos.

La psicología se relaciona en forma análoga con la fisiología. No por nada la fisiología ha sido llamada la química aplicada de los organismos vivos. Así como no existe ninguna fuerza fisiológica especial, también es igualmente verdadero que la psicología científica, es decir, la psicología materialista, no tiene necesidad de una fuerza mística –el alma– para explicar los fenómenos de su incumbencia, sino que halla que son reducibles en último análisis a fenómenos fisiológicos. Esta es la escuela del académico Pavlov; éste considera lo que se denomina alma como un sistema complejo de reflejos condicionados, cuyas raíces residen totalmente en los reflejos fisiológicos elementales que, a su vez, radican, a través del potente stratum de la química, en el subsuelo de la mecánica y de la física.

Lo mismo puede decirse de la sociología. Para explicar los fenómenos sociales no es necesario aducir alguna especie de fuente eterna, o buscar su origen en otro mundo. La sociedad es el producto del desarrollo de la materia primaria, como la corteza terrestre o la ameba. De esta manera, el pensamiento científico con sus métodos corta, como un diamante, a través de los fenómenos complejos de la ideología social, en el lecho de roca de la materia, sus elementos componentes, sus átomos, con sus propiedades físicas y mecánicas.

Naturalmente esto no quiere decir que cada fenómeno de la química puede ser reducido directamente a la mecánica, y menos aún que cada fenómeno social sea directamente reducible a la fisiología y luego a las leyes de la química y de la mecánica. Puede decirse que éste es el supremo fin de la ciencia. Pero el método de aproximación continua y gradual hacia este objetivo es enteramente diferente. La química tiene su manera especial de enfocar a la materia; sus propios métodos de investigación, sus leyes propias. Lo mismo que sin el conocimiento de que las reacciones químicas son reducibles en último análisis a las propiedades mecánicas de las partículas elementales de la materia, no hay ni puede haber una filosofía acabada que una todos los fenómenos en un solo sistema; por otra parte, el mero conocimiento de que los fenómenos químicos se hallan radicados en la

mecánica y en la física no proporciona en sí la clave de ninguna reacción química. La química tiene sus propias claves. Se puede elegir entre ellas sólo por la generalización y la experimentación, a través del laboratorio químico, de hipótesis y teorías químicas.

Esto es aplicable a todas las ciencias. La química es un poderoso pilar de la fisiología, con la cual está directamente relacionada a través de los canales de la química orgánica y fisiológica. Pero la química no es un sustituto de la fisiología. Cada ciencia descansa sobre las leyes de otras ciencias sólo en lo que se llama la instancia final. Pero al mismo tiempo, la separación de las ciencias unas de otras está determinada, precisamente, por el hecho de que cada ciencia abarca un campo particular de fenómenos, es decir, un campo de complejas combinaciones de fenómenos elementales tales que se requiere un enfoque especial, una técnica de investigación especial, hipótesis y métodos especiales.

Esta idea parece tan incontestable por lo que se refiere a las ciencias matemáticas y a la historia natural, que insistir en ello sería lo mismo que forzar una puerta abierta. Con la ciencia social ocurre algo diferente. Naturalistas extraordinariamente ejercitados que en el terreno, digamos, de la fisiología no avanzarían un paso sin tomar en cuenta experimentos rigurosamente comprobados, verificaciones, generalizaciones hipotéticas, últimas verificaciones y otras medidas más, se aproximan a los fenómenos sociales mucho más audazmente, con la audacia de la ignorancia, como si reconocieran tácitamente que en esta esfera extremadamente compleja de los fenómenos basta con tener sólo vagas tendencias, observaciones diarias, tradiciones familiares y aun un acervo de prejuicios sociales comunes.

La sociedad humana no se ha desarrollado de acuerdo con un plan o sistema dispuesto previamente, sino empíricamente, a través de un largo, complicado y contradictorio batallar de la especie humana por la existencia, y luego, por conseguir un dominio cada vez mayor sobre la naturaleza. La ideología de la sociedad humana se formó como un reflejo de esto y como instrumento en este proceso, tardío, inconexo, fraccionario, en forma, por decirlo así, de reflejos sociales condicionados que en el último análisis son reducibles a las necesidades de la lucha del hombre colectivo contra la naturaleza. Pero llegar a juzgar las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana fundándose en sus reflejos ideológicos, o sobre la base de lo que se llama opinión pública, etc., equivale casi a formarse un juicio sobre la estructura anatómica y fisiológica de un lagarto en función de sus

sensaciones cuando se halla calentándose al sol o cuando sale arrastrándose de una grieta húmeda. Es bastante cierto que hay un lazo muy directo entre las sensaciones de un lagarto y su estructura orgánica. Pero este lazo es objeto de investigación por medio de métodos objetivos. Hay una tendencia, sin embargo, a llegar a ser de lo más subjetivo en los juicios sobre la estructura y las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana en términos de lo que se da en llamar conciencia de la sociedad, esto es, su ideología contradictoria, desarticulada, conservadora y no verificada. Desde luego que estas comparaciones pueden herirnos y suscitar la objeción de que la ideología social se halla, después de todo, en un plano más alto que la sensación de un lagarto. Todo ello depende de la manera en que se aborde la cuestión. En mi opinión, no hay nada paradójico en aseverar que de las sensaciones de un lagarto se podría, si fuera posible enfocarlas debidamente, sacar conclusiones mucho más directas por lo que concierne a la estructura y la función de sus órganos que en lo que concierne a la estructura de la sociedad y su dinámica a partir de tales reflexiones ideológicas como, por ejemplo, los credos religiosos, que ocuparon una vez y aún continúan ocupando un lugar tan destacado en la vida de la sociedad humana; o a partir de los códigos contradictorios e hipócritas de la moralidad oficial; o finalmente, por las concepciones filosóficas idealistas que a fin de explicar los procesos orgánicos complejos que ocurren en el hombre, tratan de colocar la responsabilidad en una esencia sutil, nebulosa, llamada alma y dotada de las cualidades de impenetrabilidad y eternidad.

La reacción de Mendeleiev a los problemas de la reorganización social fue hostil y aun despreciativa. Sostenía que desde tiempos inmemoriales nada había resultado de esta tentativa. En vez de eso, Mendeleiev esperaba un futuro más feliz que surgiría por medio de las ciencias positivas y sobre todo de la química, que revelaría todos los secretos de la naturaleza.

Es interesante yuxtaponer este punto de vista al de nuestro notable fisiólogo Pavlov, que opina que las guerras y las revoluciones son algo accidental, resultado de la ignorancia del pueblo y que piensa que sólo un profundo conocimiento de la “naturaleza humana” eliminará tanto las guerras como las revoluciones.

Puede colocarse a Darwin en la misma categoría. Este biólogo altamente dotado demostró cómo una acumulación de pequeñas variaciones cuantitativas produce una “cualidad” (calidad) biológica enteramente nueva y con esta prueba explicó el origen de las especies. Sin tener conciencia de

ello, aplicó de este modo el método del materialismo dialéctico a la esfera de la vida orgánica. Aunque Darwin no estaba informado en filosofía, aplicó brillantemente la ley hegeliana de la transición de la cantidad a la calidad. Al mismo tiempo descubrimos muy a menudo en este mismo Darwin, para no mencionar a los darwinistas, tentativas profundamente ingenuas y anticientíficas para aplicar las conclusiones de la biología a la sociedad. Interpretar los antagonismos sociales como una “variedad” de la lucha biológica por la existencia es como buscar sólo mecánica en la fisiología de la célula.

En cada uno de estos casos observamos un único e idéntico error fundamental: los métodos y logros de la química o de la fisiología, violando todos los métodos científicos, son transplantados al estudio de la sociedad humana. Un naturalista apenas podría aplicar sin modificación las leyes que gobiernan el movimiento de los átomos al de las moléculas, regidas por otras leyes. Pero muchos naturalistas tienen una posición completamente diferente hacia la sociología. Muy a menudo desdeñan la estructura históricamente condicionada de la sociedad en beneficio de la estructura anatómica de las cosas, la estructura fisiológica de los reflejos, la lucha biológica por la existencia. Por supuesto, la vida de la sociedad humana, entrelazada por las condiciones materiales, rodeada por todos lados de procesos químicos, representa, en sí misma y en última instancia, una combinación de procesos químicos. Por otra parte, la sociedad está constituida por seres humanos cuyo mecanismo fisiológico se puede reducir a un sistema de reflejos. Pero la vida social no es un proceso químico ni fisiológico, sino un proceso social conformado por leyes propias, sujetas a su vez a un análisis sociológico objetivo cuyo análisis debería ser: conseguir la capacidad de prever y de gobernar el destino de la sociedad.

En sus comentarios a los *Principios de Química*, Mendeleiev dice: “Hay dos fines básicos o positivos en el estudio científico de los objetos: el de la predicción y el de la utilidad... El triunfo de las previsiones científicas tendría poco significado si no condujeran en última instancia a una utilidad directa y general: la previsión científica basada en el conocimiento dota al poderío humano de conceptos mediante los cuales se puede dirigir la esencia de las cosas por el canal deseado”. Y más adelante añade con cautela: “Las ideas religiosas y filosóficas han prosperado y desarrollado durante millares de años; pero las ideas que rigen las ciencias exactas capaces de predecir se han producido sólo durante unos pocos siglos recientes, abarcando por ello esferas limitadas. No han transcurrido todavía dos siglos desde que la química

forma parte de esas ciencias. Ante nosotros hay muchas cosas por deducir de ellas por lo que concierne a predicción y utilidad.”

Estas palabras llenas de cautelas, “sugeridoras”, son notables en labios de Mendeleiev. Su sentido velado se dirige claramente contra la religión y la filosofía especulativa, a las que compara con la ciencia. Según dice, las ideas religiosas han prevalecido durante miles de años y son escasos los beneficios que de ello ha sacado la humanidad; con vuestros ojos, en cambio, podéis ver la contribución de la ciencia en un breve período de tiempo y juzgar sus beneficios. Tal es el indiscutible contenido del pasaje anterior incluido por Mendeleiev en uno de sus comentarios e impreso en caracteres más pequeños en la página 405 de sus *Principios de Química*. ¡Dimitri Ivanovich era un hombre cauteloso y rehuía cualquier querrela con la opinión pública!

La química es una escuela de pensamiento revolucionario, y no precisamente por la existencia de una química de explosivos. Los explosivos no siempre son revolucionarios. Sobre todo, porque la química es la ciencia de la transmutación de los elementos; es enemiga de todo el pensamiento conservador o absoluto que esté encerrado en categorías inmóviles.

Resulta instructivo que Mendeleiev, al sentirse naturalmente bajo la presión de la opinión pública conservadora, defienda el principio de estabilidad e inmutabilidad en los grandes procesos de la transformación química. Este gran hombre de ciencia insistió, incluso con terquedad, en el tema de la inmutabilidad de los elementos químicos y en la imposibilidad de su transmutación en otros. Necesitaba encontrar antes sólidas bases de apoyo. Decía: “Yo soy Dimitri Ivanovich y usted Iván Petrovich. Cada uno de nosotros tiene su propia individualidad; lo mismo ocurre con los elementos”.

Mendeleiev atacó más de una vez la dialéctica menospreciándola. Pero no entendía por dialéctica la de Hegel o Marx, sino el arte superficial de jugar con las ideas, que es a medias sofisma y a medias escolasticismo. La dialéctica científica abarca los métodos generales de pensamiento que reflejan las leyes del desarrollo. Una de esas leyes es el cambio de la cantidad en calidad. La química arranca sus raíces más profundas y esenciales de esa ley. Toda la ley periódica de Mendeleiev se basa en ella, al deducir diferencias cualitativas en los elementos de las diferencias cuantitativas de los pesos atómicos. Engels vio la importancia del descubrimiento de los nuevos elementos de Mendeleiev desde este punto de vista precisamente. En el ensayo *El carácter general de la dialéctica como ciencia*, escribía:

“Mendeleiev demostró que en una serie de elementos relacionados, ordenados por sus pesos atómicos, hay algunas lagunas que indican la existencia de elementos no descubiertos hasta ahora. Describió con anterioridad las propiedades químicas generales de cada uno de estos elementos desconocidos y predijo, de modo aproximativo, sus pesos relativo y atómico y su lugar atómico. Mendeleiev, aplicando de forma inconsciente la ley hegeliana de la conversión de la cantidad en calidad, descubrió un hecho científico que por su audacia puede ponerse junto al descubrimiento del planeta desconocido Neptuno por Leverrier calculando su órbita”.

Aunque posteriormente modificada, la lógica de la ley periódica demostró ser más poderosa que los límites conservadores en que quiso encerrarla su creador. El parentesco de los elementos y su metamorfosis mutua pueden considerarse empíricamente comprobados desde el momento en que fue posible dividir el átomo de sus componentes con la ayuda de los elementos radiactivos. ¡En la ley periódica de Mendeleiev, en la química de los elementos radiactivos, la dialéctica celebra su propia victoria deslumbrante!

Mendeleiev no poseía un sistema filosófico acabado. Quizá ni siquiera tuvo deseos de tenerlo, pues le habría enfrentado inevitablemente con sus propias costumbres y simpatías conservadoras.

En Mendeleiev podemos ver un dualismo en cuestiones básicas del conocimiento. Podría parecer que se orientaba hacia el “agnosticismo”, cuando declaraba que la “esencia” de la materia permanecería siempre más allá del alcance de nuestro conocimiento, por ser ajena a nuestro espíritu y conocimiento (¡). Pero casi al mismo tiempo nos da una fórmula notable para descubrir que de un solo golpe acaba con el agnosticismo. En la nota citada, Mendeleiev dice: “Acumulando de forma gradual su conocimiento sobre la materia, el hombre adquiere poder sobre ella, y puede aventurar, también en función del grado en que lo hace, predicciones más o menos precisas, comprobables por los hechos, y no se divisa un límite al conocimiento del hombre y su dominio de la materia.” Resulta evidente que si en sí mismo no hay límites para el conocimiento y el poder del hombre sobre la materia, tampoco hay una “esencia” imposible de conocer. El conocimiento que nos dota de la capacidad de predecir todos los cambios posibles de la materia, y del poder necesario para producir estos cambios, agota de modo efectivo la esencia de la materia. La llamada “esencia” incognoscible de la materia no es entonces sino una generalización debida a nuestro cono-

cimiento incompleto de la materia. Es un seudónimo de nuestra ignorancia. La definición dual de la materia desconocida, de sus propiedades conocidas, me recuerda la burlesca definición que dice que un anillo de oro es un agujero rodeado de metal precioso. Evidentemente, si llegamos a conocer el metal precioso de los fenómenos y conseguimos darle forma, podemos permanecer indiferente respecto al “agujero” de la sustancia; y hacemos de ello un divertido presente a los filósofos y teólogos arcaicos.

Pese a sus concesiones verbales al agnosticismo (“esencia incognoscible”), Mendeleiev es, aunque inconsciente, un dialéctico materialista en sus métodos y en sus realizaciones en el terreno de la ciencia natural, especialmente en la química. Pero su materialismo aparece ante nuestros ojos tras una coraza conservadora que protegía su pensamiento científico de conflictos demasiado agudos con la ideología oficial. Lo cual no significa que Mendeleiev creara artificialmente un caparazón conservador para sus métodos; el mismo estaba atado a la ideología, oficial y por eso sentía una aprensión íntima a tocar el filo de navaja del materialismo dialéctico. No ocurre lo mismo en la esfera de las relaciones sociológicas. La urdimbre de la filosofía social de Mendeleiev era de índole conservadora, pero de cuando en cuando entre sus hilos teje notables conjeturas materialistas por su esencia y revolucionarias por su tendencia. Pero al lado de estas conjeturas hay errores de bulto, y ¡qué errores!

Sólo señalaré dos. Mendeleiev, rechazando todos los planes o pretensiones de reorganización social por utópicos y “latinistas”, imaginaba un futuro sólo mejor en el desarrollo de la tecnología científica. Tenía una utopía propia. Según él, habría días mejores cuando los gobiernos de las grandes potencias del mundo pusieran en práctica la necesidad de ser fuertes y llegaran entre sí al acuerdo de eliminar las guerras, las revoluciones y los principios utópicos de anarquistas, comunistas y otros “puños belicosos”, incapaces de comprender la evolución progresiva que se realiza en toda la humanidad. En las Conferencias de La Haya, Portsmouth y Marruecos podía percibirse la aurora de esta concordia universal. Esos ejemplos son los errores más graves de este gran hombre. La historia sometió la utopía social de Mendeleiev a una prueba rigurosa. De las Conferencias de La Haya y Portsmouth derivaron la guerra ruso-japonesa, la guerra de los Balcanes, la gran matanza imperialista de las naciones y una aguda decadencia de la economía europea; y de la Conferencia de Marruecos brotó la repugnante carnicería de Marruecos, que recientemente ha sido completa-

da bajo la bandera de la defensa de la civilización europea. Mendeleiev no vio la lógica interna de los sucesos sociales, o mejor dicho, la dialéctica interna de los procesos sociales, y fue incapaz por ello de prever las secuelas de la Conferencia de La Haya. Como sabemos, en la previsión reside sobre todo el interés. Si releéis lo que escribieron los marxistas sobre la Conferencia de La Haya en aquellos días, os convenceréis fácilmente de que los marxistas previeron correctamente sus consecuencias. Por eso, en el momento más crítico de la historia demostraron tener puños belicosos. Y de hecho no hay por qué lamentar que la clase que se levanta en la historia, armada de una teoría correcta del conocimiento y de la previsión social, demuestre finalmente que estaba armada de un puño suficientemente belicoso para inaugurar una nueva época de desarrollo humano.

Permitidme que cite ahora otro error. Poco antes de su muerte, Mendeleiev escribió: “Temo sobre todo por el destino de la ciencia y la cultura y por la ética general bajo el ‘socialismo de Estado’. ¿Eran fundados sus temores? Hoy día, los estudiosos más avanzados de Mendeleiev han comenzado a ver con claridad las vastas posibilidades que para el desarrollo del pensamiento científico y técnico-científico ofrece el hecho de que este pensamiento esté, por decirlo de alguna manera, racionalizado, emancipado de las luchas internas de la propiedad privada, porque ya no tiene que someterse al soborno de los poseedores individuales, sino que trata de servir al desarrollo económico de las naciones como una unidad total. La red de institutos técnico-científicos que ahora establece el Estado es sólo un síntoma material a escala reducida de las posibilidades ilimitadas que se han derivado de ello.

No cito estos errores para estigmatizar el gran nombre de Dimitri Ivanovich. La historia ha dictaminado su fallo sobre los principales puntos de la controversia y no hay motivo para reiniciarla. Pero permítaseme añadir que los mayores errores de este gran hombre contienen una importante lección para los estudiosos. Desde el campo de la química sólo no hay salidas directas ni inmediatas para las perspectivas sociales. Es preciso el método objetivo de la ciencia social. Este es el método del marxismo.

Si un marxista intentase convertir la teoría de Marx en una llave maestra universal e ignorar las demás esferas del conocimiento, Vladimir Ilich le habría insultado con el expresivo vocablo de “komchvantsvo”, [comunista fanfarrón]. Lo cual, en este caso específico significaría: el comunismo no es un sustitutivo de la química. Pero el teorema inverso también es verda-

dero. El intento por descartar al marxismo, en base a que la química (o las ciencias naturales en general) pueden resolver todos los problemas, no es más que una “fanfarronería química” específica que por lo que a la teoría se refiere no es menos errónea y por lo que a los hechos afecta no es menos pretencioso que la fanfarronada comunista.

Mendeleiev no aplicó método científico al estudio de la sociedad y su desarrollo. Como escrupuloso investigador que era, se verificaba una vez y otra a sí mismo antes de permitir que su imaginación creadora diera un salto en el plano de las generalizaciones. Mendeleiev siguió siendo un empirista en los problemas político-sociales, combinando las conjeturas con una visión heredada del pasado. Sólo debo añadir que la conjetura fue realmente de Mendeleiev cuando se relacionó directamente con los intereses científicos industriales del gran hombre de ciencia.

El espíritu de la filosofía de Mendeleiev pudo ser definido como un optimismo técnico-científico. Mendeleiev orientó ese optimismo, que coincidía con la línea de desarrollo del capitalismo, contra los narodnikis, liberales y radicales, contra los seguidores de Tolstoy y, en general, contra todo retroceso económico. Mendeleiev confiaba en la victoria del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza. De ahí su aversión al malthusianismo, rasgo notable de Mendeleiev. En todos sus escritos, bien los de ciencia pura, bien los de divulgación sociológica, bien los de química aplicada, lo resalta. Mendeleiev saludó con efusión el hecho de que el aumento anual de la población rusa (1,5 por 100) fuese mayor que la media mundial. Los cálculos según los cuales la población mundial alcanzaría los 10.000 millones en ciento cincuenta o doscientos años no le preocupó, escribiendo: “No sólo 10.000 millones, sino una población muchas veces mayor tendría alimento en este mundo no sólo mediante la aplicación del trabajo, sino también por el persistente incentivo que rige el conocimiento. El temor a que falte alimento es, en mi opinión, un puro disparate, siempre que se garantice la comunión activa y pacífica de las masas populares”.

Nuestro gran químico y optimista industrial habría escuchado con poca simpatía las recientes declaraciones del profesor inglés Keynes, que durante los festejos académicos nos dijo que deberíamos preocuparnos por limitar el aumento de la población. Dimitri Ivanovich la habría contestado con su vieja observación: “¿quieren los nuevos Malthus detener este crecimiento? En mi opinión, cuantos más haya tanto mejor.”

La agudeza sentenciosa de Mendeleiev se expresaba frecuentemente

con este tipo de fórmulas deliberadamente simplificadas.

Desde ese mismo punto de vista del optimismo industrial, Mendeleiev abordó el gran fetiche del idealismo conservador, el denominado carácter nacional. Escribió: “En cualquier parte donde la agricultura predomine en sus formas primitivas, una nación es incapaz de un trabajo continuado y permanentemente regular: sólo podrá trabajar de manera arbitraria y circunstancial. Queda patente esto con toda claridad en las costumbres, en el sentido de que existe una falta de ecuanimidad, de calma, de frugalidad; en todo hay inquietud y predomina una actitud de dejadez acompañada por extravagancia, hay tacañería o despilfarro. Cuando al lado de la agricultura se ha desarrollado la industria fabril en gran escala, puede verse que, además de la agricultura esporádica, hay una labor continua, ininterrumpida, de las fábricas: ahí se consigue entonces una apreciación justa del trabajo, y así sucesivamente”. En estas líneas es importante la consideración del carácter nacional no como elemento primordial fijo, creado de una vez por todas, sino como producto de condiciones históricas y, dicho con mayor precisión, de las formas sociales de producción. Este, aunque sea parcial sólo, es un acercamiento a la filosofía histórica del marxismo.

Mendeleiev considera el desarrollo de la industria como el instrumento de la reeducación nacional, la elaboración de un carácter nacional nuevo, más equilibrado, más disciplinado y más autorregulado. Si comparamos el carácter de los movimientos campesinos revolucionarios con el movimiento proletario y, sobre todo, con el papel del proletariado en Octubre y en la actualidad, la predicción de Mendeleiev queda iluminada con suficiente nitidez.

Nuestro industrioso optimista empleaba igual lucidez al hablar de la eliminación de las contradicciones entre la ciudad y el campo, y cualquier comunista suscribiría sus opiniones al respecto. Mendeleiev escribió: “El pueblo ruso ha comenzado a emigrar a las ciudades en masa... En mi opinión es un disparate total luchar contra este desarrollo; el proceso se terminará sólo cuando la ciudad por una parte se extienda de tal modo que incluya más partes, jardines, etc.; es decir, cuando la finalidad de las ciudades no sea sólo hacer la vida lo más saludable que se pueda, sino cuando provea también de espacios abiertos suficientes no sólo para los juegos de los niños y el deporte, sino para toda clase de esparcimientos, y cuando, por otra parte, en las aldeas y granjas, etc., la población no urbana se extienda de tal forma que exija la construcción de casas de varios pisos, lo cual

creará la necesidad de servicios de aguas, de alumbrado público y otras comodidades de la ciudad. En el transcurso del tiempo, todo esto conducirá a que toda área agrícola (poblada con suficiente densidad de habitantes) llegue a estar habitada, con las casas separadas por las huertas y los campos necesarios para la producción de alimentos y con plantas industriales para la manufactura y la modificación de estos productos”.

Mendeleiev ofrece aquí un testimonio convincente en favor de las viejas tesis socialistas: la eliminación de las contradicciones entre la ciudad y el campo. Pero no plantea en esas líneas la cuestión de los cambios en la forma social de la economía. Cree que el capitalismo conducirá automáticamente a la nivelación de las condiciones urbanas y rurales mediante la introducción de formas de habitación más elevadas, más higiénicas y culturales. Ahí radica el error de Mendeleiev. El caso de Inglaterra a la que Mendeleiev se refería con esa esperanza lo demuestra con nitidez. Mucho antes de que Inglaterra eliminase las contradicciones entre la ciudad y el campo, su desarrollo económico se había metido en un callejón sin salida. El paro corroe su economía. Los dirigentes de la industria inglesa proponen la emigración, la eliminación de la superpoblación para salvar la sociedad. Incluso el economista más “progresista”, el señor Keynes, nos decía el otro día que la salvación de la economía inglesa está en el malthusianismo... También para Inglaterra el camino para resolver las contradicciones entre la ciudad y el campo es el socialismo.

Hay otra conjetura o intuición formulada por nuestro industrioso optimista. En su último libro, Mendeleiev escribía: “Tras la época industrial vendrá probablemente una época más compleja, que de acuerdo con mi modo de pensar se caracterizará especialmente por una extremada simplificación de los métodos para la obtención de alimentos, vestido y habitación. La ciencia establecida perseguirá esta extremada simplificación hacia la que se ha dirigido en parte en las recientes décadas”.

Palabras notables. Aunque Dimitri Ivanovich hace algunas reservas – contra la realización de los socialistas y comunistas, Dios no lo quiera –, estas palabras esbozan las perspectivas técnico-científicas del comunismo. Un desarrollo de las fuerzas productivas que nos lleve a conseguir simplificaciones extremas en los métodos de la obtención de alimentos, vestido y habitación, nos proporcionaría claramente la oportunidad de reducir al mínimo los elementos de coerción en la estructura social. Con la eliminación de la voracidad completamente inútil en las relaciones sociales, las formas

de trabajo y de distribución tendrán un carácter comunista. En la transición del socialismo al comunismo no será precisa una revolución, puesto que la transición depende por completo del progreso técnico de la sociedad.

El optimismo industrial de Mendeleiev orientó siempre su pensamiento hacia los temas y problemas prácticos de la industria. En sus obras de teoría pura encontramos su pensamiento encarrilado por los mismos carriles hacia los problemas económicos. En una de sus disertaciones, dedicada al problema de la disolución del alcohol con agua, de gran importancia económica hoy todavía, inventó una pólvora sin humo para las necesidades de la defensa nacional. Personalmente se ocupó de realizar un cuidadoso estudio del petróleo, y en dos direcciones, una puramente teórica, el origen del petróleo, y otra práctica, sobre los usos técnico-industriales. Hay que tener presente a esta altura que Mendeleiev protestó siempre contra el uso del petróleo sólo como simple combustible: “La calefacción se puede hacer con billetes de banco”, exclamaba nuestro gran químico. Proteccionista convencido, participó de forma destacada en la elaboración de políticas o sistemas de aranceles y escribió su *Política sensible del arancel*, de la cual no pocas sugerencias valiosas pueden ser hoy citadas incluso desde el punto de vista del proteccionismo socialista.

Los problemas de las vías marítimas por el norte despertaron su interés poco antes de su muerte. Recomendó a los jóvenes investigadores y marinos que resolvieran el problema de acceso al Polo Norte, afirmando que de ello se derivarían importantes rutas comerciales. “Cerca de ese hielo hay no poco oro y otros minerales, nuestra propia América. Sería feliz si muriera en el Polo, porque allí uno al menos no se pudre”. Estas palabras tienen un tono muy contemporáneo. Cuando el viejo químico reflexionaba sobre la muerte, pensaba sobre ella desde el punto de vista de la putrefacción y soñaba ocasionalmente con morir en una atmósfera de eterno frío.

Nunca se cansaba de repetir que la meta del conocimiento era la “utilidad”. En otras palabras, abordaba la ciencia desde la óptica del utilitarismo. Al tiempo, como sabemos, insistía en el papel creador de la búsqueda desinteresada del conocimiento. ¿Por qué se iba a interesar alguien en particular en abrir rutas comerciales por vías indirectas para llegar al Polo? Porque alcanzar el Polo es un problema de investigación desinteresada capaz de excitar pasiones deportivas de investigación científica. ¿No hay aquí una contradicción entre esto y la afirmación de que el objetivo de la ciencia es la “utilidad”? En modo alguno. La ciencia cumple una función social, no

individual. Desde el punto de vista histórico social es utilitaria. Lo cual no significa que cada científico aborde los problemas de investigación desde una óptica utilitaria. ¡No! La mayoría de las veces los estudiosos están impulsados por su pasión de conocer, y cuanto más significativo sea el descubrimiento de un hombre, menos puede prever con antelación, por regla general, sus aplicaciones prácticas posibles. La pasión desinteresada de un científico no está en contradicción con el significado utilitario de cada ciencia más de lo que pueda estar en contradicción el sacrificio personal de un luchador revolucionario con la finalidad utilitaria de aquellas necesidades de clase a las que sirve.

Mendeleiev podía combinar perfectamente su pasión de conocimiento con la preocupación constante por elevar el poder técnico de la humanidad. De ahí que las dos alas de este Congreso –los representantes de las ramas teórica y aplicada de la química– están con igual título bajo la bandera de Mendeleiev. Tenemos que educar a la nueva generación de hombres de ciencia en el espíritu de esta coordinación armónica de la investigación científica pura con las tareas industriales. La fe de Mendeleiev en las ilimitadas posibilidades del conocimiento, la predicción y el dominio de la materia debe convertirse en el credo científico de los químicos de la patria socialista. El fisiólogo alemán Du Bois Reymond consideraba el pensamiento filosófico como un cuerpo extraño en la escena de la lucha de clase y lo definía con el lema ¡Ignoramus et ignorabimus!

Es decir, ¡nunca conocemos ni conoceremos! El pensamiento científico, uniendo su suerte a la de la clase en ascenso, repite: ¡Mientes! Lo impenetrable no existe para el conocimiento consciente. ¡Alcanzaremos todo! ¡Dominaremos todo! ¡Reconstruiremos todo!

CULTURA Y SOCIALISMO*

Empecemos recordando que cultura significó originalmente campo arado y cultivado, en oposición a la floresta o al suelo virgen. La cultura se oponía a la naturaleza, es decir, lo que el hombre había conseguido con sus esfuerzos se contrastaba con lo que había recibido de la naturaleza. Esta antítesis fundamental conserva su valor hoy día.

Cultura es todo lo que ha sido creado, construido, aprendido, conquistado por el hombre en el curso de su historia, a diferencia de lo que ha recibido de la naturaleza, incluyendo la propia historia natural del hombre como especie animal. La ciencia que estudia al hombre como producto de la evolución animal se llama antropología. Pero desde el momento en que el hombre se separó del reino animal –y esto sucedió cuando fue capaz de utilizar los primeros instrumentos de piedra y madera y con ellos armó los órganos de su cuerpo–, comenzó a crear y acumular cultura, esto es, todo tipo de conocimientos y habilidades para luchar con la naturaleza y subyugarla.

Cuando hablamos de la cultura acumulada por las generaciones pasadas pensamos fundamentalmente en sus logros materiales, en la forma de los instrumentos, en la maquinaria, en los edificios, en los monumentos... ¿Es esto cultura? Desde luego son las formas materiales en las que se ha ido depositando la cultura –cultura material–. Ella es la que crea, sobre las bases proporcionadas por la naturaleza, el marco fundamental de nuestras vidas, nuestra vida cotidiana, nuestro trabajo creativo. Pero la parte más preciosa de la cultura es la que se deposita en la propia conciencia humana, los métodos, costumbres, habilidades adquiridas y desarrolladas a partir de la cultura material preexistente y que, a la vez que son resultado suyo, la enriquecen. Por tanto, consideraremos como firmemente demostrado que la cultura es un producto de la lucha del hombre por la supervivencia, por la mejora de sus condiciones de vida, por el aumento de poder. Pero de estas bases también han surgido las clases. A través de su proceso de adaptación a la naturaleza, en conflicto con las fuerzas exteriores hostiles, la sociedad humana se ha conformado como una compleja organización

* Publicado en 1926/27.

clasista. La estructura de clase de la sociedad ha determinado en alto grado el contenido y la forma de la historia humana, es decir, las relaciones materiales y sus reflejos ideológicos. Esto significa que la cultura histórica ha poseído un carácter de clase.

La sociedad esclavista, la feudal, la burguesa, todas han engendrado su cultura correspondiente, diferente en sus distintas etapas y con multitud de formas de transición. La sociedad histórica ha sido una organización para la explotación del hombre por el hombre. La cultura ha servido a la organización de clase de la sociedad. La sociedad de explotadores ha creado una cultura a su imagen y semejanza. ¿Pero debemos estar por esto en contra de toda la cultura del pasado?

Aquí existe, de hecho, una profunda contradicción. Todo lo que ha sido conquistado, creado, construido por los esfuerzos del hombre y que sirve para reforzar el poder del hombre, es cultura. Sin embargo, dado que no se trata del hombre individual, sino del hombre social, dado que en su esencia la cultura es un fenómeno sociohistórico y que la sociedad histórica ha sido y continúa siendo una sociedad de clases, la cultura se convierte en el principal instrumento de la opresión de clase. Marx dijo: “Las ideas dominantes de una época son esencialmente las ideas de su clase dominante”. Esto también se aplica a toda la cultura en su conjunto. Y, no obstante, nosotros decimos a la clase obrera: asimila toda la cultura del pasado, de otra forma no construirás el socialismo. ¿Cómo se explica esto?

Sobre esta contradicción mucha gente ha dado un traspie, y si los tropezones son tan frecuentes es porque se enfoca la concepción de la sociedad de clases de una forma superficial, semiidealista, olvidando que lo fundamental de ella es la organización de la producción. Cada sociedad de clases se ha constituido sobre determinados métodos de lucha contra la naturaleza, y estos métodos se han ido modificando siguiendo el desarrollo de la técnica. ¿Qué es lo primero, la organización clasista de una sociedad o sus fuerzas productivas? Sin duda, sus fuerzas productivas. Sobre ellas es sobre lo que, dependiendo de su desarrollo, se modelan y remodelan las sociedades. En las fuerzas productivas se expresa de forma material la habilidad económica de la humanidad, su habilidad histórica, para asegurarse la existencia. Sobre estos cimientos dinámicos se levantan las clases que, en su interrelación, determinan el carácter de la cultura.

Y ahora, antes que nada, nos tenemos que preguntar con respecto a la técnica: ¿es únicamente un instrumento de la opresión de clase? Basta

exponer tal problema para que se conteste inmediatamente: No; la técnica es la principal conquista de la humanidad; aunque hasta el momento haya servido como instrumento de explotación, al mismo tiempo es la condición fundamental para la emancipación de los explotados. La máquina estrangula al esclavo asalariado dentro de su puño; pero el esclavo sólo puede liberarse a través de la máquina. Aquí está la raíz del problema.

Si no olvidamos que la fuerza impulsora del proceso histórico es el desarrollo de las fuerzas productivas, liberando al hombre de la dominación de la naturaleza, entonces encontramos que el proletariado necesita conocer la totalidad de los conocimientos y técnicas creadas por la humanidad en el curso de su historia, para elevarse y reconstruir la vida sobre los principios de la solidaridad.

“¿Impulsa la cultura a la técnica, o es la técnica la que impulsa a la cultura?”, plantea una de las preguntas que tengo ante mí por escrito. Es erróneo plantear la cuestión de tal forma. La técnica no puede ser enfrentada a la cultura, ya que constituye su principal instrumento. Sin técnica no existe cultura. El desarrollo de la técnica impulsa la cultura. Y la ciencia o la cultura general levantadas sobre la base de la técnica constituyen, a su vez, una potente ayuda para el desarrollo posterior de la técnica. Nos encontramos ante una interacción dialéctica.

Camaradas, si queréis un ejemplo sencillo, pero expresivo de las contradicciones contenidas en la propia técnica, no encontraréis otro mejor que el de los ferrocarriles. Si veis los trenes de pasajeros de Europa occidental, apreciaréis que tienen coches de diferentes “Clases”. Estas clases nos traen a la memoria las clases de la sociedad capitalista. Los coches de primera son para los privilegiados círculos superiores; los de segunda clase, para la burguesía media; los de tercera, para la pequeña burguesía, y los de cuarta, para el proletariado, que antiguamente fue llamado, con muy buena razón, el Cuarto Estado. En sí mismos, los ferrocarriles suponen una conquista técnico-cultural colosal para la humanidad y en un solo siglo han transformado la faz de la Tierra. Pero la estructura clasista de la sociedad también repercute en la de los medios de comunicación; y nuestros ferrocarriles soviéticos aún están muy lejos de la igualdad no sólo porque utilizan los coches heredados del pasado, sino también porque la N. E. P. prepara el camino para la igualdad, pero no la realiza.

Antes de la época del ferrocarril la civilización se desarrollaba junto a las costas de los mares y las riberas de los grandes ríos. El ferrocarril abrió

continentes enteros a la cultura capitalista. Una de las principales causas, si no la principal, del atraso y la desolación del campo ruso es la carencia de ferrocarriles, carreteras y caminos vecinales. Así, las condiciones en que viven la mayoría de las aldeas son todavía precapitalistas. Tenemos que vencer lo que es nuestro mayor aliado y a la vez nuestro más grande adversario: nuestros grandes espacios. La economía socialista es una economía planificada. La planificación supone principalmente comunicación; y los medios de comunicación más importantes son las carreteras y los ferrocarriles. Toda nueva línea de ferrocarril es un camino hacia la cultura, y en nuestras condiciones también un camino hacia el socialismo. Además, al progresar la técnica de las comunicaciones y la prosperidad del país, el entorno social de nuestros ferrocarriles cambiará: desaparecerá la separación en distintas “clases”, todo el mundo podrá viajar en coches cómodos... y ello si en ese momento la gente todavía viaja en tren y no prefiere el aeroplano, cuando sea accesible a todos.

Tomemos otro ejemplo: los instrumentos del militarismo, los medios de exterminio. En este campo, la naturaleza clasista de la sociedad se expresa de un modo especialmente candente y repulsivo. Sin embargo, no existe sustancia destructiva (explosiva o venenosa), cuyo descubrimiento no haya sido en sí mismo una importante conquista científica y técnica. Las sustancias explosivas o las venenosas también se usan para fines creativos y han abierto nuevas posibilidades en el campo de la investigación.

El proletariado sólo puede tomar el poder quebrando la vieja maquinaria del Estado clasista. Nosotros hemos llevado a cabo esta tarea como nadie lo había hecho antes. Sin embargo, al construir la maquinaria del nuevo Estado hemos tenido que utilizar, en un grado bastante considerable, elementos del viejo. La futura reconstrucción socialista de la maquinaria estatal está estrechamente ligada a nuestras realizaciones políticas, económicas y culturales.

No debemos destrozarnos la técnica. El proletariado ha tomado posesión de las fábricas equipadas por la burguesía en el mismo estado en que las encontró la revolución. El viejo equipo todavía nos sirve. Este hecho nos muestra de manera gráfica y directa que no podemos renunciar a la “herencia”. Sin embargo, la vieja técnica, en el estado en que la hemos encontrado, es completamente inadecuada para el socialismo, al constituir una cristalización de la anarquía de la economía capitalista. La competencia entre diferentes empresas a la busca de ganancias, la desigualdad de desarrollo

entre los distintos sectores de la economía, el atraso de ciertos campos, la atomización de la agricultura, la apropiación de fuerza humana, todo ello encuentra en la técnica una expresión de hierro y bronce. Pero mientras la maquinaria de la opresión de clase puede ser destruida por un golpe revolucionario, la maquinaria productiva de la anarquía capitalista sólo puede ser reconstruida en forma gradual. El período de restauración en base al viejo equipo no ha hecho más que colocarnos ante el umbral de esta enorme tarea. Debemos completarla cueste lo que cueste.

La cultura espiritual es tan contradictoria como la material. Y si de los arsenales y de los almacenes de la cultura material tomamos y ponemos en circulación no arcos y flechas, ni instrumentos de piedra, o de la Edad de Bronce, sino las herramientas más desarrolladas y de técnica más moderna de que podemos disponer, en lo referente a la cultura espiritual debemos actuar de la misma forma.

El fundamental elemento de la cultura de la vieja sociedad era la religión. Poseyó una importancia suprema como forma de conocimiento y unidad humana; pero por encima de todo, en ella se reflejaba la debilidad del hombre frente a la naturaleza y su impotencia dentro de la sociedad. Nosotros rechazamos totalmente la religión y todos sus sustitutos.

Con la filosofía resulta distinto. De la filosofía creada por la sociedad de clases debemos tomar dos elementos inapreciables: el materialismo y la dialéctica. Gracias a la combinación orgánica de ambos, Marx creó su método y levantó su sistema. Y éste es el método que sustenta al leninismo.

Si pasamos a examinar la ciencia, en el estricto sentido del término, es obvio que nos encontramos ante una enorme reserva de conocimientos y técnicas acumuladas por la humanidad a través de su larga existencia. Es verdad que se puede mostrar que en la ciencia, cuyo propósito es el conocimiento de la realidad, hay muchas adulteraciones tendenciosas de clase. Si hasta los ferrocarriles expresan la posición privilegiada de unos y la pobreza de otros, esto aparece todavía más claro en la ciencia, cuyo material es en gran parte más flexible que el metal y la madera con los que están hechos los coches de tren. Pero tenemos que reconocer el hecho de que el trabajo científico se alimenta fundamentalmente de la necesidad de lograr el conocimiento de la naturaleza. Aunque los intereses de clase han introducido y todavía introducen tendencias falsas hasta en las ciencias naturales, este proceso de falsificación está restringido a unos límites tras los cuales empezaría a impedir directamente el proceso tecnológico. Si examináis las

ciencias naturales de arriba abajo, desde la acumulación de hechos elementales hasta las generalizaciones más elevadas y complejas, cuanto más cercana a la materia y a los hechos permanece, más fidedignos son los resultados finales, y, por el contrario, cuanto más amplias son las generalizaciones y más se aproxima la ciencia natural a la filosofía, más sujetas están a la influencia de los intereses de clase.

Las cosas son más complicadas y difíciles al acercarnos a las ciencias sociales y a las llamadas “humanidades”. También en esta esfera, por supuesto, lo fundamental es conseguir el conocimiento de lo existente. Gracias a este hecho tenemos la brillante escuela de los economistas burgueses clásicos. Pero los intereses de clase, que actúan mucho más directamente y con mayor vigor en el campo de las ciencias sociales que en el de las ciencias naturales, pronto frenaron el desarrollo del pensamiento económico de la sociedad burguesa. Sin embargo, en este campo los comunistas estamos mejor equipados que en ningún otro. Los teóricos socialistas, despertados por la lucha obrera, han partido de la ciencia burguesa para después criticarla, y han creado a través de los trabajos de Marx y Engels el potente método del materialismo histórico y la espléndida aplicación de este método en *El Capital*. Esto no significa, desde luego, que estemos vacunados contra la influencia de las ideas burguesas en el campo de la economía y la sociología. En absoluto; a cada paso, las más vulgares tendencias del socialismo profesional y de la pequeña burguesía Narodniki, han puesto en circulación entre nosotros los viejos “tesoros” del conocimiento, aprovechando para colar su mercancía en las deformadas y contradictorias relaciones de la época de transición. A pesar de todo, en esta esfera contamos con los criterios indispensables del marxismo verificados y enriquecidos por las obras de Lenin. Y rebatiremos con más vigor a los economistas y a los sociólogos vulgares si no cerramos los ojos a la experiencia cotidiana y si consideramos el desarrollo mundial como una totalidad, sabiendo distinguir sus rasgos fundamentales bajo los que no son más que simples cambios coyunturales.

En general, en el campo del derecho, la moral o la ideología, la situación de la ciencia burguesa es todavía más lamentable que en el de la economía. Para encontrar una perla de conocimiento auténtico en estas esferas es necesario rebuscar en decenas de estercoleros profesionales.

La dialéctica y el materialismo son los elementos básicos del conocimiento marxista del mundo. Pero esto no significa que puedan ser aplica-

dos a cualquier campo del conocimiento como si se tratara de una llave maestra. La dialéctica no puede ser impuesta a los hechos, sino que tiene que ser deducida de ellos, de su naturaleza y desarrollo. Solamente una concienzuda labor sobre una enorme masa de materiales posibilitó a Marx aplicar el sistema dialéctico a la economía, y extraer la concepción del valor como trabajo social. Marx construyó de la misma forma sus obras históricas, e incluso sus artículos periodísticos. El materialismo dialéctico únicamente puede ser aplicado a nuevas esferas del conocimiento si nos situamos dentro de ellas. Para superar la ciencia burguesa es preciso conocerla a fondo; y no llegaréis a ninguna parte con críticas superficiales mediante órdenes vacías. El aprender y el aplicar van codo a codo con el análisis crítico. Tenemos el método, pero el trabajo a realizar es suficiente para varias generaciones.

La crítica marxista en la ciencia debe ser vigilante y prudente, de otra forma podría degenerar en nueva charlatanería, en famusovismo¹. Tomad la psicología; incluso la reflexología de Pavlov está completamente dentro de los cauces del materialismo dialéctico; rompe definitivamente la barrera existente entre la fisiología y la psicología. El reflejo más simple es fisiológico, pero un sistema de reflejos es el que nos da la “consciencia”. La acumulación de la cantidad fisiológica da una nueva cantidad “psicológica”. El método de la escuela de Pavlov es experimental y concienzudo. Poco a poco se va avanzando en las generalizaciones: desde la saliva de los perros a la poesía —a los mecanismos mentales de la poesía, no a su contenido social—, aun cuando los caminos que nos conducen a la poesía aún no hayan sido desvelados.

La escuela del psicoanalista vienés Freud procede de una manera distinta. Da por sentado que la fuerza impulsora de los procesos psíquicos más complejos y delicados es una necesidad fisiológica. En este sentido general es materialista, incluso la cuestión de si no da demasiada importancia a la problemática sexual en detrimento de otras, es ya una disputa dentro de las fronteras del materialismo. Pero el psicoanalista no se aproxima al problema de la consciencia de forma experimental, es decir, yendo del fenómeno más inferior al más elevado, desde el reflejo más sencillo al más

¹ Famusov, personaje de teatro, pequeñoburgués y pedante.

complejo, sino que trata de superar todas estas fases intermedias de un salto, de arriba hacia abajo, del mito religioso al poema lírico o el sueño a los fundamentos psicológicos de la psique.

Los idealistas nos dicen que la psique es una entidad independiente, que el “alma” es un pozo sin fondo. Tanto Pavlov como Freud piensan que el fondo pertenece a la fisiología. Pero Pavlov desciende al fondo del pozo, como un buzo, e investiga laboriosamente subiendo poco a poco a la superficie, mientras que Freud permanece junto al pozo y trata de captar, con mirada penetrante, la forma de los objetos que están en el fondo. El método de Pavlov es experimental; el de Freud está basado en conjeturas, a veces en conjeturas fantásticas. El intento de declarar al psicoanálisis “incompatible” con el marxismo y volver la espalda a Freud es demasiado simple, o más exactamente demasiado simplista. No se trata de que estemos obligados a adoptar su método, pero hay que reconocer que es una hipótesis de trabajo que puede producir y produce sin duda deducciones y conjeturas que se mantienen dentro de las líneas de la psicología materialista. Dentro de su propio método, el procedimiento experimental facilitaría las pruebas para estas conjeturas. Pero no tenemos ni motivo ni derecho para prohibir el otro método, ya que, aun considerándole menos digno de confianza, trata de anticipar la conclusión a la que el método experimental se acerca muy lentamente.

Por medio de estos ejemplos quería mostrar, aunque sólo fuera parcialmente, tanto la complejidad de nuestra herencia científica como la complejidad de los caminos por los que el proletariado ha de avanzar para apropiarse de ella. Si no podemos resolver por decreto los problemas de la construcción económica y tenemos que “aprender a negociar”, así tampoco puede resolver nada en el campo científico la publicación de breves órdenes; con ellas sólo conseguiríamos hacer daño y mantener la ignorancia. Lo que necesitamos en este campo es “aprender a aprender”.

El arte es una de las formas mediante las que el hombre se sitúa en el mundo; en este sentido el legado artístico no se distingue del científico o del técnico, y no es menos contradictorio que ellos. Sin embargo, el arte, a diferencia de la ciencia, es una forma de conocimiento del mundo, no un sistema de leyes, sino un conjunto de imágenes y, a la vez, una manera de crear ciertos sentimientos o actividades. El arte de los siglos pasados ha hecho al hombre más complejo y flexible, ha elevado su mentalidad a un grado superior y le ha enriquecido en todos los órdenes. Este enriqueci-

miento constituye una preciosa conquista cultural. El conocimiento del arte del pasado es, por tanto, una condición necesaria tanto para la creación de nuevas obras artísticas como para la construcción de una nueva sociedad, ya que lo que necesita el comunismo son personas de mente muy desarrollada. ¿Pero puede el arte del pasado enriquecernos con un conocimiento artístico del mundo? Puede precisamente porque es capaz de nutrir nuestros sentimientos y educarlos. Si repudiáramos el arte del pasado de modo infundado, nos empobreceríamos espiritualmente.

Hoy en día se advierte una tendencia a defender la idea de que el único propósito del arte es la inspiración de ciertos estados de ánimo y de ninguna manera el conocimiento de la realidad. La conclusión que se extrae de ella es: ¿con qué clase de sentimientos no nos infectará el arte de la nobleza o de la burguesía? Esta concepción es radicalmente falsa. El significado del arte como medio de conocimiento –también para la masa popular, e incluso especialmente para ella– es muy superior a su significado “sentimental”. La vieja épica, la fábula, la canción, los relatos o la música popular proporcionan un tipo de conocimiento gráfico, iluminan el pasado, dan un valor general a la experiencia y sólo en conexión con ellos y gracias a esta conexión nos podemos “sintonizar”. Esto también se aplica a toda la literatura en general, no sólo a la poesía épica, sino también a la lírica. Se aplica a la pintura y a la escultura. La única excepción, a cierto nivel, es la música, ya que su efecto, aunque poderoso, resulta parcial. También la música, por supuesto, proporciona un determinado conocimiento de la naturaleza, de sus sonidos y ritmos; pero aquí el conocimiento yace tan soterrado, los resultados de la inspiración de la naturaleza son a tal grado refractados a través de los nervios de la persona, que la música aparece como una “revelación” autosuficiente. A menudo se han hecho intentos de aproximar al resto de las formas artísticas a la música, considerando a ésta como el arte más “infeccioso”, pero esto siempre ha significado una depreciación del papel de la inteligencia en el arte, a favor de una sentimentalidad informe, y en este arte estos intentos han sido y son reaccionarios... Desde luego, lo peor de todo son aquellas obras de “arte” que ni ofrecen conocimientos gráficos ni “infección” artística, sino pretensiones desorbitadas. En nuestro país se imprimen no pocas obras de arte de este tipo, y desafortunadamente no en los libros de texto de arte, sino en miles de copias...

La cultura es un fenómeno social. Precisamente por ello el lenguaje, como órgano de intercomunicación entre los hombres, es un instrumento

de la mayor importancia. La cultura del propio lenguaje es la condición más importante para el desarrollo de todas las ramas de la cultura, especialmente la ciencia y el arte. De la misma forma que la técnica no está satisfecha de los viejos aparatos de medición y crea otros nuevos, micrómetros, voltímetros..., tratando de obtener y obteniendo mayor precisión, así en materia de lenguaje de capacidad para escoger las palabras adecuadas y combinarlas de la forma adecuada, se requiere un trabajo sistemático y tenaz para conseguir el mayor grado de precisión, claridad e intensidad. La base de este trabajo debe ser la lucha contra el analfabetismo, semianalfabetismo y el alfabetismo rudimentario. El próximo paso será la asimilación de la literatura clásica rusa.

Sí, la cultura fue el principal instrumento de la opresión de clase; pero también es, y sólo ella puede serlo, el instrumento de la emancipación socialista.

LAS TENDENCIAS FILÓSOFICAS DEL BUROCRATISMO

Ahora disponemos de condiciones favorables para estudiar la cuestión de las tendencias filosóficas del burocratismo. Como es bien sabido, la burocracia no ha sido nunca una clase independiente. En última instancia, siempre ha servido a una u otra de las clases fundamentales de la sociedad –pero sólo en última instancia, y a su manera–, es decir tratando de sufrir lo menos posible. Es cierto que con bastante frecuencia, un sector de clase o una capa de una clase, va a llevar adelante una lucha descarnada por su porción de la renta y del poder, y esto es más cierto aún para la burocracia, que constituye el sector más organizado y centralizado de la sociedad civil y que, al mismo tiempo, se eleva por encima de la sociedad, incluso sobre la clase a la que sirve.

La burocracia obrera no constituye una excepción a esta definición general de este grupo social que gobierna y administra y que es, en consecuencia, privilegiado. Los métodos y hábitos de la administración –que, desde luego, es la principal función social de la burocracia y la fuente de su preeminencia– dejan inevitablemente una impronta bien marcada en todo su modo de pensar. No es casual que palabras tales como “burocrático” y “formalismo” se apliquen no sólo a un sistema de administración o gestión, sino también a un modo definido del pensamiento humano. Las características de este modo de pensar van más allá de los departamentos gubernamentales. Estas características también pueden encontrarse en la filosofía. Sería una muy grata tarea la de investigar la impronta del pensamiento burocrático a través de toda la historia de la filosofía, comenzando por la ascensión del estado policíaco monárquico, que ha reunido en torno a él todas a las fuerzas intelectuales del país en el que se originó. Pero esta es una cuestión particular. Lo que nos interesa aquí es una cuestión parcial –pero de gran importancia actual–, la tendencia a la degeneración burocrática en el plano teórico, exactamente dentro del partido, como dentro de los sindicatos y del Estado. Se puede decir, *a priori*, que, en la medida en que la existencia determina la conciencia, el burocratismo estaba condenado a realizar progresos devastadores tanto en el plano teórico como en todos los otros terrenos.

El sistema más apropiado de pensamiento para una burocracia es la teoría de la causalidad múltiple, de la multiplicidad de los “factores”. Esta teoría se levanta sobre la base más grande de la propia división social del trabajo, en particular de la separación del trabajo intelectual y manual. Únicamente es por este camino que la humanidad emerge de la dificultad del monismo primitivo. Pero, la forma perfeccionada de la teoría de los múltiples factores, que transforma a la sociedad humana, y en su movimiento, al mundo entero, en un producto de juegos mutuos (o en lo que se puede llamar “las relaciones entre categorías”) de factores variados y fuerzas administrativas, en la que a cada uno se le asigna su propia provincia particular o zona de jurisdicción —este tipo de sistema puede ser elevado al status de “perla de la creación” solamente si existe una jerarquía burocrática, que con todos estos ministros en los departamentos, se eleva por encima de la sociedad. Un sistema burocrático, tal como lo ha demostrado la experiencia, necesita de un individuo único para coronar el sistema. La burocracia se originó durante la monarquía y por ende, tiene su punto de apoyo, históricamente heredado, en la cumbre. Pero aún en los países republicanos, el burocratismo ha dado origen, más de una vez al cesarismo, al bonapartismo o a la dictadura personal del fascismo, toda vez que la relación de fuerzas entre las clases fundamentales abría la posibilidad de que un simple individuo se apodere del poder supremo o se establezca para coronar el sistema.

La teoría de los factores que se bastan a sí mismos, tanto en la sociedad como en la naturaleza, exige en última instancia ser coronada por el poder de un solo hombre, exactamente como por una oligarquía de ministros poderosos. En las cuestiones prácticas se plantea sin embargo una pregunta inevitable: ¿quién va a guiar y a coordinar, en última instancia, la actividad de los distintos ministros más o menos autónomos y no responsables, si no existe ni un super ministro ni un super burócrata? Al mismo tiempo, en el plano teórico, el mismo tipo de preguntas se generan en lo concerniente a la teoría de los factores, en la sociedad y en la naturaleza a la vez. Después de todo ¿quién puso estos factores en su lugar? ¿Quién les ha dado sus necesarios poderes de jurisdicción? En una palabra, si en política el burocratismo exige un zar o un dictador, no importa cual sea su mediocridad, entonces, en teoría, el pluralismo de los factores exige un dios de talla tan liviana como pueda ser esta divinidad. Los partidarios de la realeza franceses, no sin un toque de humor, acusaban al sistema burocrá-

tico de la III^o República de tener “un agujero en la cumbre”. Las cosas se han desarrollado de manera tal que, durante más de medio siglo, la Francia burguesa fue gobernada por una burocracia disimulada detrás de un sistema parlamentario, es decir, con “un agujero en la cumbre”. Lo mismo ocurre con la filosofía, especialmente con la filosofía social e histórica. La filosofía no encuentra siempre en ella misma el coraje de tapar el agujero en la cumbre con el super factor de la divinidad. En lugar de ello, le brinda al mundo la ocasión de ser gobernado por una oligarquía esclarecida.

Por esencia, la teoría de los factores múltiples no es viable sin una divinidad. Dispersa simplemente la omnipotencia divina entre los diferentes maestros menores, con poderes más o menos iguales: economía, política, derecho, moral, ciencias, religión, estética, etc. Cada uno de esos factores tiene sus propios sub-agentes, cuyo número aumenta o disminuye en función de lo que es cómodo para la autoridad administrativa –es decir, por el nivel dado de conocimientos teóricos. En todo caso, poder y autoridad provienen de la “cumbre”, desde los “factores” hasta los hechos. Es esto lo que le da al sistema su carácter idealista. Cada factor que, por esencia, no es más que un término generalizado para un grupo de hechos similares u homogéneos, recibe poderes especiales *inmanentes* –poderes supuestamente inherentes a los llamados factores– para gobernar al conjunto de los hechos y la jurisdicción pensada para ellos. Exactamente como algunos burócratas gobernantes, incluidos los republicanos, cada factor se aprovecha de la gracia necesaria, aun cuando ésta esté secularizada, para administrar los asuntos del departamento que le ha sido confiado. Llevada a su conclusión extrema, la teoría de los factores es una variedad particular, y muy difundida, del idealismo inmanente.

La fragmentación de la naturaleza en factores subsidiarios era un escalón necesario en la larga escalera en que la conciencia humana se elevó del caos primitivo. Sin embargo, en realidad, la cuestión de la interacción de factores, de su jurisdicción, de sus orígenes, no hacen más que plantear las cuestiones más relevantes de la filosofía. La ruta debe, o bien ascender hacia el acto de creación y hacia un Creador, o bien descender al polvo terrestre, en el que los seres humanos no son más que un producto –es decir, descender a la naturaleza y a la materia. El materialismo no rechaza los factores, así como la dialéctica no rechaza la lógica. El materialismo utiliza a los factores como un sistema de clasificación de los fenómenos que aparecieron históricamente –cualquiera sea el modo en que su esencia

espiritual pueda ser “delimitada” – a partir de las fuerzas productivas subyacentes y de las relaciones sociales y a partir de las bases naturales, históricas, es decir materiales, de la naturaleza.

¿Qué es la dictadura del proletariado? Es una correlación organizada de las clases bajo una determinada forma. Esas clases, sin embargo, no permanecen inmóviles, sino que cambian material y psicológicamente, cambiando, en consecuencia, la relación de fuerzas entre ellas, es decir, reforzando o debilitando la dictadura del proletariado. Esto es la dictadura para un marxista. Pero, para un burócrata, la dictadura es un factor autónomo, autosuficiente, o una categoría metafísica que se sostiene por encima de la verdadera relación entre las clases y que lleva en ella misma todas las garantías necesarias. En la cúspide de esto, cada burócrata tiende a ver la dictadura como un ángel guardián colgado encima de su escritorio.

Erigidos sobre esta concepción metafísica de la dictadura se alzan todos los argumentos en el sentido que, como tenemos una dictadura del proletariado, el campesinado no tendría diferenciación, los kulaks no podrían fortalecerse, y si los kulaks se fortalecieran esto significaría que ellos se transformarían en socialismo. En una palabra, la dictadura se convierte, de una relación de clases en un principio autosuficiente, relación en la que los fenómenos económicos, en cierto modo, no son más que una emanación. Por supuesto, ningún burócrata lleva este sistema hasta el final. Son demasiado empíricos para ello, están muy estrechamente ligados a su propio pasado. Pero, sus pensamientos, según estas líneas precisas, y las fuentes teóricas de sus errores, deben buscarse en este camino.

El marxismo ha trascendido la teoría de los factores para llegar al monismo histórico. El proceso que vemos ahora tiene un carácter de regresión, ya que representa un movimiento que se aleja del marxismo hacia una oligarquía metafísica de los factores.

“La importancia de la teoría. Algunos piensan que el leninismo es la primacía de la práctica sobre la teoría en el sentido de que no es más que la traducción de las tesis marxistas en hechos, su ‘ejecución’. En cuanto a la teoría, se dice más bien que al leninismo no le concernía” (*Los fundamentos del leninismo*, edición rusa de 1928)

Este pasaje es un verdadero microcosmos de Stalin. Representa igualmente su profundidad teórica, su vivacidad polémica, su honestidad con

relación a sus oponentes. Cuando Stalin decía: “algunos piensan”, hablaba de mí, en un tiempo en el que aún no se decidía a llamarme por mi nombre. Todos los profesores, periodistas, críticos, aún no estaban esposados, y Stalin no se había asegurado aún a sí mismo la última palabra, ni en la mayoría de los casos, la palabra única. Tenía necesidad de atribuirme la afirmación absurda de que al leninismo no le atañía la teoría. ¿Cómo podía hacerlo? Al decir “algunos piensan” que el leninismo *no es más que* “la traducción de las tesis marxistas en hechos”, no es más que una “ejecución”. Esta es la traducción que hace Stalin de mis palabras: “el leninismo, es el marxismo en acción”. Como quiera que sea, mi formulación implicaba que al leninismo no le atañía la teoría. Pero, ¿cómo es posible para alguien *traducir la teoría marxista en acción* a la vez que “no le concernía la teoría”? La actitud del mismo Stalin para con la teoría no puede calificarse de esa manera, por la única razón que ella le es indiferente al maniobrar. Pero, por esta misma razón, a nadie se le ocurriría decir que Stalin traduce la teoría en hechos. Lo que Stalin traduce en hechos son las exigencias de la burocracia, los impulsos subterráneos de las fuerzas de clase. El leninismo es el marxismo en acción, es decir la teoría que ha tomado carne y sangre. Esta formulación no podía ser descripta como una indiferencia con relación a la teoría más que por alguien que se sofoca en su propio despecho. Para Stalin, esta situación es normal. La apariencia exterior del incoloro carácter burocrático de sus artículos y discursos mal disimula el odio devorador que le profesa a todo lo que supera su propio nivel. Al mismo tiempo, el pensamiento sobre sí mismo de Stalin, como un escorpión, a menudo golpea su propia cabeza con su cola envenenada.

¿Qué significa la afirmación: “el leninismo es la primacía de la práctica ante la teoría”? Aquí, incluso la gramática es mala. Se debería decir: “la primacía *sobre* la teoría” o “con relación a la teoría”. El problema, por supuesto, no es por la gramática, la que tiene en general una existencia precaria en las páginas de *Problemas del leninismo* de Stalin. Lo que importa es el contenido filosófico de esa frase. El autor argumenta en contra de la idea de que el leninismo procede de la primacía de la práctica sobre la teoría. Pero, después de todo, esto es la esencia del materialismo. Aún cuando utilizamos el viejo término filosófico superado de primacía, es necesario decir que la práctica tiene la misma primacía indiscutible sobre la teoría como el ser sobre la conciencia, la materia sobre el espíritu y el todo sobre las partes. Ya que la teoría nace de la práctica, está engendrada por

las necesidades prácticas, y constituye una generalización más o menos incompleta o imperfecta de la práctica.

En ese caso, ¿los empiristas no tienen razón dado que se orientan por medio de la práctica “directa” como tribunal supremo de la autoridad? ¿No son ellos, en este caso, los materialistas más consistentes? No, ellos no representan más que una caricatura de materialismo. Ser guiado por la teoría es ser guiado por generalizaciones basadas en toda la experiencia práctica anterior de la humanidad, con el fin de poder pautar, con el mayor éxito posible, uno u otro problema práctico de hoy. De ese modo, a través de la teoría, descubrimos precisamente la primacía de la práctica en su conjunto sobre los aspectos particulares de la práctica.

Al afirmar la primacía de la economía sobre la política, Bakunin rechazaba la lucha política. No comprendía que la política es economía generalizada y que, en consecuencia, es imposible resolver los problemas económicos más importantes, es decir, los más generales, evitando generalizarlos por la política.

Y ahora es posible apreciar la tesis filosófica de Stalin, sobre la importancia de la teoría. Pone de cabeza la relación verdadera entre teoría y práctica. Pone un signo igual entre la aplicación práctica de la teoría y el menosprecio de la teoría, atribuye a su adversario una idea, evidentemente absurda, y lo hace con las peores intenciones, especulando con los instintos más bajos del lector mal informado. Esta tesis, perfectamente contradictoria, se destruye a sí misma además, en un total desconcierto gramatical. Es por ello que lo hemos llamado un microcosmos.

¿Qué clase de definición del leninismo oponía Stalin a la mía? He aquí la definición que unió a Stalin, Zinoviev y Bujarin y que encontró su lugar en todos los manuales: “el leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Más exactamente, el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general y la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular”.

La inconsistencia de esta definición, y al mismo tiempo, su naturaleza contradictoria, se traicionan a partir de que nos preguntamos simplemente qué es el marxismo. Observemos una vez más los principales elementos.

Ante todo, el método dialéctico. Marx no es el inventor de este método y nunca pretendió serlo. Engels creía que era mérito de Marx el haber resucitado y defendido la dialéctica en los tiempos de los epígonos en filosofía y del empirismo estrecho en las ciencias positivas. Engels, en

su “antiguo prefacio” del *Anti-Dühring*, decía lo siguiente: “Es mérito de Marx que, al contrario de los epígonos groseros, arrogantes, mediocres, que ahora levantan la voz en una Alemania cultivada, fue el primero en poner en el centro de la escena el olvidado método dialéctico”. Marx no pudo hacer esto más que liberando a la dialéctica de su cautiverio idealista. Y aquí se plantea un enigma: ¿cómo es posible separar la dialéctica del idealismo de una manera tan mecánica? La respuesta a este enigma se encuentra en la dialéctica del propio proceso de conocimiento. Cada vez que una religión primitiva o mágica adquirió un conocimiento nuevo sobre alguna fuerza de las leyes naturales, inmediatamente contó a esta ley o a esta fuerza entre sus propios poderes. De la misma manera, el pensamiento cognoscitivo, al haber extraído las leyes de la dialéctica del proceso material, se atribuyó a sí mismo la dialéctica, al mismo tiempo, la dialéctica, a través de la filosofía hegeliana, se atribuyó una omnipotencia absoluta. El chaman¹ señala con precisión la creencia general de que la lluvia cae de las nubes. Pero se equivoca al pensar que, imitando una u otra característica de las nubes, podría hacer llover. Hegel se equivocó al hacer de la dialéctica el atributo inmanente del Espíritu Absoluto. Pero tenía razón en pensar que la dialéctica interviene en todos los procesos del universo, incluida la sociedad humana.

Al basarse en el conjunto de la filosofía materialista anterior y en el materialismo inconsciente de las ciencias naturales, Marx sacó la dialéctica de las superficies desprovistas del idealismo y la hizo mirar hacia la materia, su madre.

Es en este sentido que la dialéctica, habiendo encontrado nuevamente sus derechos a través de Marx y materializada por él, constituye el fundamento de la concepción marxista del mundo, el método fundamental del análisis marxista.

El segundo componente más importante del marxismo es el materialismo histórico, es decir, la aplicación de la dialéctica materialista a la estructura de la sociedad humana y a su desarrollo histórico. Sería erróneo disolver el materialismo histórico en el materialismo dialéctico, del que no es más que una aplicación. Para aplicar a la historia humana el materialismo dialéctico, era necesario un gran acto creador del pensamiento cognitivo.

¹ El chaman es un curandero con poderes extraordinarios vinculados sobre todo al éxtasis.

Este acto abrió una época nueva en la historia de la humanidad, cuya dinámica de clases está reflejada en él.

Se puede decir con total justificación que el darwinismo es una aplicación brillante –aunque no haya sido elaborada filosóficamente hasta el final– de la dialéctica materialista a la cuestión del desarrollo del mundo orgánico en toda su diversidad y multiplicidad. El materialismo histórico cae dentro de la misma categoría. Es una aplicación de la dialéctica materialista a una parte distinta, aunque enorme, del universo. La importancia práctica inmediata del materialismo histórico es en este momento incomparablemente mayor, ya que, por primera vez, da a la clase de vanguardia la ocasión de abordar la cuestión del destino humano de manera plenamente consciente. Únicamente la victoria completa del materialismo histórico en la práctica –es decir, el establecimiento de una sociedad socialista técnica y científicamente poderosa– abrirá la posibilidad práctica de una aplicación seria de las leyes del darwinismo a la propia especie humana, con el objetivo de modificar o superar las contradicciones biológicas que existen en los seres humanos.

El tercer componente del marxismo es su sistematización de las leyes de la economía capitalista. *El Capital* de Marx es una aplicación del materialismo histórico al plano de la economía humana en una etapa particular de su desarrollo, exactamente como el materialismo histórico en su conjunto es una aplicación de la dialéctica materialista al plano de la historia humana.

Los subjetivistas rusos –es decir, los empiristas de la escuela idealista y sus epígonos– reconocían plenamente la competencia y la autoridad del marxismo en el terreno de la economía capitalista, pero negaban que pueda ser aplicado correctamente a otras esferas de la actividad humana. Este tipo de separación descansa sobre una fetichización grosera de los factores históricos homogéneos distintos (economía, política, derecho, ciencias, arte, religión), que tejen la fabricación de la historia mediante su combinación y su interacción, exactamente como los compuestos químicos se forman por la combinación de elementos homogéneos distintos. Pero aún, además del hecho de que la dialéctica materialista ha triunfado también en química sobre el conservatismo empírico de Mendeleiev al demostrar la transmutabilidad de los elementos – aún dejando esto de lado, los factores históricos no tienen nada en común con los elementos en lo que concierne a la estabilidad y a la homogeneidad. La economía capitalista hoy descansa

sobre el fundamento de una técnica que sabe asimilar los frutos de todo el pensamiento científico anterior. La circulación capitalista de mercancías no es concebible más que en el marco de normas legales definidas. En Europa, estas se establecieron a través de la asimilación del derecho romano y su adaptación posterior a las necesidades de la economía capitalista.

La economía histórica y teórica de Marx muestra que el desarrollo de las fuerzas productivas, en una fase precisa, perfectamente describable, destruye ciertas formas económicas, en medio de otras formas, y, en el curso de este proceso, destruye el derecho, la moral, las ideas, las creencias; demuestra también que la introducción de un sistema de fuerzas productivas de un nuevo tipo y más elevado crea, por sus propias necesidades –siempre por los hombres, siempre por la actividad de los seres humanos– nuevas normas sociales, legales, políticas y otras, en el marco de las cuales esta etapa se provee del equilibrio dinámico que necesita. De este modo, la economía pura es una ficción. A lo largo y a lo ancho, a través de su estudio, Marx pone de relieve, con gran claridad, las correas de transmisión, los engranajes, los demás mecanismos de transmisión que conducen sus relaciones económicas a las fuerzas productivas y a la naturaleza misma, a la corteza terrestre, de la que los seres humanos son un producto; pero también las relaciones económicas que conducen hacia arriba, hacia lo que se llama los aparatos superestructurales y las formas ideológicas que siempre tomaron su alimento de la economía. Todos los hombres comen pan; la mayoría prefiere comerlo con manteca. En otros términos, existe una interacción constante entre la economía y la superestructura.

Así, sólo un eclecticismo desprovisto de talento puede hacer una falsa distinción entre el darwinismo y el materialismo histórico. Pero, al mismo tiempo, también sería completamente erróneo disolver simplemente el sistema económico de Marx en su teoría sociológica –o, para emplear la antigua terminología, en su teoría histórico-filosófica. En relación con el materialismo histórico, Marx y Engels establecieron los métodos fundamentales de la investigación sociológica y propusieron modelos de un alto nivel científico, aunque sólo hayan sido episódicos y en forma de folleto; los trabajos consagrados sobre todo a las crisis revolucionarias o a los periodos revolucionarios en la historia –por ejemplo, el ensayo de Engels sobre las guerras campesinas en Alemania, los escritos de ambos sobre el período de 1848-1851 en Francia, la Comuna de París, y así

ininterrumpidamente². Estos escritos son ilustraciones brillantes más que aplicaciones exhaustivas de la doctrina del materialismo histórico. No es más que en el campo de las relaciones económicas que Marx ha suministrado una aplicación más profunda de su método en los aspectos teóricos, aunque sea técnicamente deficiente. Lo hizo en un libro que es uno de los productos más consumados del pensamiento cognitivo en la historia humana, *El Capital*. Por esta obra es que la economía marxista puede ser aislada como un tercer componente, separado, del marxismo.

En la actualidad se pueden leer frecuentemente referencias a la psicología marxista, la ciencia natural marxista, y así infinitamente. Todo esto muestra más el deseo que la realidad, como también lo hacen los diversos discursos sobre la cultura proletaria y la literatura proletaria. Con frecuencia sucede que estas pretensiones no están basadas en nada sólido. Sería totalmente absurdo incluir el darwinismo o la tabla de Mendeleiev como elementos constituyentes del marxismo, a pesar del lazo que existe entre ellos. No hay duda de que una aplicación consciente de la dialéctica materialista a las ciencias naturales, con una comprensión científica de la influencia de la sociedad de clases sobre los objetivos, los métodos, las metas de la investigación científica, enriquecería a las ciencias naturales, y la reestructuraría en muchos aspectos, revelando nuevos lazos y conexiones, y dando a las ciencias naturales un lugar de una renovada importancia en nuestra comprensión del mundo. Cuando aparezcan en la esfera científica trabajos que hagan época, quizás sea posible hablar de biología marxista, de psicología marxista, etc.. Aunque seguramente, tal sistema tendrá un nuevo nombre. El marxismo no tiene la pretensión de ser un sistema absoluto. Tiene conciencia de su propio significado históricamente transitorio. Sólo una aplicación consciente de la dialéctica materialista a todos los ámbitos de la ciencia puede preparar y preparará los elementos necesarios para trascender al marxismo, lo que, dialécticamente, será, al mismo tiempo, el triunfo del marxismo. A partir de la semilla brota un tallo en el que crece una nueva espiga de trigo, en detrimento de la semilla que está muerta.

² Alusión a las obras *La guerra campesina en Alemania* (Engels), *La lucha de clases en Francia*, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, *La guerra civil en Francia* (Marx), *Revolución y contra revolución en Alemania* (Engels).

En sí mismo, el marxismo es un producto histórico y debe ser aprehendido de esta manera. Este marxismo histórico incluye en sí mismo a los tres elementos de base que habíamos mencionado: la dialéctica materialista, el materialismo histórico, y el análisis teórico y crítico de la economía capitalista. Tenemos en mente estos tres elementos cuando hablamos de marxismo, es decir, cuando hablamos de él de manera válida.

¿Quizás el sistema del materialismo histórico ha cambiado? Si ha sido así, ¿en donde encontró su expresión este cambio? ¿En el sistema ecléctico de Bujarin que se nos propone bajo el tinte de materialismo histórico? No, ciertamente que no. Aunque Bujarin reduzca el marxismo a práctica, no tiene el coraje de reconocer abiertamente su intento de crear una nueva teoría histórico-filosófica convenientemente adaptada a la nueva época, la era del imperialismo. En última instancia, la escolástica de Bujarin no conviene más que a su propio creador. Lukács hizo un intento más audaz, en principio, por ir más allá del materialismo histórico. Se arriesgó a anunciar que, con el inicio de la revolución de Octubre que representaba el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad, el materialismo histórico había dejado de existir y había dejado de responder a las necesidades de la era de la revolución proletaria. Sin embargo, con Lenin, nos habíamos reído mucho de este nuevo descubrimiento que, por decirlo moderadamente, era, por lo menos, prematuro.

Pero, si bien Stalin, Zinoviev y Bujarin no retomaron la teoría de Lukács —que dicho al pasar, su autor ha repudiado desde hace largo tiempo— ¿qué idea tuvieron exactamente?

Queda por decir que el tercer elemento del marxismo, su sistema económico, es el único aspecto en el que el desarrollo histórico, desde la época de Marx y Engels, introdujo, no solo un nuevo material fáctico, sino también formas cualitativamente nuevas. Pensamos en la nueva etapa de concentración y centralización de la producción, de la circulación, del crédito, las nuevas relaciones entre los bancos y la industria, y el nuevo rol del capital financiero y las organizaciones monopólicas del capital financiero. Pero no podemos hablar bajo este ángulo de ningún marxismo especial durante la época del imperialismo. Lo único que podemos decir aquí —y con plena justificación— es que *El Capital* de Marx necesita un capítulo suplementario, o un volumen entero suplementario, que incluyera a las nuevas formas de la época imperialista en el sistema de conjunto. No hay que olvidar que una parte importante de este trabajo fue hecho por ejemplo por

Hilferding en su libro sobre el capital financiero, escrito, dicho sea al pasar, bajo la influencia del saludable impulso dado por la revolución de 1905 al pensamiento marxista en Occidente. Sin embargo, no está en la cabeza de nadie incluir *El Capital financiero* de Hilferding como parte integrante del leninismo, aún cuando se le sacaran los elementos envenenados de pseudo marxismo –estos elementos pseudo marxistas que por cortesía geográfica llamamos “austro-marxismo”. Jamás se le ocurrió a Lenin que su genial panfleto sobre el imperialismo³ constituía una especie alguna de expresión teórica del leninismo como tipo especial de marxismo de la época imperialista. Sólo podemos imaginarnos los jugosos epítetos con que Lenin hubiera recompensado a los autores de semejante afirmación.

Si, por lo tanto, no encontramos una nueva dialéctica materialista, un nuevo materialismo histórico ni nuevas teorías del valor para la “época del imperialismo y la revolución proletaria”, ¿qué contenido debemos darle a la definición stalinista de leninismo que ha sido canonizada como definición oficial? La canonización de esta idea, dicho sea de paso, no prueba nada, ya que la canonización de declaraciones teóricas no son necesarias habitualmente más que cuando, como decía Tomás de Aquino, debemos creerlo precisamente a causa de lo absurdo de las cosas.

Movimientos atrasados en el marco del marxismo se han producido ya decenas de veces. Todas las regresiones a visiones teóricas premarxistas fueron presentadas hasta el momento en forma de críticas, renovaciones, aumentos –regresiones a ideas que han sido superadas por el marxismo en el curso de la batalla–. Pero el revisionismo no es tan abierto. E incluso el revisionismo abierto debe preparar su camino por socavamientos preliminares llevados frecuentemente bajo la presión de necesidades empíricas y no de objetivos fundamentados teóricamente.

El hecho de presentar al leninismo como una especie particular de marxismo específico de la época del imperialismo era necesario para revisar al marxismo y a esto, Lenin lo ha combatido durante toda su vida. En la medida en que la idea central de esta última revisión del marxismo era la línea reaccionaria del socialismo nacional (la teoría de la construcción del socialismo en un solo país), era necesario demostrar, o al menos proclamar, que el leninismo había tomado una posición nueva alrededor de este tema central de

³ Se trata de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917).

la teoría y de la política marxista, en oposición al marxismo de la época preimperialista. Ya hemos visto que Lenin había descubierto por sí mismo la ley del desarrollo desigual, que no podía tratarse de algo parecido a la época de Marx y Engels. Es precisamente en el absurdo a los que los Tomás de Aquino de nuestros días nos llaman a creer ciegamente. Sin embargo, lo que queda totalmente sin explicación, es por qué Lenin nunca se ha desmarcado a sí mismo sobre esta cuestión central de Marx y Engels y por qué no opuso jamás su “marxismo de la época imperialista” a un marxismo “puro y simple”. Dicho sea de paso, Lenin tenía un conocimiento mucho más sólido acerca de Marx que ninguno de los epígonos de hoy –al igual que una intolerancia orgánica para las afirmaciones inexactas o la falta de claridad en las cuestiones teóricas–. A Lenin lo caracterizaba una honestidad superior de la conciencia teórica, que, en casos aislados, hubiera podido parecer pedante a cualquiera que no reflexionara suficientemente. Conservaba sus cuentas corrientes ideológicas con Marx con el mismo cuidado meticuloso que podíamos ver en su propio y poderoso pensamiento y en su gratitud como discípulo. Y sin embargo, sobre la cuestión central del carácter internacional de la revolución socialista, Lenin no había hecho notar jamás su propia ruptura con la forma preimperialista del marxismo o, peor aún, lo había hecho notar pero lo habría guardado en secreto para sí mismo –aparentemente con la esperanza de que Stalin explicaría este secreto próximamente a una humanidad reconocida–. Y lo que Stalin ha hecho, creando el marxismo de la era del imperialismo, en unas pocas líneas totalmente mediocres, líneas que se han convertido en la pantalla para la revisión de sálvese quien pueda de Marx y Lenin a la que hemos asistido en el transcurso de estos últimos seis años.

Debemos remontarnos a la Edad Media para encontrar ejemplos análogos del ascenso de un sistema ideológico enteramente nuevo sobre la base de algunas líneas de un texto que fue mal interpretado o incorrectamente copiado. Así, los “viejos creyentes” se dejaban quemar vivos en nombre de algunas líneas de la Biblia mal copiadas.

En la historia del pensamiento social ruso del siglo XIX encontramos el caso de un grupo de intelectuales progresistas que habían interpretado incorrectamente las palabras de Engels: “todo lo que es real es racional” y que creían que éstas significaban que todo lo que existía era racional y que, en consecuencia, había adoptado una actitud extremadamente conservadora. Pero estos ejemplos son insignificantes –el primero por su antigüedad, el segundo por el escaso número de personas implicadas– en comparación al caso actual,

en el que una organización que influencia a millones de hombres, utiliza toda la maquinaria de levantamiento del aparato para aportar un punto de vista totalmente nuevo, que se apoya en una mala interpretación pueril de dos citas.

Pero, si las cosas hubieran estado realmente determinadas por textos mal copiados o por una lectura iletrada de ciertos textos, se podría caer en la desesperanza total en cuanto al futuro de la humanidad. En verdad, sin embargo, las reales fuerzas causales detrás de los ejemplos que hemos citado van más profundamente. Los “viejos creyentes”⁴ tenían razones materiales suficientemente sólidas para romper con la Iglesia oficial y el estado policíaco monárquico. En el caso de la *intelligentsia* radical de los años 1840, no tenía suficiente fuerza para combatir al régimen zarista y también, antes de alcanzar el punto en el que decidieron armarse de bombas terroristas –que ocurrió recién durante la siguiente generación–, trató de encontrar un terreno de acuerdo entre su recién despierta conciencia política y las realidades existentes, incluso por los medios de algún hegelianismo mal digerido.

Por último, la necesidad, de uno u otro modo, de cortar el cordón umbilical que liga la República Soviética con la revolución internacional – esta necesidad nació de las condiciones y el desarrollo existentes, de las derrotas de la revolución internacional y de la presión, dentro de las tendencias, de los propietarios del país. Los teóricos de la burocracia han elegido las citas de la misma manera que los curas de todas las religiones eligen los textos sagrados aplicables según las circunstancias existentes. Si bien, en relación a los textos, el burocratismo está obligado a hacer falsificaciones que arrojarían a la vergüenza a la mayor parte de los curas, la falta, aquí también, le incumbe a las circunstancias.

Pero, como ya lo hemos visto, a partir de la cita anterior, nuestro teórico tiene otra definición del leninismo que considera como “más precisa, es decir, el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general y la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular”. Sin embargo, esta definición, más precisamente formulada, compromete aún un poco más una definición que ya no tenía esperanzas.

⁴ Los “viejos creyentes” Raskolniki estuvieron en contra de las reformas del patriarca Nikon en 1654 en las que veían una influencia occidental y un atentado contra la tradición nacional (se trataba de corrección de errores perennes en el tiempo en el texto de las Escrituras). Su apóstol era el padre Avvakum.

Si el leninismo es “una teoría de la revolución proletaria en general”, entonces ¿qué es el marxismo? Marx y Engels lo anunciaron al mundo, a viva voz, en 1847 en el *Manifiesto Comunista*. ¿Qué otra cosa es este documento inmortal que el manifiesto de la “revolución proletaria en general”? Se podría decir con total justificación que toda la actividad teórica ulterior de estos dos grandes amigos no ha sido más que un comentario de este manifiesto. Al utilizar la consigna del “objetivismo” los marxistas académicos trataron de separar estas conclusiones revolucionarias de la contribución teórica del marxismo a la ciencia. Los epígonos de la IIª Internacional trataron de transformar a Marx en un evolucionista de una variedad de jardinería. Durante toda su vida Lenin combatió contra estos dos tipos, en el nombre del marxismo auténtico, es decir “de la teoría de la revolución proletaria en general, de la teoría de la dictadura del proletariado en particular”. ¿Qué significa, entonces, el intento por oponer la teoría leninista al marxismo?

En la búsqueda de un terreno donde oponer el leninismo al marxismo –con, por supuesto, toda suerte de caracterizaciones y de reservas desprovistas de sentido– Stalin se vuelve a un criterio histórico:

“Marx y Engels aparecieron en la escena en un período revolucionario (pensamos en la revolución proletaria), cuando no existía todavía un imperialismo desarrollado, en el período de preparación del proletariado para la revolución, cuando la revolución proletaria aún no era directa y prácticamente inevitable. Por otro lado, Lenin, el discípulo de Marx y Engels, se subió a las tablas en pleno período de desarrollo del imperialismo, el período de desarrollo de la revolución proletaria” (*Los fundamentos del leninismo*, edición rusa, 1928, pág. 74).

Aún dejando de lado el estilo sorprendente de estas líneas –Marx y Lenin subidos a las tablas “como actores provincianos”, aún es necesario reconocer que esta excursión en la historia es totalmente ininteligible. Es verdad que Marx ha estado activo en el transcurso del siglo XIX y no en el siglo XX, pero, por cierto, la esencia de toda la actividad de Marx y de Engels fue el haberse anticipado en forma teórica y el haber preparado el camino para la era de la revolución proletaria. Si se deja esto de lado, solo puede desembocarse en el marxismo académico, es decir, a lo que es su caricatura más repugnante. La importancia plena de la obra de Marx se hace evidente a partir del hecho que la época de la

revolución proletaria, que se ha producido mucho más tarde de lo que él y Engels esperaban, no ha exigido una revisión del marxismo, sino por el contrario, ha exigido la purificación de todo el herrumbre del epigonismo que se desarrolló en el intervalo. Pero Stalin pretende que el marxismo, a diferencia del leninismo, sea el reflejo teórico de un período no revolucionario.

No es casual que encontremos esta concepción en Stalin. Se desprende del conjunto de la psicología de todo empirista que vive sobre la tierra. Para él, la teoría no hace más que “reflejar” su época y sirve a las tareas del día. En el capítulo de *Principios del Leninismo*⁵, especialmente consagrado a la teoría –¡y es un capítulo!– Stalin sube a las tablas de esta manera: “La teoría puede convertirse en una fuerza inmensa del movimiento obrero si se forma en alianza indisoluble con la práctica revolucionaria” (de la edición rusa del 28, pág. 89, el subrayado es mío, León Trotsky)⁶.

Evidentemente, la teoría de Marx, que tomó forma “en alianza indisoluble” con la práctica “de una época prerrevolucionaria” está condenada a ser superada en relación a la “práctica revolucionaria” de Stalin. No llega de ningún modo a comprender que la teoría –la teoría auténtica o fundamental– no toma forma en relación *directa* con las tareas prácticas del presente. La teoría es más bien la consolidación y la generalización de toda la actividad práctica y de la experiencia humana, que engloba períodos históricos diferentes en su sucesión materialmente determinada. Es solamente porque la teoría no está indisolublemente ligada con las tareas prácticas que le son contemporáneas, sino que se eleva por encima de ellas, que tiene el don de ver con anticipación, es decir que es capaz de prepararse para vincularse con la actividad práctica futura y formar la gente que estará a la altura de las tareas prácticas del porvenir. La teoría de Marx se ha elevado como una gigantesca torre por encima de las tareas prácticas revolucionarias de los contemporáneos lasalleanos de Marx, exactamente como lo ha hecho por encima de la actividad práctica de todas las organizaciones de la Primera Internacional. La Segunda Internacional no asimiló más que algunos de los

⁵ *Principios del Leninismo* comprende una serie de conferencias hechas por Stalin en abril de 1924 en la Universidad de Sverdlov.

⁶ En la edición francesa, *Les questions du Leninisme*.

elementos del marxismo para sus propias necesidades y nunca, por cierto, los más importantes. No es más que en la época de las catástrofes históricas que se extienden en el conjunto del sistema capitalista que se ha abierto la posibilidad de poner en práctica las conclusiones fundamentales del marxismo. Únicamente este punto es lo que ha vuelto a la gente más receptiva, y no a todos, hacia una comprensión del marxismo en su conjunto.

La historia stalinista del marxismo y del leninismo pertenece a la misma “escuela histórica” de la que Marx decía que, para emplear los términos del Nuevo Testamento, no veía más que la parte escondida de todo lo que fue hecho. La sugerencia de Stalin acerca de la existencia de una teoría prerrevolucionaria del marxismo y de una teoría revolucionaria del leninismo, es de hecho una filosofía de la historia adaptada por el civismo teórico que, simplemente, hace algunas comisiones para las tareas prácticas del día.

Cuando Stalin habla de “teoría”, piensa en los que montan, bajo las órdenes del secretariado “con una ligazón indisoluble con la práctica”, las necesidades de las tareas prácticas, del aparato dirigente centrista en un período de retroceso político.

Dando vueltas la papilla en el plato, que está demasiado caliente para él y que no ha sido cocinada por él –verdaderamente la mejor palabra para esta salsa teórica es la palabra favorita de Lenin, la papilla– a través de los zig-zags y los circunloquios, Stalin se acerca furtivamente a la idea de que el leninismo es “más revolucionario” que el marxismo. Continuando su intento de oponer el leninismo al marxismo, Stalin escribe: “se nota comúnmente el carácter excepcionalmente combativo, excepcionalmente revolucionario del leninismo”. ¿Quién lo nota? no está claro. Stalin dice simplemente que se nota “comúnmente”. Este tipo de prudencia proviene de la cobardía. Pero ¿qué quiere decir “excepcionalmente revolucionario”? ¿Quién sabe? ¿qué es lo que Stalin señala sobre este punto? Dice: “Es absolutamente justo. *Pero* (!) esta cualidad particular (una “particularidad” menor en comparación al marxismo) se explica por dos razones: la lucha contra el oportunismo de la IIª Internacional y la revolución proletaria” (Ibídem, pág. 74).

Se ve como Stalin se consagra –quizás no muy valientemente, pero lo ha hecho– a la conclusión de que el “rasgo particular” del leninismo es su carácter “excepcionalmente” revolucionario en comparación al marxismo. Si esto era verdad, entonces tendríamos que haber abandonado abiertamente al marxismo como una teoría superada, exactamente como la ciencia, a tiempo, ha rechazado la teoría flogística, el vitalismo, y así ininte-

rrupidamente, dejándolo solamente como material para la historia del pensamiento humano. Pero, de hecho, la idea de que el leninismo es “más revolucionario” que el marxismo es un travestismo completo del leninismo, del marxismo y del concepto de lo que es revolucionario.

En nuestro análisis de la segunda y “más precisa” definición del leninismo según Stalin, hemos dejado de lado hasta este momento la palabra “*táctica*”. La fórmula íntegra, como el lector recordará, es esta:

“El leninismo es el marxismo de la época imperialista y de la revolución proletaria. Más exactamente: el leninismo es la teoría y *la táctica* de la revolución proletaria en general, la teoría y *la táctica* de la dictadura del proletariado en particular”.

La táctica es la aplicación práctica de la teoría a las condiciones específicas de la lucha de clases. El lazo entre la teoría y la práctica corriente se hace a través de la táctica. La teoría, al contrario de lo que dice Stalin, no toma forma en alianza inseparable con la práctica corriente. Se eleva por encima de ella y no es más que por eso que tiene la capacidad de dirigir una táctica indicando, además de las tareas actuales, los puntos de referencia en el pasado y las perspectivas para el porvenir. La línea compleja de la táctica en el presente –táctica marxista, es decir, no táctica de seguidismo– no está determinada por un punto único, sino por una multiplicidad de puntos en el pasado y en el futuro a la vez.

Si bien el marxismo, que ha aparecido en un período prerrevolucionario no es de ningún modo una teoría “prerrevolucionaria” sino, al contrario, se ha elevado por encima de su propia época para convertirse en una teoría de la revolución proletaria, entonces la táctica –es decir, la aplicación del marxismo a las condiciones específicas del combate– por su esencia misma, no puede elevarse por encima de su propia época, es decir, por encima de la madurez de las condiciones objetivas. Desde el punto de vista de la táctica –sería más exacto decir, desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria–, la actividad de Lenin difiere enormemente de la de Marx y los primeros discípulos de Marx, exactamente como la época de Lenin difiere con la de Marx. El dirigente revolucionario Marx ha vivido y ha muerto como consejero teórico de los jóvenes partidos del proletariado y como heraldo que anunciaba las batallas decisivas por venir. Lenin condujo al proletariado hacia la toma del poder, a asegu-

rar su victoria a través de su dirección, y a darle una dirección al primer Estado obrero en la historia de la humanidad y a una Internacional cuya tarea inmediata era la de establecer una dictadura mundial del proletariado. El trabajo titánico de esta suprema estrategia revolucionaria puede, con total justicia, estar ubicado en el mismo nivel que el trabajo de titán supremo de la teoría proletaria.

El intento de pesar y comparar mecánicamente los elementos teóricos y prácticos en el trabajo de Marx y en el de Lenin es lamentable, estéril y profundamente estúpido. Marx no sólo ha creado una teoría, sino que también creó una Internacional. Lenin no sólo ha conducido una gran revolución, sino que ha hecho un trabajo teórico importante. Parecería así que la diferencia entre ellos era simplemente que “subieron a las tablas” en épocas diferentes, como resultado de esto el marxismo es simplemente revolucionario, mientras que el leninismo es “excepcionalmente revolucionario”. Todo esto, ya lo hemos escuchado.

Marx ha hecho mucho como dirigente de la Primera Internacional. Pero esto no ha sido la principal realización de su vida. Marx continuaría siendo Marx, incluso sin la Liga Comunista y la Primera Internacional, y su elevado trabajo teórico no coincide de ningún modo con su actividad práctica revolucionaria. Fue muchísimo más allá, por el hecho de haber creado la base teórica para toda la actividad práctica ulterior de Lenin y de un cierto número de generaciones todavía por venir.

El trabajo teórico de Lenin tuvo un carácter esencialmente auxiliar en relación a su propia actividad práctica revolucionaria. La dimensión de su trabajo teórico correspondió a la importancia histórica mundial de su práctica. Pero Lenin no ha creado una teoría del leninismo. Ha aplicado la teoría del marxismo a las tareas revolucionarias de la nueva época histórica. A partir del IIIº Congreso del Partido en donde se plantearon los primeros fundamentos del Partido Bolchevique, Lenin decía que consideraba más justo que lo consideraran un publicista más que un teórico de la socialdemocracia. Es un poco más que la “modestia” de un joven dirigente, que ya había producido buenos trabajos de gran valor. Si recordamos que hay varios tipos de “publicistas”, Lenin ha definido con justeza la significación histórica de estas palabras. El trabajo de un publicista, según su concepción, es la aplicación teórica y política de la teoría ya existente para abrir el camino a un movimiento revolucionario vivo.

Incluso el trabajo más “abstracto” de Lenin, en el que el tema está

muy alejado de los problemas cotidianos –su trabajo sobre el empiriocriticismo⁷ fue estimulado por las necesidades inmediatas de la lucha interna del Partido. Este libro puede ubicarse en el estante justo al lado del *Anti-Dühring* de Engels como aplicación del mismo método y de las mismas técnicas críticas a materiales en parte nuevos de las ciencias naturales, dirigidos contra nuevos adversarios. No menos, pero tampoco no más que esto. No hay aquí un nuevo sistema, ni un nuevo método. Es total y enteramente el método y el sistema del marxismo.

Los burócratas del pseudo-leninismo, los sicofantes y los calumniadores, comenzarán nuevamente a gritar que queremos “minimizar” las realizaciones de Lenin. Estos tipos gritan tanto más fuerte acerca de los preceptos de su mentor cuanto que lo pisotean con mucho cinismo en el barro del eclecticismo y del oportunismo. Dejando que los calumniadores continúen calumniando, defenderemos al leninismo, lo explicaremos y continuaremos el trabajo de Lenin.

El trabajo teórico leninista, como lo hemos dicho, tiene un carácter auxiliar en relación con su propio trabajo práctico. Pero, este trabajo práctico estaba en una escala que reclamaba, por primera vez, la aplicación de la teoría marxista en su dimensión total.

La teoría es la generalización de todas las prácticas anteriores y tiene un carácter auxiliar en relación a todas las prácticas ulteriores. Ya hemos esclarecido el punto según el cual la teoría no toma forma en una dependencia directa de la actividad práctica corriente, y no es, tampoco, de una importancia auxiliar con respecto a una actividad práctica o a la actividad práctica en general. “Esto depende”. Para la práctica stalinista de zig-zags sin principios, lo que es “necesario y suficiente” es una mezcla ecléctica de fragmentos mal digeridos de marxismo, de menchevismo, de populismo. La práctica de Lenin ha utilizado todo lo que hay en la teoría de Marx por primera vez en la historia. Es conforme a esta línea como hay que juzgar a estas dos grandes figuras históricas. El comentario de Stalin según el cual tanto uno como el otro han “subido” con éxito “a las tablas” de la teoría y de la práctica en sus respectivos períodos, uno de forma revolucionaria y el otro de forma “excepcionalmente” revolucionaria, se volvieron para siempre una anécdota re-

⁷ Se trata del libro *Materialismo y empiriocriticismo*, escrito en 1909 contra Mach y Bogdanov.

pugnante de la historia del epigonismo ideológico. Marx y Lenin integran las filas de los inmortales sin tener una hoja de permiso de Stalin.

No obstante, si a estas dos grandes figuras no se las hubiera opuesto, le habría sido imposible a Stalin aislar al leninismo como teoría independiente. Una oposición de este género es la base de toda clasificación. Ya hemos dicho que la única justificación seria para oponerlos de este modo – una justificación que al mismo tiempo, es la más feroz de las condenas– es la revisión socialista nacional de la “teoría marxista de la revolución proletaria en general y la teoría de la dictadura del proletariado en particular”. Quien se ha expresado con la máxima audacia sobre el carácter superado del marxismo ha sido Stalin –al menos durante los primeros meses de la “luna de miel” de su nueva teoría en un momento en que la Oposición no había aún picado este pellejo de vaca super inflado con la aguja aguzada de su crítica.

Diciembre de 1928



LA DIALÉCTICA Y LA INMUTABILIDAD DEL SILOGISMO¹

En la misma conversación el joven intelectual británico dijo: “Entiendo el peso de la proposición de que todo sufre un cambio y que, dadas estas condiciones, la inmutabilidad del silogismo es incomprensible; pero pienso que el silogismo es simplemente un acuerdo entre la gente para entender conceptos específicos de idéntico sentido, algo así como la regla del juego...”

Le repliqué que él había llegado en la esfera de la lógica al nivel del contrato social de Rousseau en sociología. Tomó en broma mi comentario. En realidad, es una valoración bastante precisa y quizás demasiado indulgente del método lógico de mi oponente. Si la cosa se piensa bien, es difícil creer que en el siglo XX cualquier persona con algún conocimiento de la ciencia, con algún conocimiento sobre la evolución, pueda hablar del silogismo como el producto de un acuerdo entre la gente. Precisamente en esto se revela el total e irremediable atraso del método “científico” de este antidialéctico. Decir que las personas han llegado a un acuerdo sobre el silogismo es casi como decir, o más exactamente es lo mismo, que la gente llegó al acuerdo de tener fosas en las narices. El silogismo es un producto objetivo del desarrollo orgánico, es decir, del desarrollo biológico, antropológico y social de la humanidad, igual que lo que son nuestros diversos órganos, entre ellos nuestro órgano del olfato.

¹ Este fragmento fue probablemente en un comienzo una parte de "Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party", fechada el 15 de diciembre de 1939, en la colección *En Defensa del Marxismo*, en la que Trotsky escribe: "El año pasado me visitó un joven profesor británico de economía política, un simpatizante de la Cuarta Internacional. Durante nuestra conversación sobre las formas y medios de realizar el socialismo, reflejó las tendencias del utilitarismo británico en el espíritu de Keynes y otros: 'Es necesario determinar un claro objetivo económico, elegir los medios más razonables para su realización', etcétera. Comenté: 'Veo que usted es un adversario de la dialéctica'. Él replicó, algo sorprendido: 'Sí, no le veo ninguna utilidad'. 'Sin embargo -le contesté- la dialéctica me posibilita, sobre la base de unas pocas observaciones sobre problemas económicos, determinar a qué categoría de pensamiento filosófico pertenece usted; esto sólo demuestra que hay un apreciable valor en la dialéctica'".

El empirismo norteamericano, o más en general el anglosajón, contiene tanto a la lógica formal como a la dialéctica en sí misma, en forma no desarrollada, y no distingue entre ambas. El pragmatismo, como yo lo entiendo, es precisamente la filosofía de esta combinación no diferenciada de lógica formal y dialéctica. Pero siempre que un representante de esta escuela empírica de pensamiento se ve obligado a salir de su refugio, a extraer una conclusión de sus razonamientos, cae en el más trivial nacionalismo, es decir, se demuestra incapaz de elevarse a la dialéctica. Eso es lo que ocurrió con mi adversario británico en la cuestión de la dialéctica.

* * *

En lo que hace al silogismo, permítasenos tomar el argumento de que el silogismo, considerado aparte de todo lo que existe, permanece inmutable porque es simplemente un acuerdo al que se llega entre la gente en el sentido de que los conceptos no deben sufrir cambios durante una discusión, etcétera. Aquí el racionalismo nos muestra su talón de Aquiles. Por ser absolutamente incapaz de penetrar en la naturaleza histórica objetiva de la sociedad, Rousseau concibió la sociedad como el producto de un contrato entre la gente; de la misma forma, los fetichistas de la lógica formal llegan a la teoría de Rousseau (la del contrato social) en la esfera del conocimiento. Sin embargo, los elementos del silogismo se encuentran también entre los animales; el pollo sabe que el grano es en general útil, necesario y sabroso. Reconoce un grano determinado —el de trigo— con el que esta familiarizado, y de allí extrae una conclusión lógica por medio de su pico. El silogismo de Aristóteles es sólo una expresión articulada de estas conclusiones mentales elementales que observamos a cada paso entre los animales. Hablar, por lo tanto, del silogismo como producto de un contrato es absolutamente ridículo. Es doblemente ridículo en relación al pasado, porque racionaliza toda nuestra historia previa y, además, es especialmente ridículo en relación al futuro. Resulta que nuestros antepasados bíblicos y prebíblicos eran capaces de llegar a un acuerdo con respecto a esas formas de pensamiento para preservar su fuerza compulsiva e imperecedera para todo el futuro.

* * *

El pensamiento lógico, el pensamiento lógico formal en general, está construido sobre la base de un método deductivo, que procede de un silogismo más general a través de un número de premisas para llegar a la conclusión necesaria. Tal cadena de silogismos se llama *sorites*. Es conocida la facilidad con que el pensamiento anglosajón rompe la cadena de silogismos y, bajo la influencia de datos y consideraciones puramente empíricas, llega a conclusiones que no tienen conexión alguna con la cadena lógica. Lo vemos especialmente claro en la esfera de la política, así como también en otras esferas. De este modo, el culto del silogismo no es en absoluto característico del pensamiento anglosajón. Por el contrario, es posible decir que esta [escuela de] pensamiento se distingue por un desprecio empírico soberano por el silogismo puro, lo que no impidió a los ingleses hacer conquistas colosales en muchas esferas de la investigación científica. Si se lo piensa bien es imposible no llegar a la conclusión de que el desprecio empírico por el silogismo es una forma primitiva de pensamiento dialéctico; con el objetivo de imponer correcciones puramente empíricas, los ingleses se salvan de la vaciedad lógico-formal del silogismo, es decir, en cierta medida llegan a sus conclusiones más cabalmente, mucho mejor, en una escala mucho mayor, más sistemáticamente a través del pensamiento dialéctico.

* * *

El pensamiento anglosajón, y en mayor medida el de los franceses, se somete con dificultad a la dialéctica debido a factores históricos. Francia es la patria del silogismo. Toda la batalla contra la dialéctica se lleva adelante en nombre de los derechos soberanos del silogismo. Al silogismo no se lo considera como un instrumento de nuestra conciencia en el proceso de su adaptación a la naturaleza y de creciente conocimiento de la naturaleza; en suma, no se lo ve como una formación psicológica que tiene un valor relativo, lógico, es decir, consciente, sino más bien como un absoluto suprahistórico distinto que determina y controla todos nuestros procesos cognoscitivos y, por lo tanto, nuestra conciencia [también]. Los fetichistas del pensamiento lógico-formal [representan] una forma de idealismo lógico...

* * *

El pensamiento humano asimiló la cosmogonía de Kant y Laplace, la geología de Lyell, la biología de Darwin, la sociología de Marx, que analizan todo lo existente en su proceso de cambio, evolución, desarrollo y catástrofes ininterrumpidas, etcétera. Pero para la lógica formal el silogismo permanece inmutable; no parece un instrumento, una palanca histórica de nuestra conciencia en el proceso de su adaptación a la naturaleza externa con el objeto de saber de la naturaleza; en una palabra, no una formación histórica concreta condicionada por circunstancias de tiempo y lugar, incluyendo la estructura de nuestra conciencia, al alcance de su experiencia dada de-una-vez-para-siempre para comprender los hechos externos. El silogismo está por encima de estos hechos, por encima de la propia humanidad y su conciencia, por encima de la materia, y es el eterno comienzo, inmutable y todopoderoso, pues controla toda nuestra actividad; en otras palabras, se le confieren todos los atributos de Dios.

El doctor John Dewey escribe que mi visión del mundo tiene algo de teología. Coloco ante mí ciertas metas sociales (socialismo) y al mismo tiempo deduzco de éstas que el desarrollo objetivo de mi conciencia preparó todas las condiciones necesarias para la realización de estas metas. La dialéctica, en este sentido, le parece a Dewey semejante a la religión, que contempla el proceso histórico como el cumplimiento de las prescripciones divinas.

* * *

En ningún caso es admisible acusar a los anglosajones de un culto excesivo por el silogismo. Por el contrario, su pensamiento está penetrado de un espíritu conciliador que se expresa en el empirismo o el pragmatismo, expresión parcial de este mismo empirismo. El británico se toma fácilmente de su democrático silogismo para ponerse unos breves calzones cortesanos e inclinarse ante Su Majestad. El sabio inglés rompe rápidamente el hilo del silogismo para inclinarse ante la religión. Esta tradición ha sido totalmente asimilada por Estados Unidos.

Pero si bien el anglosajón, en contraste con los pueblos latinos, no se considera a sí mismo obligado por la fuerza compulsiva del silogismo, intenta [defenderse] ante la forma más elevada de pensamiento lógico, a saber, la dialéctica. En la lucha contra la dialéctica, o en su autodefensa contra la dialéctica, nuestro empírico o pragmático anglosajón queda cautivo

del silogismo, tomado como la forma superior e inmutable de pensamiento humano. En la lucha contra la dialéctica revolucionaria el silogismo aún sigue siendo un arma mejor o menos comprometida que la transigencia empírica de la religión. De la misma manera, para defender los intereses del imperialismo británico un llamado a la democracia aparece más convincente que una apelación a los derechos del monarca británico.

* * *

“No sabemos nada del mundo excepto lo que se nos da a través de la experiencia”. Esto es correcto si no se entiende la experiencia en el sentido de testimonio directo de nuestros cinco sentidos individuales. Si reducimos la cuestión a la experiencia en el estrecho sentido empírico, entonces nos es imposible llegar a ningún juicio sobre el origen de las especies o, menos aún, sobre la formación de la corteza terrestre. Decir que la base de todo es la experiencia significa decir mucho o no decir absolutamente nada. La experiencia es la interrelación activa entre el sujeto y el objeto. Analizarla fuera de esta categoría, es decir, fuera del medio material objetivo del investigador, que se le contrapone y que desde otro punto de vista es parte de este medio, significa disolver la experiencia en una unidad informe donde no hay ni objeto ni sujeto sino sólo la mística fórmula de la experiencia. Un “experimento” o “experiencia” de este tipo es propio sólo de un bebé en el útero de su madre, pero desgraciadamente ese bebé no tiene la oportunidad de compartir las conclusiones científicas de su experimento.

* * *

Con el fin de asestarme un golpe en el lugar más vital, Burnham me informa que en los textos universitarios de lógica con los que se maneja no se menciona en absoluto la dialéctica. Debería haber agregado que en los cursos universitarios sobre economía política tampoco se menciona la teoría marxista del valor-trabajo o si se lo hace es sólo para condenarla. Y lo principal que tendría que haberse tenido en cuenta es que en los textos universitarios no se hace referencia, ni siquiera para condenarla, a la posición socialista sobre las formas de propiedad, etcétera... Del hecho de que la dialéctica no aparece en los textos universitarios se extraen algunas conclusiones acerca de la naturaleza de clase de la sabiduría oficial, su temor

por la revolución, la incapacidad del pensamiento burgués de ir más allá de los límites de las tareas empíricas, etcétera. Para Burnham y su especie la prohibición del marxismo en la enseñanza oficial basta para refutar la naturaleza científica del mismo.

* * *

El sentido común que se opone a la religión es progresivo. Pero el sentido común que se opone a la ciencia es reaccionario y estúpido.

* * *

El aforismo de la Oposición a Su Majestad, “el estado es creado por el hombre y no el hombre por el estado” constituye un modelo circular de pensamiento racionalista nacionalista. En realidad, este aforismo expresa meramente las demandas del burgués de que el estado lo moleste lo menos posible. Desde el punto de vista científico este aforismo no expresa en lo más mínimo una relación correcta entre el individuo y el estado. El individuo del mundo moderno es creado por el estado en mucho mayor medida que el estado por el individuo. Esa es la razón de por qué es un racionalismo total asignar a la creación del Estado una meta definida dictada por intereses personales individuales.

EL ABC DE LA DIALÉCTICA MATERIALISTA

Escépticos gangrenosos como Souvarine dicen que “nadie sabe” lo que es la dialéctica. Y hay “marxistas” que se inclinan respetuosamente ante Souvarine y esperan aprender algo de él. Y esos “marxistas” no sólo hacen su nido en el *Modern Monthly*. Hay una corriente souvarinista en la actual oposición del Partido Socialista Obrero (SWP). Es necesario prevenir a los jóvenes camaradas: ¡cuidado con esta infección maligna!

La dialéctica no es ficción ni misticismo, sino una ciencia de las formas de nuestro pensamiento, en tanto que intenta llegar a la comprensión de los problemas más complicados y profundos, superando las limitaciones de los asuntos de la vida diaria. La dialéctica y la lógica formal guardan una relación similar a aquella entre las altas matemáticas y las matemáticas elementales. Intento extraer lo sustancial del problema de forma muy esquemática. La lógica aristotélica del silogismo simple empieza con la proposición de que A es igual a A. Este postulado se acepta como axioma para multitud de prácticas humanas y generalizaciones elementales. Pero, en realidad, A no es igual a A. Esto es fácil de probar si observamos esas dos libras bajo una lente: son completamente diferentes. Pero, puede objetar alguien, la cuestión no es el tamaño o la forma de las letras, puesto que sólo son símbolos de cualidades iguales, por ejemplo, una libra de azúcar. La objeción da en el clavo: precisamente, porque una libra de azúcar nunca es igual a otra libra de azúcar: una balanza más delicada siempre revela una diferencia. Se nos puede objetar de nuevo: pero una libra de azúcar es igual a sí misma. Tampoco es cierto: todos los cuerpos cambian constantemente de peso, tamaño, color, etc., nunca son iguales a sí mismos. Un sofista responderá que una libra de azúcar es igual a sí misma “en un momento dado”. Dejando de lado el dudoso valor práctico de semejante “axioma”, este argumento tampoco resiste una crítica teórica. ¿Cómo concebimos el término “momento”? Si es un intervalo infinitesimal de tiempo, entonces la libra de azúcar está sujeta a cambios inevitables durante el transcurso de ese “momento”. ¿O es el “momento” una abstracción matemática, un tiempo cero? Pero todo existe en el tiempo; la misma existencia es un proceso de transformación ininterrumpido; el tiempo es, en consecuencia, un elemento fundamental de la existencia. Así el axioma “A es igual a A” significa que una cosa es igual a sí misma si no cambia, es decir, si no existe.

A primera vista, podría parecer que estas “sutilezas” son inútiles. En realidad, son de importancia decisiva. El axioma “A es igual a A”, parece ser, por un lado, la base de todo nuestro conocimiento, y por otro, la fuente de todos nuestros errores. Usar el axioma “A es igual a A” impunemente es posible sólo dentro de ciertos límites. Cuando los cambios cuantitativos en A son insignificantes podemos presumir que “A es igual a A”. Este es el caso del comprador y el vendedor de una libra de azúcar. De la misma manera consideramos la temperatura del sol. Hasta hace poco considerábamos de la misma manera el poder adquisitivo del dólar. Pero, una vez traspasados ciertos límites, los cambios cuantitativos pueden llegar a ser cualitativos. Una libra de azúcar sometida a la acción del agua o del kerosene deja de ser una libra de azúcar. Un dólar en manos de un presidente deja de ser un dólar. Determinar en qué momento el cambio cuantitativo se convierte en cualitativo es una de las tareas más importantes y difíciles en todas las esferas del conocimiento, incluida la sociología.

Todo trabajador sabe que es imposible hacer dos objetos totalmente iguales. En la transformación del bronce en conos, los conos sufren una cierta desviación que no debe, sin embargo, traspasar ciertos límites (a esto se le llama tolerancia). Pero, si cumplen las normas de la tolerancia, los conos son considerados iguales (A es igual a A). Cuando se sobrepasa la tolerancia, la cantidad se convierte en cualidad: en otras palabras, los conos serán inferiores o totalmente inservibles.

Nuestro pensamiento científico es sólo una parte de nuestra práctica, incluso de la técnica. También existe “tolerancia” para los conceptos, tolerancia establecida no por la lógica formal basada en el axioma “A es igual a A”, sino por la lógica dialéctica basada en el axioma de que todo está cambiando siempre. El “sentido común” se caracteriza por exceder sistemáticamente la “tolerancia” dialéctica.

El pensamiento vulgar utiliza conceptos como capitalismo, moral, libertad, estado obrero, etc., como abstracciones fijas, presuponiendo que capitalismo es igual a capitalismo, moral a moral, etc. El pensamiento dialéctico analiza todas las cosas y todos los fenómenos en su cambio continuo, determinando en las condiciones materiales de aquellos cambios el límite tras el cual “A” deja de ser “A”, un Estado obrero deja de ser un Estado obrero. El defecto fundamental del pensamiento vulgar radica en que desea conformarse con imágenes inmóviles de una realidad que consiste en movimiento perpetuo. El pensamiento dialéctico da a los conceptos, por medio

de aproximaciones sucesivas, correcciones, concretizaciones, una riqueza de contenido y flexibilidad: me atrevería a decir que les da una suculencia que les aproxima mucho a los fenómenos vivos. No hablamos de capitalismo en general, sino de un determinado capitalismo en un determinado nivel de desarrollo. No hablamos de Estado obrero, sino de un Estado obrero dado, en un país atrasado y con un cerco imperialista, etc.

El pensamiento dialéctico es al vulgar lo que una película a una fotografía. La película no proscribire la fotografía, sino que las combina en series según las leyes del movimiento. La dialéctica no niega el silogismo, sino que nos enseña a combinar los silogismos de modo que nos lleven lo más cerca posible de la comprensión de una realidad eternamente cambiante.

Hegel estableció en su *Lógica* una serie de leyes: cambio de la cantidad en cualidad, desarrollo a través de las contradicciones, conflicto entre forma y contenido, interrupción de la continuidad, cambio de posibilidad en inevitabilidad, etc., que son tan importantes para el pensamiento teórico como el silogismo simple para tareas más elementales.

Hegel escribió antes que Darwin y antes que Marx. Gracias al poderoso impulso dado al pensamiento por la Revolución Francesa, Hegel anticipó el movimiento general de la ciencia. Pero como sólo era una *anticipación*, aunque fuera la de un genio, recibió de Hegel un carácter idealista. Hegel operó con sombras ideológicas como realidad última. Marx demostró que el movimiento de esas sombras ideológicas no reflejaba sino el movimiento de cuerpos materiales.

Llamamos “materialista” a nuestra dialéctica porque sus raíces no están en el cielo ni en las profundidades del “libre albedrío” sino en la realidad objetiva, en la naturaleza. Lo consciente surgió de lo inconsciente, la psicología de la fisiología, el mundo orgánico del inorgánico, el sistema solar de la nebulosa. En todos los estadios de esta escala de desarrollo, los cambios cuantitativos se convirtieron en saltos cualitativos. Nuestro pensamiento, incluso el pensamiento dialéctico, es solamente una de las formas de expresión de la materia cambiante. En este sistema no hay lugar para Dios, ni para el Diablo, ni para el alma inmortal, ni para leyes y normas morales eternas. La dialéctica del pensamiento, habiendo surgido de la dialéctica de la naturaleza, posee en consecuencia un carácter profundamente materialista.

El darwinismo, que explica la evolución de las especies mediante “saltos cualitativos”, fue el mayor triunfo de la dialéctica en el campo de la materia

orgánica. Otro gran triunfo fue el descubrimiento de la tabla de pesos atómicos de los elementos químicos y posteriormente de los procesos de transformación de un elemento en otro.

A estas transformaciones (de especies, elementos, etc.) está muy ligado el problema de la clasificación, tan importante en las ciencias naturales como en las sociales. El sistema de Linneo (siglo XVIII), basado en la inmutabilidad de las especies, se limitaba a la descripción y clasificación de las plantas de acuerdo con sus características externas. El período infantil de la botánica es análogo al período infantil de la lógica, porque las formas de nuestro pensamiento evolucionan como todas las cosas vivas. Sólo el rechazo definitivo de la idea de las especies fijas, sólo el estudio de la historia de la evolución de las plantas y de su anatomía nos proporciona las bases para una clasificación realmente científica.

Marx, que, al contrario de Darwin, era conscientemente dialéctico, descubrió las bases para la clasificación científica de las sociedades humanas en el desarrollo de sus fuerzas productivas, y de la estructura de sus relaciones de propiedad, que constituyen la anatomía de la sociedad. El marxismo sustituyó la clasificación vulgar de las sociedades y los Estados, que todavía hoy prevalece en nuestras universidades, por una clasificación materialista dialéctica. Sólo mediante el método de Marx es posible determinar correctamente el concepto de estado obrero y el momento de su caída.

Todo esto, hasta donde nos es posible ver, no contiene nada de “escolástico” o de “metafísico”, como afirman los ignorantes contumaces. La lógica dialéctica expresa las leyes del movimiento en el pensamiento científico contemporáneo. Por el contrario, la lucha contra la dialéctica materialista expresa un pasado distante, el conservadurismo de la pequeña burguesía, el engreimiento de los universitarios rutinarios... y un poquito de fe en la otra vida.

EVOLUCIÓN Y DIALÉCTICA

Burnham dirá, probablemente, que como evolucionista, está tan interesado en la evolución de la sociedad y las formas estatales como nosotros, los dialécticos. No discutiremos esto. Después de Darwin, toda persona educada se ha autodenominado “evolucionista”. Pero un verdadero evolucionista debe aplicar la idea de evolución a sus propias formas de pensamiento. La lógica elemental, nacida en un período en que la idea de evolución no existía todavía, es insuficiente, evidentemente, para analizar los procesos evolutivos. La lógica hegeliana es la lógica de la evolución. Pero no debemos olvidar que el concepto de evolución ha sido totalmente corrompido y mutilado por los profesores universitarios y los escritores liberales que lo han identificado con “progreso pacífico”. Aquel que ha llegado a comprender que la evolución se produce a través de la lucha de fuerzas antagónicas; que una lenta acumulación de cambios acaba por romper la vieja caparazón y produce una catástrofe, una revolución; aquel que ha aprendido a aplicar a su propio pensamiento las leyes de la evolución, ese es un dialéctico, algo completamente distinto de los evolucionistas vulgares. El entrenamiento dialéctico de la forma de pensar, tan necesario a un revolucionario como los ejercicios de dedos para un pianista, exige enfocar todos los problemas como *procesos*, y no como categorías inmóviles. Por el contrario, los evolucionistas vulgares se limitan a reconocer que existe evolución en determinados campos, y se conforman con enfocar todos los demás asuntos mediante las banalidades que les proporciona el “sentido común”.

Un liberal americano, resignado a que existiera la U.R.S.S., o más exactamente, a que existiera la burocracia de Moscú, cree, o al menos creía antes del pacto germano-soviético, que el régimen soviético, en su conjunto, es “algo progresivo”, que las repugnantes consecuencias de la burocracia (“¡bueno, existen, naturalmente!”) se irían evaporando poco a poco y que así quedaría asegurado el pacífico e indoloro “progreso”.

Un radical pequeñoburgués se parece a un liberal progresista en que considera la U.R.S.S. como un todo, sin tener en cuenta su dinámica interna ni sus contradicciones. Cuando Stalin pactó con Hitler, invadió Polonia y luego Finlandia, los radicales vulgares se sintieron triunfar: ¡estaba probada la identidad entre los métodos del fascismo y del stalinismo! Sin embargo,

se tropezaron con la primera dificultad cuando las nuevas autoridades invitaron a la población de los países invadidos a expropiar a los terratenientes y capitalistas: ¡no habían previsto esta posibilidad en absoluto! Pero las medidas sociales revolucionarias llevadas a cabo por vía burocrático-militar no modificaron en absoluto nuestra definición dialéctica de la U.R.S.S. como estado obrero degenerado, sino que la corroboraron incontrovertiblemente. Pero en vez de utilizar este triunfo del marxismo para perseverar en la agitación, la oposición pequeñoburguesa empieza a gritar, con una falta de sentido verdaderamente criminal, que los acontecimientos han refutado nuestros pronósticos, que nuestras viejas fórmulas no son aplicables, ya que son necesarias nuevas palabras. ¿Qué palabras? No lo han decidido todavía.

BREVES NOTAS BIOGRÁFICAS

Abrosimov, V. M. (n.1878): agente de la Okhrana que colaboraba en los diarios mencheviques, *Nasha zaria* y *Luch'*.

Alliluev, S. Ia. (1866-1945): miembro del partido bolchevique cuya hija posteriormente se casó con Stalin.

Azaña y Díaz, M. (1880-1940): Primer Ministro del gobierno republicano español en junio de 1931 y nuevamente en 1936. Fue presidente de la República desde mayo de 1936 hasta que renunció desde su exilio en París en 1939.

Bakunin, M. (1814-1876): contemporáneo de Marx y miembro de la Primera Internacional, fue fundador del anarquismo.

Basch, V.: dirigente de la Liga por los Derechos del Hombre, organización por los derechos humanos en Francia que exculpó los Juicios de Moscú.

Bebel, A. (1840-1913): uno de los cofundadores, junto con Wilhelm Liebknecht, del Partido Socialdemócrata Alemán. Bajo su dirección llegó a ser un partido poderoso; formalmente rechazaba el revisionismo, pero fue responsable del avance de las tendencias oportunistas que terminaron por apoderarse del partido poco tiempo después de su muerte.

Beklin/Böcklin, A. (1827-1901): pintor suizo. Beklin es una transliteración del ruso.

Bentham, J. (1748-1832): fue el máximo exponente del utilitarismo, la doctrina que expresa que la moralidad de las acciones está determinada por su utilidad, su capacidad para producir placer o impedir el dolor. Fue también un reformador y partidario de Adam Smith

Berdiaiev, N. A. (1874-1948): filósofo burgués ruso, místico, existencialista, fundador del denominado "nuevo cristianismo". Partió del "marxismo legal"

Bernstein, E. (1850-1932): albacea literario de Engels, fue el primer teórico del revisionismo en la socialdemocracia alemana. Proponía la gradual democratización del capitalismo.

Bogdanov, A. (1873-1928): un hombre de amplio aprendizaje cuya filosofía tuvo una considerable influencia en el partido. Estaba en el equipo editorial de los diarios bolcheviques *Vpered* y *Proletarii*.

Brandler, H. (1881-1967): fundador del PC Alemán y su principal dirigente durante la crisis revolucionaria de 1923. El Kremlin lo convirtió en su chivo expiatorio y lo removió de la dirección del partido en 1924. Referente de la Oposición de Derecha, alineada con Bujarin.

Brockway, F. (n. 1890): dirigente del Partido Laborista Independiente. Enemigo de la Cuarta Internacional y posteriormente secretario del Buró de Londres-Amsterdam.

Bulgakov, S. (1871-1944): marxista "legal". Su evolución culmina con el paso a la filosofía místico-religiosa.

Burnham, J. (n. 1905): dirigente del SWP. Rompió en 1940 con el partido por diferencias sobre la posición respecto al carácter de clase del estado soviético; posteriormente se volvió propagandista del macartismo y de otros movimientos de ultraderecha y director de la *National Review*.

Clemenceau, G. (1841-1929): dirigente del Partido Radical Francés, se convirtió en Primer Ministro de guerra en 1917.

Chamberlain, J. A. (1863-1937): conservador, secretario de relaciones exteriores del gobierno de Baldwin de 1924 a 1929.

Daladier, E. (1884-1970): radical-socialista, fue premier francés desde 1933 a 1934, cuando fue derrocado luego de un intento de golpe de estado fascista. Fue ministro de guerra durante el gobierno de León Blum. Luego fue nuevamente premier y firmó el Pacto de Munich con Hitler.

Dan, F.I. (1871-1947): dirigente menchevique del Presídium del Soviet de Petrogrado en 1917; fue un adversario de la Revolución de Octubre.

De Man, H. (1885-1953): dirigente del ala derecha del Partido Obrero Belga.

De Vries, H. (1848-1935): botánico alemán.

Dewey, J. (1859-1952): destacado filósofo y pedagogo norteamericano. Defensor de las ideas liberales y democráticas. Gozaba de un alto prestigio moral e

intelectual. Encabezó la comisión independiente que investigó las acusaciones presentadas en los Juicios de Moscú.

Duranty, W. (1884-1957): corresponsal del *New York Times* en Moscú durante muchos años y defensor de la política stalinista.

Eastman, M. (1883-1969): director de *The Masses* antes de la Primera Guerra Mundial, fue uno de los primeros simpatizantes de la Oposición de Izquierda rusa y traductor de varios libros de Trotsky. Su negación del materialismo dialéctico en la década del 20 fue sucedida por la negación del socialismo a fines de la del 30. Se volvió anticomunista y director del *Reader's Digest*.

Frank, W. (1889-1967): narrador y ensayista norteamericano de origen judío. En los años 30 se acercó al Partido Comunista. Se negó a participar de la comisión Dewey.

Friis, J. (1883-1956): antes de la guerra fue miembro del ala izquierda de la Internacional Comunista. En 1923 giró con la mayoría del ala derecha que rompió con la Internacional Comunista, retornando más tarde al al Partido Comunista. En 1936 se opuso a las purgas de Stalin.

García Oliver, J. (n. 1901): dirigente anarquista español de derecha que colaboró con los stalinistas para aplastar al ala revolucionaria de los leales. Fue ministro de justicia en el gobierno de Largo Caballero.

Green, W. (1873-1952): sucesor de Gompers en la presidencia de la AFL, orgulloso de no haber hecho ni desatado nunca una huelga, era sin duda uno de los dirigentes obreros más conservadores de su época.

Herzen, A. I. (1912-1870): uno de los pensadores socialistas rusos más tempranos y más distinguidos. Su influencia alcanzó su altura durante los tardíos 1850s y tempranos 1860s cuando el diario *Kolokol*, publicado en Londres, reflejó e inspiró el humor de aquellos opuestos al régimen zarista.

Hilferding, R. (1877-1941): dirigente de la socialdemocracia alemana antes de la Primera Guerra Mundial y autor del libro *El capital financiero*.

Iezhov, N. (1894-1939): jefe de la GPU a partir de 1936, pero desapareció después del Tercer Juicio de Moscú.

Kautsky, K. (1854-1938): considerado como el teórico marxista más destacado

hasta la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo y se opuso a la Revolución Rusa.

Keynes, J. M. (1883-1946): uno de los economistas burgueses más destacados del siglo XX. Autor de *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*.

Kirov, S. (1886-1934): miembro del Buró Político y cabeza de la organización del PC en Leningrado, fue asesinado en diciembre de 1934, en parte como consecuencia de un complot tramado por la GPU con el objetivo de comprometer a Trotsky.

Kliachko, S. L. (1850-1914): comenzó su larga carrera revolucionaria en los 1870s como miembro del círculo de Chaikovskii en Moscú. Pasó la mayor parte de su vida como un emigrado y murió en Viena.

Krivitsky, W. (1889-1941): jefe de la inteligencia militar soviética en Europa occidental.

Krupskaia, N. K. (1869-1939): una de las primeras dirigentes del Partido Bolchevique y compañera de Lenin. En 1926 estuvo un tiempo con la Oposición Unificada, pero rompió y la criticó antes de que se expulsara a los dirigentes.

Largo Caballero, F. (1869-1946): dirigente del ala izquierda del Partido Socialista Español. Fue premier desde setiembre de 1936 hasta mayo de 1937.

Lewis, J. L. (1880-1969): presidente de los Trabajadores Mineros Unidos de Norteamérica desde 1920 hasta su muerte. Fue fundador de la CIO en 1935 y su dirigente principal hasta 1940.

Liebkecht, W. (1826-1900): pertenecía al ala radical de la socialdemocracia. Editaba el órgano del partido, *Vorwärts*.

Linnaeus, C. (1707-1778): botánico sueco, creó la taxonomía moderna. Para Trotsky representa un acercamiento estático, ahistórico a la naturaleza.

Lovestone, J. (n. 1898): dirigente del PC norteamericano expulsado por orden de Moscú en 1929, poco después de la caída de su aliado soviético Bujarin.

Ludwig, E. (1881-1948): escritor alemán, entrevistó a Stalin el 13 de diciembre de 1931.

Lukács, G. (1885-1971): destacado intelectual marxista húngaro. Autor de *Historia y Consciencia de Clase* y otras obras. Ingresó al PC húngaro en 1919 y fue comisario de Educación del gobierno de Bela Kun. Luego del ascenso del stalinismo, adhirió a éste. En 1956 apoyó el gobierno de Imre Nagy y cuando éste fue derrocado, fue deportado a Rumania. Murió en Budapest.

Lunacharski, A.V. (1875-1933): se afilió a la Socialdemocracia rusa en 1898 y quedó con los bolcheviques después de la ruptura de 1903. Primer comisario de educación del gobierno soviético, de 1917 a 1929. Su opúsculo sobre los dirigentes de la Revolución Rusa fue publicado en inglés con el título *Revolutionary Silhouettes*.

Lyell, Ch. (1797-1827): geólogo británico, hizo un gran contribución a la formulación del evolucionismo moderno a través de sus estudios de los estratos de roca y su trabajo en la paleontología.

Lyon, E. (n. 1898): corresponsal de la *United Press* en Moscú, y autor de *Assignment in Utopia* (1937). Anteriormente fue simpatizante comunista, en 1938 trabajó con el Partido Laborista norteamericano. Poco después de rechazar el stalinismo rompió con el marxismo.

Malinovsky, R. (1878-1918): agente policial zarista que actuó durante años en el Partido Bolchevique. Después de la Revolución de Octubre, se probó su conexión con la policía, cuando se abrieron los archivos policiales. Fue juzgado y ejecutado.

Martov, L. (Iu. O. Tsederbaum): ha sido el camarada de armas más cercano a Lenin en la Unión de Lucha por la Liberación de la Clase Obrera de San Petersburgo. Dirigente de los mencheviques. Se opuso a la Revolución de Octubre.

Mendeleiev, D. I. (1834-1947): descubrió las relaciones entre los elementos que llevaron a su formulación de la tabla periódica de los elementos.

Mikhailovskii, N. K. (1842-1904): crítico literario ruso eminente y uno de los fundadores de la escuela rusa de la sociología subjetiva durante los tardíos 1860.

Molinier, R. (1904-1994): fue uno de los primeros en apoyar la Oposición de Izquierda en el Partido Comunista Francés. En 1930 fue uno de los fundadores de la Liga Comunista de Francia.

Nechaev, S. G. (1847-1882): dirigente anarquista ruso.

Negrín López, J. (1889-1956): último premier de la República española.

Oak, L.: periodista que rompió con el stalinismo durante la Guerra Civil española. Escribió brevemente para la prensa trotskysta antes de pasarse a la socialdemocracia.

Ol'minsii, M. (1863-1933): miembro del staff editorial de los diarios bolcheviques nombrados más arriba y otros.

Paz, M.: intelectual comunista. Expulsada del Partido Comunista Francés. Se acercó a Trotsky en el exilio de Alma Ata. Publicó la revista *Contre le courant*.

Pivert, M. (1895-1958): fundador del Partido Socialista Obrero y Campesino (PSOP). Después de la Segunda Guerra Mundial volvió al Partido Socialista.

Plejanov, G. V. (1856-1918): fundador de la primera organización marxista rusa, el grupo Emancipación del Trabajo, en 1883. Después de colaborar con Lenin en el exilio en la redacción de *Iskra*, adhirió al menchevismo, apoyó al gobierno ruso en La Primera Guerra Mundial y fue adversario de la Revolución de Octubre.

Rosenmark, R.: abogado Francés. Presentó el informe sobre el primer juicio de Moscú actuando en una comisión creada por la Liga de los Derechos del Hombre francesa. La comisión se negó a escuchar los testimonios de Trotsky y de León Sedov.

Rolland, R. (1866-1944): novelista y dramaturgo, fue uno de los númenes de la "izquierda" tras la denuncia pacifista de la Primera Guerra Mundial. En años posteriores prestó su nombre para congresos literarios y manifiestos stalinistas.

Serge, V. (1890-1947): militante belga. De origen anarquista, adhirió al bolchevismo después de la Revolución de Octubre. Fue miembro de la Oposición, con la cual rompió en 1936.

Shaftesbury, Conde de (1671-1713): filósofo inglés. Opuesto al pesimismo de Hobbes, confiaba en la naturaleza humana y concibió una religión natural. Su obra más importante es *Características de hombres, costumbres, opiniones y tiempos* (1711).

Sneevliet, H. (1883-1942): dirigente del Partido Socialista Revolucionario de

Holanda. Opositor al stalinismo, tuvo un acercamiento con la oposición trotskista, pero se oponía a la fundación de la IV internacional. Fue ejecutado por los nazis.

Souvarine, B. (1893-1984): uno de los fundadores del Partido Comunista Francés. Fue expulsado en 1924 por trotskista. En 1929 rompió con Trotsky y prontamente se alejó del marxismo.

Spaak, P. H. (1899-1972): dirigente del ala izquierda del Partido Obrero Belga y de 1933 a 1934 director del periódico izquierdista *Action Socialiste*.

Spencer, H. (1820-1903): teórico social inglés, considerado el padre de la filosofía evolucionista.

Struve, P. (1870-1944): economista liberal ruso, fue a principios de siglo un dirigente de los “marxistas legales”. Después de 1905 se alineó con los cadetes de derecha y después de 1917 se unió a las guardias blancas.

Stuart Mill, J. (1806-1873): el heredero intelectual del movimiento utilitarista en Inglaterra, se dedicó a clarificar las enseñanzas de su padre, James Mill, y las de Jeremy Bentham.

Thomas, N. (1888-1968): dirigente del Partido Socialista de EE.UU.

Tiutchev, F. I. (1803-1873): poeta lírico, creía en la misión rusa de evitar el destino de Occidente. Provenía de la tradición eslavófila.

Tujachevsky, M. (1893-1937): destacado comandante militar en la Guerra Civil rusa, en 1933 fue designado mariscal de la URSS. En 1937, por orden de Stalin, fue juzgado por un tribunal militar secreto y ejecutado bajo el cargo de traición. Después de la muerte de Stalin se lo exoneró de ese cargo.

Vereecken, G. (1896-1978): representante de una tendencia sectaria dentro de la sección belga del Movimiento pro Cuarta Internacional. Rompió con Trotsky.

Vorovskii, V. V. (1871-1923): como Lenin y Martov, provenía de la Unión por la Liberación de la Clase Obrera en San Petersburgo. Apoyó activamente la posición de Lenin y se convirtió en su coeditor de los diarios bolcheviques.

Walcher, J. (n.1887): miembro de la Liga Espartaco y fundador del Partido Comunista Alemán, en 1929 fue expulsado de la Comintern por apoyar a la Oposi-

ción Comunista de Derecha (KPO). Luego dirigente del SAP.

Wells, H. G. (1866-1946): autor inglés, famoso por sus novelas de ciencia-ficción.

Ulianov, A. I. (1866-1887): hermano mayor de Lenin. Un brillante estudiante de zoología en la Universidad de San Petersburgo, se vio envuelto en un complot para asesinar a Alejandro III. El complot fue descubierto y Alexander Ulianov fue atrapado el 1 de marzo de 1887.

Wrangel, P. N. (1878-1928): General de las Guardias Blancas que combatió a los soviets y trató de derrocarlos en la guerra civil.

Yagoda, H. (1891-1938): el principal ayudante de Stalin en la GPU. Se convirtió en su jefe oficial en 1934; después de supervisar la organización del Juicio de Moscú de 1936, él mismo se convirtió en acusado en el juicio de 1938, fue condenado y ejecutado.

Zasulich, V. (1849-1919): destacada dirigente de los narodniki y fundadora de Emancipación del Trabajo, fue dirigente menchevique a partir de 1903.

Zubatov, S. V. (1864-1917): propugnó una forma alentada por el gobierno de sindicalismo diseñado por la policía. Mientras fue jefe de la Okhrana de Moscú, fundó la Sociedad Moscovita de Ayuda Mutua de los Trabajadores de las Industrias Mecánicas en 1901.



Impreso en Agosto de 2004 en Coop. Chilavert Artes Gráficas,
taller recuperado y gestionado por sus trabajadores.

Cnel. M. Chilavert 1136/46 - Buenos Aires, Argentina.
chilavertartesgraficas@argentina.com



"Algunos objetos (fenómenos) son fácilmente confinados dentro de fronteras de acuerdo a la clasificación lógica, otros se nos presentan con dificultades: pueden ser ubicados aquí o allá, pero en una relación más estricta, en ningún lugar. Mientras provocan la indignación de los sistematizadores, tales formas transicionales son excepcionalmente interesantes para los dialécticos, ya que rompen las limitadas fronteras de la clasificación, revelando las conexiones reales y la consecución de un proceso vivo."

León Trotsky

CEIP

**León
Trotsky**

Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotsky

